CARLOS TAIBO

La Rusia contemporánea y el mundo

Entre la rusofobia y la rusofilia

CATARATA



Carlos Taibo

La Russia contemporánea y el mundo

ENTRE LA RUSOFOBIA Y LA RUSOFILIA



FUENCARRAL, 70

28004 MADRID

TEL. 91 532 20 77

FAX. 91 532 43 34

WWW.CATARATA.ORG

LA RUSIA CONTEMPORÁNEA Y EL MUNDO.

ENTRE LA RUSOFOBIA Y LA RUSOFILIA

ISBN: 978-84-9097-354-7

E-ISBN: 978-84-9097-405-6

DEPÓSITO LEGAL: M-23.915-2017

IBIC: 1DVUA/JP

¿Cuándo comienzan las guerras? Las guerras comienzan cuando los políticos mienten a los periodistas y después se creen lo que han leído en los periódicos.

KARL KRAUS

Prólogo

Aunque Rusia no es hoy, en modo alguno, el centro del mundo, muchas de las disputas que rodean al país ilustran de manera fehaciente las miserias que se revelan en el planeta contemporáneo. Bastará con recordar al respecto un puñado de nombres propios —Georgia, Ucrania, Crimea, Siria — que colocan inequívocamente a Rusia en un primer plano y obligan a traer a la memoria lo que en los hechos ya sabíamos: por su singularísima ubicación geográfica y por su formidable riqueza natural, ni siquiera en los momentos de mayor postración puede entenderse que el país que me ocupa es una mera, y prescindible, potencia regional.

Si así se quiere, este libro obedece a un doble propósito. Por un lado aspira, de manera muy convencional, a trazar un panorama de lo que ocurre en la Rusia de estas horas, tanto en el frente interno como en lo que hace a las relaciones externas del país. Por el otro, se propone bucear en un debate que entre nosotros tiene una presencia limitada, pero que en los últimos años ha levantado mucha atención, en cambio, en el mundo anglosajón, en Francia, en Italia y en la propia Rusia. Ese debate se interesa por los anteojos ideológicos y emocionales con los que la vida rusa es con frecuencia escrutada, desde la perspectiva unas veces de lo que ha dado en llamarse rusofobia y desde el horizonte, en otras, de la rusofilia. Quiero poner sobre aviso al lector ante el hecho de que la bibliografía que se interesa por la Rusia contemporánea, y en particular la que nace del mundo del periodismo, es —o suele ser— manifiestamente maniquea, de tal suerte que, o bien da por descontada la bondad congénita de las políticas que abraza el presidente Putin —esto es, ciertamente, lo menos frecuente—, o

bien, algo más habitual, asume un acerado ejercicio de demonización de esas políticas.

Si tengo que resumir, de manera arriesgada, la tesis principal que, al respecto de estas disputas, se defiende en esta obra, me atreveré a adelantar una idea. Anota esa idea que, habiendo, como hay, muchos motivos, y muy sólidos, para criticar, y para hacerlo agriamente, las políticas que Putin —personalizaré el argumento en el presidente ruso— despliega en el interior de su país, conviene guardar las distancias, sin embargo, ante lo que bien puede ser una consecuencia precipitada de lo anterior: la que vendría a sugerir que hay que contestar con el mismo ímpetu lo que Putin hace en el ámbito internacional. Y es que esa conclusión arrastraría un efecto muy delicado: el de invitarnos a ignorar la responsabilidad, central, que las potencias occidentales tienen en la gestación de muchas de las miserias que marcan indeleblemente, hoy, el derrotero del planeta. Subrayar esto importa sobremanera en un escenario mediático, el nuestro, que se contenta con preguntar una y otra vez si Rusia no es una amenaza, y que rara vez se preocupa por sopesar si Moscú —utilizaré a menudo el nombre de la capital para referirme al país como un todo— tiene motivos para sentirse, a su vez, acosada. Hablo de un escenario en el que es fácil apreciar, en medio de las explicaciones conspiratorias de tirios y de troyanos, una fe inquebrantable en la idea de que el mundo occidental blande una civilización superior que justifica, sin necesidad de mayores explicaciones, todas las conductas imaginables. Semejante percepción elude considerar lo que a algunos, en cambio, nos parece tan evidente como importante: un mismo hecho puede ser sopesado de manera muy diferente según el lugar en el que colocamos la vista, el momento en que decidimos tomarlo en consideración, los anteojos ideológicos que empleamos o los elementos que estimamos merecedores de valoración.

Las cosas como fueren, este libro se articula en seis capítulos. El primero aporta un balance de lo que, desde la perspectiva del autor, ocurre en el panorama interno ruso. El segundo acomete una tarea similar, bien que ahora en relación con los vínculos externos de la Rusia contemporánea, explicados conforme a su despliegue cronológico. En el tercer capítulo se estudia cómo esa política exterior se revela en siete ámbitos geográficos importantes que dan cuenta, por ejemplo, de la relación bilateral de Rusia con Ucrania, con Georgia, con las repúblicas del Asia central, con China o con los países del Oriente Próximo. En el capítulo cuarto se aíslan varios elementos que se antojan decisivos a la hora de determinar el sentido de la diplomacia rusa tal y como hoy se hace valer. Al respecto se habla, por ejemplo, del peso de algunas discusiones de carácter geopolítico, de las organizaciones internacionales perfiladas por Moscú, de la propuesta euroasianista o de la adecuación, y de las carencias, de la tesis que apunta que nos hallamos ante una nueva guerra fría. El capítulo quinto se acerca a una disputa que ya he invocado: la relativa a cuáles son las consecuencias, y cuáles los rasgos, de las percepciones rusófobas y rusófilas. En el sexto y último de los capítulos se acopian, en suma, algunas conclusiones de carácter general.

Permítaseme que cierre este prólogo con tres observaciones de carácter fundamentalmente personal. La primera me invita a recordar que mi última incursión, en forma de libro, en la Rusia contemporánea se produjo, algo más de tres años atrás, de la mano de un breve trabajo titulado *Rusia frente a Ucrania. Imperios, pueblos, energía*, que publicaron también Los Libros de la Catarata[1]. En el prólogo de esa obra expliqué que entonces, en 2014, me hallaba inmerso en las tareas preliminares de elaboración de lo que quería ser un manual de geopolítica rusa. Si así se quiere, el texto que el lector tiene en sus manos es un retazo, el segundo tras *Rusia frente a*

Ucrania, de ese manual, que por lo que parece, imperativos de por medio, tendrá que aguardar a tiempos mejores.

Quiero señalar, en segundo lugar, que la discusión sobre la rusofobia y la rusofilia no me es en modo alguno ajena. Hace un par de décadas me topé con ella al amparo de algunas de las conversaciones que mantuve con colegas que trabajaban en lo que se suele llamar —no sé si el descriptor conserva su vigor de antaño— "estudios de área". Me interesaba saber cómo veían, intelectual y emocionalmente, sus objetos de estudio los arabistas, los sinólogos, los africanistas o los americanistas. Y encontré percepciones para todos los gustos. Había colegas que parecían irreflexivamente hechizados, para bien, con esos objetos, como los había que mostraban escasa simpatía —óbviese el eufemismo— por ellos. Aunque un buen hombre, tras un acto celebrado en el Ateneo de Madrid, acaso a mediados de la década de 1990, dijo de mí que yo no era en modo alguno "un experto en los países del Este", sino, antes bien, "un enemigo de los países del Este", siempre pensé que mi trabajo sobre la Europa central y oriental se había alejado por igual de la rusofobia y de la rusofilia, o de las correspondientes expresiones locales. Otra cosa distinta es que, desde determinada atalaya, mis críticas de lo que interpretaba que hacían los poderosos en Rusia o en el espacio yugoslavo levantasen ampollas a los ojos de quienes mal que bien simpatizaban, a menudo de forma vergonzante, con esos poderosos. Si hubo quien me describió como "antirruso", no podía yo sino sonreír cuando otros adalides de lo apolíticamente correcto me tildaban, también, y al tiempo, de "antinorteamericano", "antieuropeo" o "antiespañol". Sería absurdo olvidar, de cualquier modo, que el grueso de la sovietología occidental —de la que, dicho de paso, me siento muy alejado— bebió en todo momento de unos orígenes indeleblemente marcados por los intereses del *establishment*

político estadounidense tal y como se blandieron durante la guerra fría. De esa vena procede una afirmación, con frecuencia repetida, que dice: "¿Sabe usted lo que, en Occidente, distingue a los kremlinólogos y a los sinólogos? Los sinólogos aman a China, en tanto que los kremlinólogos detestan a Rusia"[2]. El poeta Piotr Viazemski, por su parte, tuvo a bien recordarnos al efecto algo importante: "¿Quiere usted que un hombre inteligente, un alemán o un francés, se precipite en la imbecilidad? Invítelo a proferir algunos juicios sobre Rusia"[3]. Pena es, en fin, que en esta obra no haya tenido tiempo, ni talento, para hincar el diente a una materia interesante: la que nos habla de las percepciones rusas, fóbicas o fílicas, sobre Occidente.

Termino con una tercera apreciación. Tengo por fuerza que aclarar al lector que a la hora de afrontar el grueso de las materias abordadas en este libro no siempre me he sentido cómodo. Como quiera que no creo en los gobernantes, ni en sus aparatos de poder, ni en las instancias a las cuales están subordinados unos y otros, me resulta difícil, por no decir imposible, simpatizar con la mayoría de los agentes que se presentan en estas páginas, y entre ellos Rusia, China, Estados Unidos y la Unión Europea. La confesión anterior aconseja concluir que el lector se estará equivocando si interpreta que, al calor de unas u otras disputas, muestro alguna proximidad genuina, y plena, con la posición de alguno de esos agentes. Una cosa es que procure llamar la atención sobre la sinrazón y la prepotencia de muchas de las políticas occidentales en relación con Rusia, y otra diferente que simpatice sin cautelas con la condición de las respuestas, o lo que fueren, arbitradas por los gobernantes en el Kremlin. Agregaré que no deseo olvidar en modo alguno, y ciño mi argumento al país que es protagonista principal de este ensayo, que existe también, por fortuna, una Rusia que ha vivido de siempre muy lejos de los poderosos y de sus tramas. De esa Rusia han formado parte los *naródniki* del XIX, los anarquistas objeto de una viva

represión, muchos de los soldados y guerrilleros que pelearon durante la segunda guerra mundial, los disidentes que dieron la vida por sus ideas en la etapa soviética y, naturalmente, buena parte del pueblo llano, merecedor de mejor suerte, ayer y hoy.

CAPÍTULO 1

Política, economía y sociedad en la Rusia independiente

Desde el momento de su independencia, en 1991, Rusia ha tenido tres presidentes. Si entre 1991 y el último día de 1999 el país fue dirigido por Borís Yeltsin, entre 2000 y 2008, y de nuevo a partir de 2012, la presidencia recayó en la figura de Vladímir Putin. La etapa que separó 2008 y 2012 aupó a la dirección del Kremlin a Dmitri Medvédev. Aunque perviven las discusiones sobre eventuales diferencias entre Putin y Medvédev, lo común es que se afirme, con criterio, que en los hechos ha sido el primero quien ha encabezado Rusia desde 2000. O, por decirlo de otra manera, lo habitual es que se sostenga que en los años de presidencia efectiva de Putin el poder ejecutivo recayó, ostentosamente, sobre su figura, en tanto en los de presidencia de Medvédev benefició ante todo al primer ministro, entonces el propio Putin.

Agregaré dos observaciones introductorias más. La primera subraya que en la Rusia posterior a 1991 nunca ha perdido unas elecciones el presidente, o el candidato a presidente, respaldado por el "partido del poder". La segunda llama la atención sobre un hecho fácil de palpar: Putin, que se ha beneficiado de una inevitable comparación con Yeltsin —un político alcoholizado, enfermizo y carente de energía—, ha sabido manejar con inteligencia los resortes que le han permitido mantener, durante varios lustros, cotas altas de popularidad.

LA CUESTIÓN NACIONAL

Rusia es hoy, formalmente, un estado federal integrado por algo menos de un centenar de repúblicas, regiones y ciudades. Si un 78 por ciento de los habitantes de la federación son rusos, el país acoge acaso 8 millones de inmigrantes sobre un total de 143 millones de pobladores repartidos, por añadidura, en 128 nacionalidades diferentes. Hay en Rusia, por otra parte, unos 20 millones de musulmanes, en su mayoría concentrados en las llanuras de los ríos Volga y Ural, y en el Cáucaso septentrional. El estado que vio la luz en 1991 es más ruso de lo que lo era la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), en la medida en que es ruso un porcentaje más alto de los habitantes que el que se registraba en aquélla. La contrapartida es que muchos rusos —tal vez unos 25 millones— quedaron fuera de las fronteras de la Federación actual.

Intentaré encarar una descripción de los datos principales que dan cuenta del tratamiento de la cuestión nacional en la Rusia contemporánea. El primero bien puede ser el que subraya que, luego de los flujos de carácter descentralizador que ganaron terreno en la URSS en los años de la *perestroika* gorbachoviana, la apuesta de los sucesivos presidentes rusos lo ha sido en provecho de políticas de franca recentralización. En el caso de Yeltsin asumieron formas varias. Una fue la designación de figuras personales hipercontroladoras que, encargadas de garantizar que las leyes de repúblicas y regiones se ajustasen puntillosamente a la legislación federal común, en los hechos se emplazaron por encima de los presidentes elegidos por la población. Otra de las manifestaciones del fenómeno recuerda que, al amparo de la Constitución que cobró vigor en diciembre de 1993, Yeltsin obvió las numerosas concesiones que había realizado con anterioridad a repúblicas y regiones para, de la mano del nuevo texto legal, propiciar una vez más flujos claramente recentralizadores. Importa remarcar, con todo, que en su esfuerzo Yeltsin no salió bien parado: fueron

muchas las repúblicas y regiones que resistieron como gato panza arriba ante las imposiciones del Kremlin, con lo cual se abrió camino, en los hechos, una suerte de equilibrio homeostático que hizo que el panorama resultante no fuese tan delicado como el que se habría derivado de una aplicación puntillosa de las normas legales instituidas por el Kremlin.

El equilibrio, bien que relativo, que acabo de mencionar no era, de cualquier modo, el producto de un acuerdo político entre las partes, sino la consecuencia de las capacidades materiales de unos y otros, de tal manera que estaba servida una conclusión: de cambiar esas capacidades, era sencillo que las tensiones se disparasen. Sobre el papel, el cambio en cuestión se verificó al amparo del acceso de Putin a la presidencia del país, en 2000. El nuevo presidente sacó adelante dos proyectos delicados. Si el primero atendió al propósito de cancelar el principio de elección popular de los responsables de repúblicas y regiones —una apuesta que obligaba a poner en duda que el sistema resultante siguiese siendo un estado federal—, el segundo abocó en la configuración de siete instancias que, por encima de unas y otras, debían recabar para sí el grueso de las atribuciones en materia de poder de decisión. Merced a estas instancias, se esperaba que las repúblicas y las regiones más disolutas perdieran capacidades y se vieran sometidas a una férula superior. Para que nada faltase, y en el primer momento, Putin colocó en cabeza de cinco de las siete instancias recién creadas a generales del ejército, circunstancia que no podía por menos que otorgar un claro marchamo militar-autoritario al proyecto correspondiente. Obligado parece concluir, sin embargo, que el nuevo presidente naufragó donde lo había hecho su antecesor: pese a la apariencia de fortaleza que ha acompañado de siempre a sus políticas, siguieron siendo muchas las repúblicas y las regiones que resistieron, y resisten, ante las imposiciones del centro federal. Ello ha sido así por mucho que sea cierto que, en los

últimos años, la aplicación de numerosas medidas de recorte en el gasto social ha quedado a menudo en manos, intencionadamente, de las autoridades republicanas y regionales, y ha facilitado su descrédito. Muchos gobiernos de repúblicas y regiones se han visto afectados gravemente por los recortes presupuestarios, de tal manera que con frecuencia ha sucedido que las iras de la población han recaído sobre ellos, y no sobre el poder central en Moscú.

Rescataré, aun así, una segunda dimensión importante del debate que me atrae: la del peso ingente que el nacionalismo de estado ruso tiene en la determinación de las posiciones de la mayoría abrumadora de las fuerzas políticas. Ello es así aun cuando sea cierto, en paralelo, que el término "nacionalismo ruso" oculta una enorme disparidad de perspectivas en las que se mezclan eslavófilos y occidentalistas, estatalistas y gentes hostiles a la institución estado, partidarios de unas u otras lógicas imperiales y gentes recelosas de estas últimas, creyentes adscritos a la Iglesia ortodoxa autocéfala y personas por completo carentes de convicciones religiosas, y, en suma, nostálgicos de lo que significó la Unión Soviética y críticos empedernidos de lo que la URSS supuso. Esta diversidad de opciones se revela también en el ámbito de las percepciones relativas a cuál debe ser el espacio de despliegue propio de la nación rusa, de tal manera que si hay quienes piensan que Rusia es un *pequeño* país europeo, hay quienes agregan la superficie asiática de la Federación de estas horas, quienes reclaman el concurso de los territorios de Ucrania y Bielorrusia, quienes mencionan los nombres de las repúblicas del Báltico, del Cáucaso y del Asia central, quienes no han acabado de asumir que los estados del viejo bloque soviético de alianzas han buscado un camino definitivamente independiente o quienes, más aún, mantienen unas u otras reivindicaciones sobre Irán, Afganistán, Pakistán o la India. No se olvide al respecto de esto último que Karl

Haushofer se refirió en su momento a un eventual reparto de tierras entre las cuatro grandes potencias de su tiempo —Alemania, Japón, Estados Unidos y Rusia—, en virtud del cual a esta última le corresponderían el Asia central y el subcontinente indio.

La certificación de la enorme disparidad de las opciones que se barruntan por detrás del nacionalismo de estado ruso no debe conducir a la conclusión, equivocada, de que éste nunca se manifiesta a través de códigos y conductas estrictos y severos. Dejaré hablar, para demostrarlo, al propio presidente Putin:

> En Rusia viven los rusos. Si quiere vivir en Rusia, para trabajar y comer en Rusia, cualquier minoría, de cualquier lugar, debe hablar ruso y debe respetar las leyes rusas. Si prefieren la ley de la *sharía*, les aconsejamos que se marchen a los países en los cuales ésta es la ley del estado. Rusia no tiene necesidad de minorías. Son las minorías las que necesitan a Rusia, y no les concederemos privilegios especiales, ni permitiremos que cambien nuestras leyes para satisfacer sus deseos: no importa lo fuerte que puedan gritar contra la "discriminación"[4].

Y recordaré que los episodios de xenofobia no faltan en un país en el que las autoridades muestran una frecuente tolerancia ante la violencia ejercida, en particular, sobre personas originarias del Cáucaso y del Asia central.

Daré un tercer paso en mis consideraciones, ahora para llamar la atención sobre un pronóstico tan extendido como, llegado el caso, equívoco. El pronóstico en cuestión recuerda que en Yugoslavia, antes de la desintegración del estado federal, el grupo étnico más numeroso lo aportaban los serbios, que eran del orden del 35 por ciento del total de los habitantes. En la Rusia de estas horas, en cambio, el grupo étnico más numeroso lo aportan los rusos, que son nada menos que un 78 por ciento de la población. La coda parece inevitable: siendo Rusia un país étnicamente mucho más homogéneo de lo que lo era la Yugoslavia de antaño, en su interior es mucho más difícil imaginar una desintegración violenta como la que se registró en el espacio yugoslavo a partir de 1991. Aunque la

conclusión, ciertamente, no carece de fundamento, se basa en una premisa que conviene discutir: la que sugiere que es impensable que eventuales procesos de secesión con respecto a la Federación Rusa sean protagonizados por repúblicas o regiones en las cuales los rusos étnicos son mayoría de la población. No está de más recordar, a guisa de ejemplo, que a principios del siglo XIX los procesos de independencia de las colonias americanas del imperio español fueron protagonizados muy a menudo por españoles que entendieron que sus intereses quedaban mejor protegidos en el marco de una Argentina, una Colombia o un México independientes.

Cerraré mis apreciaciones con una breve glosa del que, al cabo, ha sido el principal contencioso nacional de cuantos se han revelado en la Rusia contemporánea. Hablo, como bien puede colegirse, del conflicto de Chechenia, una pequeña república situada en el Cáucaso septentrional. País relativamente rico en petróleo, y surcado por conductos que transportaban la riqueza energética del Caspio camino de la URSS europea y de la propia Europa occidental, en noviembre de 1991, cuando todavía existía la URSS, Chechenia se declaró unilateralmente independiente. Durante los tres años siguientes, y pese a no haber sido reconocida por Rusia, la Chechenia del presidente Dudáyev funcionó en los hechos como si de un estado independiente se tratase, un estado indeleblemente marcado, cierto es, por las palabras *mafia*, *autoritarismo* y *militarización*. En diciembre de 1994, y a tono con el renacido discurso imperial que se barruntaba en Moscú, con el deseo del Kremlin de restaurar un control pleno sobre conductos energéticos muy valiosos y con presuntas desavenencias entre circuitos mafiosos, el ejército ruso penetró en Chechenia y abrió el camino a una primera guerra que duró hasta el verano de 1996 y se saldó con una franca victoria de las milicias chechenas. El acuerdo de Jasaviurt contempló un periodo, de cinco años de duración, llamado a permitir una normalización

del país, en buena medida a través de la desmilitarización, y el despliegue posterior de una fórmula de autodeterminación no precisada. Entre el verano de 1996 y el de 1999 apenas se hizo valer, sin embargo, progreso alguno en Chechenia. Mientras las posiciones secesionistas arrasaron en las elecciones celebradas en enero de 1997, la tantas veces prometida ayuda rusa no llegaba y más bien parecía que Moscú se inclinaba por respaldar al incipiente y radical islam wahabí, acaso en la perspectiva de segar la hierba por debajo de los sectores moderados de la resistencia chechena.

En el otoño de 1999, y sobre la base de la presunta responsabilidad de la resistencia chechena en varios atentados terroristas registrados en Moscú y en otras ciudades rusas, el entonces recién nombrado primer ministro, Vladímir Putin, visiblemente deseoso de apuntalar su prestigio, encabezó una nueva intervención del ejército ruso en Chechenia. Sin periodistas de por medio, y tras haber aprendido de la derrota de 1996, el ejército pasó a controlar el grueso del territorio aun cuando la resistencia local conservase cierta capacidad de asestamiento de golpes, a menudo muy sangrientos, en Moscú o en el propio Cáucaso septentrional. Parece evidente, por lo demás, que, de nuevo, Rusia puso mayor interés en acabar con los sectores más moderados de la guerrilla chechena, que propiciaban una negociación política, que con los segmentos más radicales de aquélla. En paralelo, el Kremlin alentó la gestación de un gobierno checheno prorruso, personificado en los integrantes de la familia Kadírov y encargado de sacar adelante un orden extremadamente represivo. El hecho de que el de Chechenia no sea un conflicto plenamente cerrado no puede ocultar que la segunda guerra ha venido como anillo al dedo a Putin para afianzar delante de la opinión pública rusa la imagen de un dirigente fuerte y decidido.

LA VERTICAL DEL PODER

Se ha dicho a menudo que Rusia es una democracia de baja intensidad, en la que se registra un respeto aparente de muchas de las reglas de la democracia liberal aun cuando falte la riqueza que, a los ojos de sus defensores, da sentido a ésta. Así las cosas, el hecho de que en Rusia se celebren elecciones con varias fuerzas contendientes, haya alguna suerte de libertad de expresión —al menos en lo que se refiere a medios escritos y a ciertas radios—, la división de poderes haya sido formalmente reconocida, los empresarios disfruten de cierto margen de maniobra y sea posible abandonar el país serían datos con un relieve, pese a todo, limitado. Cabría preguntarse, claro, si un razonamiento del mismo cariz no podría emplearse, hechas las correcciones que procedan, para describir muchas de las democracias liberales canónicas. Parece, en cualquier caso, que existe un acuerdo general en lo que hace a la idea de que en la Rusia contemporánea se le otorga un peso mucho mayor a la estabilidad y a la gobernabilidad que a la democracia en sentido propio.

En la trastienda operaría un contrato entre los gobernantes y la población en virtud del cual el silencio connivente de la segunda sería compensado con mejoras en la situación económica y social de la primera. La fórmula consiguiente habría abocado en un sistema más democrático que el que se ha desarrollado en muchas de las repúblicas exsoviéticas y mucho más democrático, por añadidura, que el que ha adquirido carta de naturaleza en China. Para describir ese sistema, el aparato ideológico consiguiente emplea a menudo la expresión “democracia soberana”, en un grado u otro opuesta al proyecto norteamericano de “promoción de la democracia”. En la esencia de ese concepto estaría la idea de que en Rusia se han perfilado históricamente fórmulas democráticas autóctonas que merecen ser preservadas de la injerencia foránea, y ante todo de la que procede del mundo occidental.

Este rápido repaso de la condición del sistema político ruso debe iniciarse con el recordatorio de que el sistema en cuestión tiene, en lo que hace a su cúpula, un carácter semipresidencialista. Así las cosas, el poder ejecutivo se lo reparten un presidente elegido directamente por la población y un primer ministro promovido por el parlamento, conforme a un modelo genéricamente similar al francés. En los hechos, sin embargo, el semipresidencialismo ruso ha experimentado una deriva en provecho de lo que se antoja un presidencialismo no precisamente moderado. Desde el momento de la independencia, en 1991, los hábitos políticos al uso han colocado al presidente en la cabeza indisputada de un esquema político en relación con el cual se ha empleado con frecuencia la expresión "vertical del poder". Baste con recordar que lo común ha sido que el presidente se reservase el control sobre los llamados "ministerios de fuerza", que de esta forma quedaban lejos de la jurisdicción de un primer ministro con atribuciones, entonces, visiblemente recortadas. No está de más que subraye que en los años de presidencia de Yeltsin la concentración del poder en manos de una figura débil, enfermiza y alcoholizada provocó visibles atrancos en el funcionamiento del sistema político ruso.

Aunque sobre la materia volveré enseguida, obligado parece reseñar, en segundo lugar, el peso de lo que llamaré política "subterránea". El fenómeno, en modo alguno desconocido en otros muchos lugares del planeta, refiere cómo son formidables corporaciones económico-financieras que operan en la trastienda las que dictan la mayoría de las reglas del juego, o al menos aquéllas de entre éstas que remiten a cuestiones importantes. En el caso ruso la principal concreción del fenómeno que me ocupa ha asumido la forma de los llamados "oligarcas", que irrumpieron con fuerza en la vida política en los años de Yeltsin y que, bien que en virtud de fórmulas en un grado u otro modificadas, conservan hoy el grueso de su peso. Es llamativo

que cuando se trata de dar cuenta de la condición de los integrantes de los gabinetes ministeriales en Rusia rara vez se defina a aquéllos como liberales, nacionalistas o socialdemócratas: lo común es que se eche mano de códigos descriptores que remiten a la política subterránea, de tal forma que se sugiera, entonces, que tal ministro representa los intereses del complejo industrial-militar, aquel otro está vinculado con la industria productora de gas, a un tercero se le reconocen relaciones con tal o cual banco y un cuarto se halla muy cercano a uno u otro circuito mafioso.

En los años de presidencia de Yeltsin, pero también, aunque con perfil limitado, en los posteriores, se ha hecho sentir en Rusia, en tercer lugar, lo que algunos analistas han entendido que era una falsa polarización. En esos años resultó ser muy común que en las dos cámaras legislativas federales, en Moscú, se hiciese valer lo que en apariencia era una cruda confrontación entre el aparato de poder yeltsiniano, por un lado, y una oposición nucleada, por el otro, en torno al Partido Comunista de la Federación Rusa (PCFR). Cuando se abandonaba, sin embargo, la capital del país, en el panorama político de repúblicas, regiones y ciudades, a menudo no era en modo alguno sencillo distinguir el perfil de esos dos contrincantes. No había que ir muy lejos en busca de una explicación certera: unos y otros procedían del mismo lugar —la burocracia dirigente de la etapa soviética—, de tal forma que, aunque pudiesen exhibir eventuales diferencias, a la postre el origen compartido desdibujaba en buena medida estas últimas. La independencia del Partido Comunista, sobre el papel la principal fuerza opositora, estuvo sometida a dudas en los años de Yeltsin, entrampada como estaba esa fuerza política en su incapacidad para articular una creíble resistencia popular: era, al fin y al cabo, una instancia heredera de un viejo partido de poder. El PCFR ha conservado, con todo, esa naturaleza de liviana independencia luego de 2000, bien que cada vez más debilitado y cada vez más absorbido

por el atractivo que emana del discurso nacional-patriótico de Putin.

Daré un cuarto paso para subrayar, una vez más, el peso del nacionalismo de estado ruso en la configuración de las diferentes opciones políticas. Bueno será que al respecto recuerde que en las elecciones generales celebradas en 1993 la fuerza política más votada fue el Partido Liberal Democrático (PLD), encabezado por un polémico dirigente llamado Vladímir Yirinovski. El pronóstico que se extendió entonces sugería que la gran confrontación en los años siguientes se produciría entre el nacionalismo agresivo, en su caso parafascista, de Yirinovski y el bloque de poder liderado por el presidente Yeltsin. Las cosas, sin embargo, no sucedieron así: el PLD y el propio Yirinovski fueron perdiendo fuelle en el terreno electoral, de tal manera que nunca más repitieron, ni en las elecciones generales ni en las presidenciales, el éxito de 1993. Conviene no extraer de lo anterior una conclusión equivocada, como sería aquella que afirmase que el declive del PLD ilustraba también el retroceso paralelo de un nacionalismo de perfiles agresivos. Lo que operaba por detrás era un fenómeno diferente: si en 1993 el PLD era, en los hechos, la única fuerza política importante que concurría a las elecciones con un programa de nacionalismo virulento, en las sucesivas consultas electorales esta última mercancía ideológica pasó a impregnar las posiciones de otras fuerzas políticas, de tal suerte que el PLD perdió las ventajas que inicialmente se habían derivado de la singularidad de su propuesta. El escenario en los años subsiguientes, y en cierto sentido hasta hoy, era, conforme a un juicio legítimo, más inquietante que el de 1993, toda vez que se había verificado una genuina *yirinovskización* de la vida política rusa.

Asumiré, en quinto término, un apunte rápido sobre algunos de los rasgos caracterizadores de lo que, en el terreno político, han sido, hasta hoy, los años de presidencia de Putin y de Medvédev. En un escenario marcado por

un doble hecho —Putin se ha visto beneficiado por una inevitable comparación con Yeltsin y ha sacado provecho, como ya he señalado, del despliegue de medidas de represión dura al calor de la segunda guerra de Chechenia—, es evidente que el presidente suscita niveles altos de respaldo popular, bien que con oscilaciones más o menos importantes. En este mismo terreno lo suyo es recordar que algunas intervenciones en el exterior —Ucrania, Siria— han sido interesadamente utilizadas para propiciar la recuperación de eventuales pérdidas de apoyos populares derivadas de la crisis económica y de la delicada situación social. En este orden de cosas son pocos los analistas que estiman que Putin tendrá problemas para abrir un nuevo mandato presidencial en 2018. Es común que se considere, por lo demás, que la solidez de la posición del presidente estaría por detrás de algunos gestos de liberalidad arbitrados en los últimos años. Así, en 2012 se aprobaron medidas como las relativas a la convocatoria de elecciones para cubrir los puestos de los ejecutivos en los agentes de la federación y se establecieron reglas menos severas en lo que respecta a la legalización, a la acción y a las posibilidades de presentación en elecciones de los partidos. Pero, más allá de lo anterior, dos son acaso los rasgos principales de la etapa que me interesa. Si el primero lo aporta la obtención de cómodas mayorías absolutas por parte de Rusia Unida, el partido *presidencial*, en las sucesivas elecciones legislativas, el segundo asume la forma de un férreo control de las autoridades sobre los medios de comunicación, o al menos sobre aquéllos de entre éstos que tienen, o pueden tener, eco entre la población. De resultas, y a los ojos de algunos estudiosos, ha quedado perfilada una “Rusia de la televisión” a la que preocupa ante todo la estabilidad y que engulle sin problemas la propaganda gubernamental[5] en un escenario en el que han menudeado la presión y la represión sobre los medios independientes.

LAS OPOSICIONES

Una opinión muy extendida sugiere que en Rusia habría hoy, en realidad, dos oposiciones: si la una sería tolerada y manejable —el PCFR, el PLD, Rusia Justa—, la otra tendría un carácter más radical y se vería más impregnada por el espíritu de la protesta callejera. En esta segunda oposición habrían despuntado figuras como las de Borís Nemtsov, asesinado en 2015 en Moscú, y Alekséi Navalni. Recordaré que el primero era un neoliberal, partidario del inmoral proceso de privatización de la década de 1990 que permitió el surgimiento del fenómeno de los oligarcas, aunque posteriormente enfrentado, en particular, a los *silovikí*, esto es, a las figuras emergentes que, desde los servicios de inteligencia y seguridad, pasaron a competir con los oligarcas tradicionales. Por lo que respecta a Navalni, en su persona se reúne una rara combinación de nacionalista —llegado el caso, xenófobo—, neoliberal y fustigador de la corrupción, víctima a la vez de su conducta y de las malas artes del poder.

La oposición en la Rusia de estos días padece los efectos de esas malas artes —baste con subrayar que hay muchas dudas sobre la limpieza de las elecciones— y de prácticas represivas muy asentadas. En la configuración de estas últimas se dan cita numerosos obstáculos para el despliegue de los derechos de manifestación y reunión, una represión policial frecuente, la nula independencia de los jueces, la aplicación de normas que autorizan el control sobre las redes sociales y las llamadas telefónicas o el empleo interesado de leyes que en apariencia atienden al propósito de hacer frente a la amenaza terrorista. Y se dan cita asesinatos, bien que de incierta autoría, como los que tuvieron como víctimas a la periodista Anna Politkóvskaya en octubre de 2006, al otrora miembro de los servicios de inteligencia Aleksandr Litvinenko en noviembre del mismo año y al citado Borís Nemtsov en febrero de 2015. En Rusia es muy habitual, por añadidura, que

cualquier disidencia sea inmediatamente descalificada con el sambenito de que quien la expresa está irremediablemente vendido a Occidente. De un tiempo a esta parte, además, las organizaciones no gubernamentales occidentales, sin distingo alguno en lo que respecta a su condición, son objeto de visibles restricciones, cuando no prohibiciones expresas, en lo que hace a su presencia en el país. No deja de sorprender que con una oposición, la no tolerada, muy débil, la represión sea, en cambio, tan severa. Por detrás de este hecho son muchos los analistas que han apreciado en las autoridades rusas un temor atávico a que en Moscú o en San Petersburgo se hagan valer protestas populares multitudinarias como las que se revelaron en la capital ucraniana, Kíev, a finales de 2013 y principios de 2014.

Es importante subrayar que por detrás de la oposición no tolerada se barruntan a menudo las percepciones de una clase media emergente, mal que bien beneficiada por el crecimiento económico de los últimos años, e internacionalmente conectada a través de unas redes sociales cuyo efecto difusor de información suscita un visible recelo entre los gobernantes. Lo diré de otra manera: lo que provoca atención en los medios de comunicación occidentales no son, no suelen ser, sino los intereses y percepciones de una clase media moderadamente privilegiada. No están ahí, o apenas están, los trabajadores que han visto cómo sus salarios retrocedían, no están los parados, no están los jubilados, tampoco las víctimas de la privatización de la sanidad y de la educación, y menos aún los pequeños grupos críticos que cuestionan el modelo como un todo. La mayoría de los opositores a los que se da la palabra en Occidente parecen pensar, en suma, que el cambio llegará de la mano de la acción, de la presión, de las potencias occidentales, y en modo alguno de lo que pueda surgir, de forma autónoma, en la propia Rusia.

A LOMOS DE UN CAPITALISMO MAFIOSO

Entre los economistas existe un acuerdo general en lo que hace a lo ocurrido en Rusia en los tres últimos lustros del siglo XX: la economía del país experimentó una recesión salvaje, saldada acaso con una reducción a la mitad de su tamaño previo. Esos mismos economistas discuten agriamente, en cambio, cuando se trata de determinar qué es lo que sucede en el interior de la economía rusa. La discusión correspondiente tiene su hito mayor en la identificación de tres lógicas diferentes que operarían en aquélla. La primera es la propia de una economía de bazar, asentada ante todo en el trueque y, por ello, previa al capitalismo y previa, también, a las reglas propias de la economía burocrática imperante en la etapa soviética. La segunda, por su parte, se vincula con esta última, que en un grado u otro ha pervivido en un escenario en el que el estado sigue siendo el principal agente económico y en el que, en paralelo, resulta difícil imaginar que un conjunto de fórmulas que se desplegaron durante tres cuartos de siglo podía desvanecerse de la noche a la mañana. La tercera lógica económica relevante, aquella que ha experimentado, sin duda, la mayor expansión, no ha sido otra que la vinculada con un capitalismo de perfiles mafiosos que, paulatinamente, ha ido arrinconando los restos de las economías de bazar y burocrática.

Sabido es que al amparo de ese capitalismo mafioso se acumularon —ante todo en la última década del siglo XX y al calor fundamentalmente de la privatización de algunos de los segmentos más golosos del sector público de la economía— formidables fortunas. Según una estimación del gobierno ruso, a finales de la década de 1990 los circuitos mafiosos controlaban entre el 40 y el 60 por ciento de las transacciones comerciales. Hacían otro tanto con buena parte del sistema bancario y habían accedido a la propiedad de algunos de los activos más relevantes del sector de la energía. Semejante auge de un capitalismo de perfiles mafiosos no podía explicarse sin una

franca colaboración de políticos y funcionarios. Los beneficiarios eran dos: si, por un lado, entre ellos estaban los empresarios de las nuevas hornadas, por el otro despuntaban segmentos enteros de la vieja *nomenklatura* de la época soviética que habían experimentado una rápida conversión a las nuevas reglas.

Por lo que se refiere a los perdedores, en primera fila se hallaban los ancianos —víctimas de una inflación desbocada, de la evaporación de los ahorros depositados en el sistema bancario, de la quiebra de la sanidad pública y, en suma, de las dificultades para moverse en el seno de las nuevas fórmulas económicas—, las mujeres —que pasaron a engrosar de manera masiva el ejército de reserva de desempleados— y muchos de los integrantes de las minorías foráneas residentes en las ciudades. Por detrás eran fáciles de identificar las señales de una aguda crisis social, en la forma ante todo de distancias cada vez mayores entre pobres y ricos, de un incremento sustancial del porcentaje de la población condenada a malvivir por debajo del umbral de la pobreza —se llegó a hablar de un 30 por ciento de los habitantes— y de dificultades ingentes en lo que respecta a la gestación de una clase media merecedora de tal nombre. Para que nada faltase, en fin, Rusia era escenario de aplicación de un plan de ajuste del Fondo Monetario Internacional. Aunque es cierto que el Fondo no se comportaba con Moscú de forma tan severa como lo había hecho con muchos países del Sur del planeta, no lo es menos que ese plan ignoraba llamativamente una realidad lacerante: los recursos que Rusia recibía en virtud de créditos librados por las instituciones financieras internacionales eran mucho menores que los que la economía expelía hacia el exterior en virtud de operaciones de evasión, ilegal, de capitales.

Las tornas cambiaron abruptamente a partir del año 2000, y lo hicieron ante todo de resultas de un factor externo: la subida operada en los precios

internacionales de las materias primas energéticas permitió oxigenar rápidamente la economía, que, en singular, pudo saldar en muy poco tiempo la deuda que había contraído en la década anterior. Por detrás se revelaba una notable recuperación del crecimiento: la economía creció un 10 por ciento en 2000, un 5,1 en 2001, un 4,3 en 2002, un 7,7 en 2003, un 7,2 en 2004, un 6,4 en 2005, un 6,7 en 2006 y un 7,3 en 2007, con una media del orden del 7 por ciento anual entre 1999 y 2008. En esos años, y entre tanto, la tasa de inflación se redujo a la mitad: pasó de un 18,6 por ciento en 2001 a un 9,3 por ciento en 2007.

Inicialmente el recién elegido presidente Putin aplicó un programa orientado a acrecentar la recaudación fiscal, al pago de la deuda y a ciertas mejoras en las condiciones de vida de la población. Al calor de ese programa se racionalizó el sistema fiscal, se introdujeron nuevos impuestos que grababan las viviendas, se aprobaron leyes que legalizaban la propiedad privada de la tierra y se reformó el sistema aduanero. Al mismo tiempo, y sin embargo, se hicieron valer políticas encaminadas a acrecentar el control estatal de sectores estratégicos —así, el espacial, el aeronáutico, el nuclear, el de las telecomunicaciones…—, con restricciones al acceso de capitales foráneos. El deseo, a menudo formulado, de propiciar la repatriación de capitales no acertó a ocultar la dependencia, innegable, que Rusia arrastraba con respecto al mundo occidental. De por medio, en suma, las políticas putinianas suscitaban tres grandes críticas: mientras la primera subrayaba que no estaban permitiendo reducir la dependencia del país en lo que respecta a las exportaciones de materias primas energéticas, la segunda señalaba que la bonanza general no estaba siendo aprovechada para introducir las preceptivas reformas y la tercera llamaba la atención sobre un escenario social que, aunque no tan calamitoso como el de la década de 1990, seguía reflejando desigualdades muy notables y situaciones muy

delicadas.

Los aparentes intentos de reforma de la economía en el inicio de la presidencia de Medvédev se vieron en buena medida lastrados por el estallido, en 2007-2008, de la crisis financiera internacional. La economía rusa experimentó en 2009 una contracción de un 8 por ciento, con un creciente déficit presupuestario y un repunte del desempleo. En 2008-2009, y por otra parte, el precio del petróleo de los Urales cayó desde 129 hasta 38 dólares el barril, circunstancia que obligó a emplear una tercera parte del oro y de las reservas de divisas del país, y a buscar con urgencia créditos en China. Los problemas pronto se hicieron evidentes: las previsiones presupuestarias naufragaron, el dinero huyó a otros lugares, muchas obras quedaron paralizadas y los salarios y las pensiones, en fin, perdieron terreno. Siguieron altibajos —recuperación liviana en 2010 y 2011 (4 por ciento de crecimiento)— y retrocesos paulatinos en 2012 (3,4 por ciento) y 2013 (1,4 por ciento). No parece que fueran mayores, entre tanto, los efectos de la incorporación de Rusia, en 2012, a la Organización Mundial del Comercio (OMC), una incorporación que dibujaba una general aceptación por Moscú de las reglas del comercio internacional. Aunque se introdujeron cambios legales, a duras penas fueron suficientes para hacer frente a las demandas que llegaban de la propia OMC, en un escenario marcado por un creciente escepticismo en lo que respecta a las ventajas derivadas de la pertenencia a esta última.

El panorama económico-comercial experimentó un nuevo deterioro de resultas de la crisis ucraniana de 2014. A unos precios internacionales de las materias primas energéticas más bien bajos se unieron las sanciones desplegadas por las potencias occidentales y la interrupción de buena parte de las relaciones comerciales con Ucrania. En 2015 las importaciones de productos ucranianos se habían reducido en un 60 por ciento con respecto al

escenario anterior a la guerra de 2014, en tanto las exportaciones de productos rusos a Ucrania habían reculado un 66 por ciento; por añadidura, se hacían valer las secuelas de la negativa de Kíev a hacer frente a la deuda externa con Rusia. En 2015 la economía rusa experimentó, de cualquier modo, una recesión del 3,8 por ciento, con una inflación del 15 por ciento, en tanto en 2016 el retroceso fue, al parecer, de un 0,2 por ciento. Por encima de todo, Rusia padecía los efectos de su abusiva dependencia en lo que hace a la exportación de materias primas energéticas.

Las cosas como fueren, la economía rusa sigue arrastrando problemas graves. Intentaré enunciarlos someramente. El primero es la presencia, muy consistente, de prácticas corruptas que, a menudo vinculadas con la riqueza energética, beben de una general falta de seguridad jurídica. El segundo lo aporta la necesidad acuciante de recursos de inversión en terrenos como los de la energía, el transporte y las infraestructuras. A ello se suman una baja productividad media —un 40 por ciento de la alemana, según una estimación— y graves problemas en materia de innovación tecnológica: en 2012 las inversiones en investigación y desarrollo ascendían a un 1,2 por ciento del producto interior bruto (PIB), frente al 2,8 por ciento que se revelaba en Estados Unidos (EEUU) y el 2 por ciento de China. Mientras sólo un 0,3 por ciento de las patentes mundiales eran rusas, se registraba una significativa fuga de cerebros: un 15 por ciento de los licenciados universitarios contemplaba abandonar el país para trabajar en el exterior y cada vez eran más numerosos los jóvenes que estudiaban fuera. Un tercer problema era la prosecución de la sangría de la fuga de capitales, una lacra que no se detuvo con el paso del tiempo: en 2014 fueron 100.000 millones de dólares los que salieron de Rusia, en tanto una estimación hablaba de 131.000 millones en 2015. En un cuarto estadio cabe hablar del excesivo relieve de una industria pesada muy tradicional y en abierta crisis desde la

desaparición de la URSS. La industria ligera, que ya era débil en la etapa soviética, lo sigue siendo hoy, con un relieve liviano de las pequeñas y medianas empresas, que en 2012 sólo aportaban un 20 por ciento del PIB, frente al 45 por ciento característico de EEUU. Señalaré, en quinto lugar, que en Rusia se ha verificado un genuino hundimiento de la vida rural. Aunque la agricultura y la ganadería han mejorado sensiblemente sus rendimientos, y se han mitigado el despilfarro y las pérdidas registradas en el proceso productivo, lo cierto es que a duras penas han recuperado los niveles de 1990. Según una fuente, más de 44 millones de hectáreas de tierra cultivable han caído en desuso en las dos últimas décadas, mientras el número de cabezas de ganado no dejaba de reducirse. Concluiré, en suma, con el recordatorio, importante, de que en términos brutos la economía rusa tiene unas dimensiones limitadas: su tamaño es ocho veces inferior al de la economía norteamericana y más de cuatro veces menor que el de la china. Rusia es, por lo demás, el 12º país exportador y el 18º importador del planeta.

LOS OLIGARCAS

En la década de 1990, y con Yeltsin en la presidencia de Rusia, se labraron en el país formidables fortunas que en muchos casos fueron extraídas, total o parcialmente, hacia el exterior en virtud de operaciones de evasión ilegal de capitales. El fenómeno cobró cuerpo, ante todo, al calor de fraudulentos procedimientos de privatización de algunos de los segmentos más golosos de la economía pública de antaño, y en particular de los vinculados con el sector energético.

Uno de los grandes mitos que ha rodeado la presidencia de Putin es el que sugiere que este último puso firmes, afortunadamente, a los oligarcas (tal fue el nombre que, al cabo, se impuso para describir a los beneficiarios

de estas grandes fortunas). Es verdad que el nuevo presidente decidió plantar cara, y con dureza, a tres de aquéllos que, mal que bien, se habían inclinado por implicarse en las reyertas políticas y, llegado el caso, podían sentir la tentación de disputar la presidencia al propio Putin. Hablo de Borís Berezovski, Vladímir Gusinski y Mijaíl Jodorkovski. Según una visión muy extendida de los hechos, estos tres oligarcas habían incumplido uno de los términos del acuerdo alcanzado por Putin en 2000 con el grueso de los magnates: a cambio de que los jueces renunciasen a investigar cómo estas personas habían acumulado formidables fortunas en la década de 1990, los oligarcas debían asumir paulatinamente las exigencias propias de un capitalismo regulado —empezarían a pagar, en otras palabras, impuestos—, debían acatar duros discursos contra sus personas, siempre y cuando esos discursos no tuviesen consecuencias mayores, y, en fin, debían abstenerse de participar en el juego político al uso. Importa subrayar que, con la excepción de los tres magnates mencionados, que en la percepción del Kremlin incumplieron la última cláusula del acuerdo, todos los demás oligarcas —esto es, la mayoría— campan por sus respetos, hasta el punto de que parece lícito afirmar que son quienes, pese a las apariencias, dirigen hoy la vida rusa.

Es verdad, con todo, que la presidencia de Putin se ha traducido en algún cambio importante en lo que hace a la textura del fenómeno de los oligarcas. Diré, por lo pronto, que el nuevo presidente fue elegido para salvaguardar a la inmoral familia de Yeltsin, de tal suerte que su elección por este último en modo alguno fue neutra e improvisada. Más allá de lo anterior, Putin propició que, junto a los oligarcas tradicionales, al grupo selecto de propietarios y responsables de las grandes empresas se sumasen amigos personales, o figuras afines, que por lo general respondían a la etiqueta de *silovikí*, esto es, personas procedentes de los servicios de

inteligencia y seguridad. Es cierto que, en paralelo, y en parte de resultas de este fenómeno, el Kremlin acrecentó su control sobre lo que hacían los oligarcas, cuya independencia se redujo, sin que por ello se interrumpiese el vigor de una regla maestra: la elite próxima al poder merece ser recompensada en términos económicos, y ello por mucho que sea cierto que los "nuevos oligarcas" no disfrutan de la misma riqueza patrimonial que los viejos. Uno de los efectos de la trama general es el hecho de que, según Forbes, si no había ningún multimillonario en Rusia en 2000, el número de multimillonarios era de 17 en 2003, de 87 en 2008 y de 110 en 2013. En 2012 el 35 por ciento de la riqueza del país estaba en manos del 0,00008 por ciento de la población, esto es, de 110 personas, mientras el 1 por ciento mejor situado de los habitantes detentaba un 71 por ciento de la riqueza. En 2015 Moscú era, por añadidura, la segunda ciudad del planeta por número de multimillonarios.

No se olvide, por otra parte, que, pese a las apariencias, tras el mundo de los oligarcas hoy existentes es fácil apreciar, por encima de todo, una manifiesta primacía de los intereses privados, al amparo de grandes empresas con régimen de propiedad difuso (cabe preguntarse, eso sí, si el escenario político en el mundo occidental es muy diferente). Bien está que al efecto rescate algunas de las claves que rodearon al caso del ya mencionado Jodorkovski. Si no hay ningún motivo para dudar de que el magnate asumiese conductas delictivas, parece obligado recordar que éstas, con certeza, no tuvieron un mayor relieve que el correspondiente a las protagonizadas por otros oligarcas. La decisión de actuar contra Jodorkovski obedeció al propósito principal de evitar la presencia de capitales extranjeros en el sector energético ruso, pero, también, al deseo de beneficiar a los integrantes del aparato de poder económico alentado por Putin. Con su política energética, este último defendía a la vez, en otras

palabras, los presuntos intereses nacionales y los de los allegados que encabezaban las empresas afectadas. Esto al margen, no parece de más subrayar que desde que se convirtió en una víctima de la insania de Putin el citado Jodorkovski ya no es, a los ojos de muchos medios occidentales, un oligarca, o un antiguo oligarca: ha pasado a asumir la condición de un empresario castigado por su valentía. Claro es que en Rusia los mismos hechos se retratan de manera diferente, con el mito, de por medio, del zar bueno y de los boyardos malos e interesados.

Agregaré que en las políticas oficiales desplegadas en la era de Putin no han faltado los ejemplos de medidas aparentemente encaminadas a castigar, o al menos a poner sobre aviso, a los oligarcas. Así, en 2012 el presidente prometió obligar a aquéllos a devolver lo que habían robado. Parece, sin embargo, que sus compromisos al respecto quedaron en agua de borrajas. En ese mismo año se hicieron valer también, por otro lado, políticas orientadas a presionar sobre los oligarcas para que éstos repatriasen parte de sus capitales depositados en el exterior. La crisis ucraniana, con las numerosas restricciones derivadas —en el terreno presupuestario, en el de los beneficios de las empresas y en el de las sanciones occidentales—, se ha traducido, en fin, en una situación incómoda tanto para los oligarcas tradicionales como para los *silovikí.*

Putin ha mostrado, en fin, una innegable habilidad a la hora de manejar los distintos grupos de presión importantes que operan en el país: los oligarcas tradicionales, los *silovikí*, los representantes plenipotenciarios y los presidentes de repúblicas y regiones, la cúpula de las fuerzas armadas, los capitales foráneos… Pero parece servida, en paralelo, la conclusión de que el presidente en modo alguno goza de una plena libertad decisoria. Lo suyo es subrayar que aunque un analista ruso, Shedrovski, recordó que Putin puede conseguir que se aprueben las leyes que desee, en modo alguno

está en condiciones de garantizar su aplicación efectiva…[6].

LA LACRA DE LA CORRUPCIÓN

La corrupción es un fenómeno atávico en Rusia, presente, por añadidura, en todos los ámbitos de la vida del país. Recordaré al respecto las palabras recogidas, en 2014, en el informe Grinberg: "La corrupción en Rusia tiene un carácter de sistema. Sus metástasis han afectado al conjunto del sistema social y económico. […] El estado, el ejército de funcionarios, todas las ramas del poder (legislativo, ejecutivo, judicial), […] los negocios, los órganos de protección del derecho, las aduanas, las instancias de arbitraje, la esfera social (la enseñanza, la protección de la sanidad…). Penetra, además, en todos los subsistemas (económico, social, político, espiritual y moral, familiar)"[7]. De resultas, Rusia ocupa el puesto 133 sobre 174 estados en la clasificación de Transparency International, al amparo de un fenómeno que, según una opinión muy extendida, traba cualquier horizonte de reforma convincente del sistema.

Los expertos parten de la certeza de que las autoridades rusas muestran una visible tolerancia, cuando no aportan estímulos sustantivos, ante la corrupción. En este orden de cosas se han revelado numerosas quejas por el carácter escasamente garantista de un orden legal que permite que los grupos mafiosos actúen a menudo en colaboración con los jueces para imponer reglas de obligado cumplimiento, ante todo a los pequeños empresarios. En semejante marco a duras penas sorprenderán las quejas en lo que respecta a las livianas garantías que se ofrecen en materia de régimen de propiedad y de inversiones extranjeras. Han menudeado, ciertamente, los gestos de cara a la galería, con campañas oficiales que apenas han producido resultados y, en sentido contrario, con amnistías como la que, en 2013, benefició a 13.000 empresarios encarcelados. Para que nada falte, hay

que hablar también de una expansión de la corrupción fuera de las fronteras rusas, de la mano, fundamentalmente, de los negocios de los oligarcas en el exterior. Salta a la vista que los mismos gobernantes occidentales que critican una y otra vez la corrupción rampante en Rusia hacen la vista gorda, sin embargo, a la hora de acoger los ingentes recursos monetarios que llegan a través de esos oligarcas.

LA TRAMA DE LA ENERGÍA

Conforme a una estimación controvertida, Rusia dispone de un 13 por ciento de las reservas internacionales de petróleo y de un 45 por ciento de las de gas natural. Corre a cargo del 40 por ciento de las importaciones europeas de gas, con una dependencia singularmente fuerte en el caso de la mayoría de los estados de la Europa central y oriental. La dependencia con respecto al gas ruso varía entre los miembros de la UE: si el 23 por ciento del consumido en Francia procede de Rusia, el porcentaje es de un 32 por ciento en Alemania y de un 40 por ciento en Italia, pero de un 100 por cien en Bulgaria, Eslovaquia, Estonia, Finlandia, Letonia y Lituania. La UE absorbe, por otra parte, el 57 por ciento del petróleo y el 86 por ciento del gas que Rusia exporta. En 2011, y en términos generales, el 50,4 por ciento de las exportaciones rusas —no sólo de las de energía— se dirigía a Europa, con un 15,2 por ciento encaminado a los países de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), un 12,9 por ciento al Asia oriental, un 5,8 al Oriente Próximo y un 3,3 al norte de América. Del lado de las importaciones, un 41,5 por ciento llegaban de Europa, un 25,2 por ciento del Asia oriental, un 14,6 por ciento de la CEI y un 5,4 por ciento de América del Norte.

Si, en otro terreno, el petróleo, el gas y el carbón suponen un 70 por ciento de las exportaciones rusas, la agregación de diversos minerales eleva la cifra para situarla en un 90 por ciento. De entre los 25 metales más

cotizados, en 2011 Rusia se encontraba entre los ocho primeros productores mundiales en 17 casos, y entre los tres primeros en 7, un escenario que justifica la afirmación, muchas veces repetida, de que el país es el único del mundo que dispone de todas las materias primas relevantes. Cierto es que, salvo en lo que atañe al paladio, Rusia no se beneficia de ninguna posición de mercado manifiestamente dominante, y que muchos de sus yacimientos tienen una dudosa rentabilidad.

Una discusión decisiva a efectos de comprender la trama de la energía en Rusia es la que se refiere al ambiguo régimen de propiedad de las empresas afectadas. Aunque en buena medida esas empresas son privadas, se hallan controladas desde la maquinaria estatal. Al tiempo, se ha procedido a fortalecer, en la era de Putin, compañías públicas como Gazprom, Rosneft y Transneft. Esto último no es óbice para que buena parte de los ingresos generados por estas empresas acaben en manos privadas. Por lo demás, si bien los yacimientos de materias primas energéticas se hallan a menudo, y de nuevo, en manos privadas, los conductos de transporte siguen siendo públicos, circunstancia que ha permitido el ejercicio de presiones sobre los agentes implicados en el proceso de extracción y comercialización. La joya de la corona es, sin duda, Gazprom, que produce el 80 por ciento del gas natural, controla todo el sistema de gasoductos y reporta el 15 por ciento de la suma que el estado recauda en concepto de impuestos, con importante presencia, por añadidura, en el ámbito de los medios de comunicación.

Agregaré que en el sector del gas la presencia del estado es sensiblemente mayor que en el del petróleo. Es verdad, aun con todo, que aunque en los primeros años de la presidencia de Putin se adoptaron medidas encaminadas a fortalecer el papel del estado en el sector energético, ello no fue óbice para que se buscasen, también, inversores externos. Más adelante, sin embargo, se hicieron valer trabas visibles en lo

que se refiere a la llegada de capital foráneo, al amparo de un proceso en el que se han dado cita un anhelo soberanista, por un lado, y connotados intereses privados, por el otro. En términos generales, Rusia parece apostar por la configuración, en suma, de grandes empresas de proyección internacional en sectores como los relativos a la energía nuclear —el país es muy competitivo en este ámbito—, a las industrias aeronáutica y automovilística, o al sector bancario, con una vocación manifiestamente exportadora.

Parece fuera de discusión que Rusia padece una delicada dependencia con respecto a las exportaciones de energía. De resultas, necesita inexorablemente precios altos en los mercados internacionales del gas y del petróleo. Según una estimación, para hacer frente a sus obligaciones crediticias y presupuestarias Moscú precisa que el precio del petróleo se sitúe en 110 dólares el barril. La mitad de los ingresos fiscales del estado se vincula, en cualquier caso, con las exportaciones que me ocupan. Aparte los precios, el gobierno ruso ha tenido que lidiar, desde 2009, con políticas de la UE que han fortalecido la posición de ésta como compradora de gas, a lo que se ha sumado la decisión comunitaria de bloquear la construcción del gasoducto llamado South Stream. No han sido menores, durante un tiempo, los efectos de la expansión del *fracking* en la economía norteamericana, saldados ante todo en un descenso en los precios internacionales de la energía que ha debilitado aún más la economía rusa. No está claro, en fin, que los contratos energéticos suscritos con China vayan a resolver de manera cabal la dependencia que Moscú arrastra hoy con respecto a los mercados europeos. Y es que esos contratos, que dependen en buena medida de inversiones chinas que a buen seguro se van a topar con dificultades, remiten ante todo a la explotación de los yacimientos situados en la Siberia oriental, y no a los recursos emplazados en la parte más occidental de la

Federación Rusa.

Los problemas, con todo, no terminan ahí. Alcanzan a las dificultades para abastecer el mercado interno si la economía rusa sigue creciendo, toda vez que ese crecimiento, por lógica, reducirá el volumen de recursos destinado a la exportación. Se hace valer al tiempo un fuerte estímulo para que las autoridades eleven los precios de consumo en el mencionado mercado interno, con los problemas sociales que ello puede acarrear. En lo que respecta, en singular, al gas, las dificultades derivadas de la necesidad de abastecer el mercado propio y de mantener simultáneamente las exportaciones anuncian un panorama delicado, que lo es también para la UE, tanto más cuanto que Rusia busca diversificar los compradores de su gas. El panorama se completa con un escaso desarrollo de las energías renovables y con un formidable despilfarro: Rusia emplea una cantidad de energía, por unidad de producto, más de dos veces superior a la común en las economías desarrolladas. Si las tesituras delicadas menudean en el caso de las empresas privadas del sector energético, con recursos limitados a efectos de exploración y explotación de yacimientos, en general las firmas rusas, privadas o públicas, se han visto lastradas por tecnologías anticuadas tanto en lo que hace a la extracción como a la conducción. Aunque la producción de petróleo se ha acrecentado sensiblemente en el siglo XXI, en parte de resultas de la introducción de tecnologías occidentales, la mayoría de los expertos considera que, a tono con lo que ocurre en el conjunto del planeta, los recursos se van agotando paulatinamente y los "picos" del petróleo y del gas han quedado ya atrás, circunstancia que puede dificultar la satisfacción de los acuerdos energéticos suscritos con China. Es verdad, con todo, que en el caso de Rusia la discusión sobre esos picos —con la idea acompañante de que, una vez registrados, la producción se reducirá inevitablemente y los precios, en paralelo, subirán— se ve marcada por las

numerosas incógnitas que rodean a los recursos existentes en amplísimas zonas de Siberia y del Ártico.

CRISIS SOCIAL, DETERIORO DE LOS SERVICIOS, ECOLOGÍA

El escenario ruso de la última década del siglo XX se vio marcado —como ya tuve la oportunidad de subrayar— por una crisis social muy honda. Aunque el panorama correspondiente ha mejorado en los años de presidencia de Putin, nada sería más equivocado que concluir que los problemas han desaparecido.

Es verdad, por lo pronto, que los salarios reales subieron sensiblemente entre 1999 y 2008 —lo hicieron, según una estimación, en un 140 por ciento—, y abrieron el camino a una notable expansión del consumo, de los centros comerciales y del turismo. Han experimentado, sin embargo, un descenso claro en los últimos años, merced a la inflación y a la devaluación del rublo, que han afectado también, y notablemente, al poder adquisitivo de las pensiones. Buen momento es éste para señalar que, aunque el sector terciario ruso ha crecido claramente, al amparo de un desarrollo muy notable del comercio y de los servicios, del turismo y de la hostelería —y de la mano de la lenta irrupción de una clase media, sin duda castigada, eso sí, tras los últimos años de crisis—, semejante crecimiento no se ha visto acompañado de las inversiones necesarias en materia de infraestructuras. Así lo demuestran el lamentable estado de carreteras y ferrocarriles, los problemas en lo que se refiere al suministro de electricidad y, en general, la falta de adaptación de los sistemas de distribución de energía.

En 2010 eran 18 millones las personas —un 12,6 por ciento de la población— que malvivían por debajo del umbral de la pobreza. La cifra parece haberse situado, sin embargo, en 23 millones —casi se ha doblado—

en 2015, un año en el que, según una estimación, un 16 por ciento de los habitantes de la Federación Rusa se hallaba bajo el umbral mencionado. Los problemas correspondientes afectan ante todo a familias con más de dos o tres hijos, a los pensionistas y a los habitantes de las zonas rurales, pero alcanzan a menudo, también, a profesores, médicos y militares profesionales. Se habla, por lo demás, y al amparo de una estimación probablemente exagerada, de entre dos y tres millones de niños sin hogar. En términos generales, la situación que tienen que encarar muchas mujeres es muy delicada, sometidas como están a una doble explotación —la del trabajo doméstico y la de sus empleos cotidianos— en un escenario en el que parecen haber recuperado peso muchos de los hábitos de la familia tradicional. No está de más recordar, de por medio, que el país arrastra una tasa muy alta de suicidios: 71 casos por cada 100.000 varones en la década inicial del siglo XXI.

La delicada situación social rusa mucha relación guarda, por razones obvias, con el deterioro de los servicios. Y es que la sanidad y la educación siguen ocupando papeles menores en los presupuestos públicos, en un escenario marcado por una corrupción rampante y por una visible apuesta, también en estos ámbitos, en provecho del sector privado. Baste con citar, en relación con la sanidad, que, sobre la base de una supuesta lógica racionalizadora, el número de centros públicos de salud se ha reducido de 8.250 a 2.100 entre 2005 y 2013, en tanto el de los hospitales situados en zonas rurales menguaba desde poco más de 2.600 en el primero de esos años para situarse en 125 en el segundo. Excepto para quienes pueden pagar una atención privada —en la propia Rusia o en el extranjero—, la situación sanitaria es mala, como lo atestiguan la reaparición de la tuberculosis y la pervivencia de enfermedades como el SIDA. Aun así, es verdad que la sanidad pública ha experimentado alguna recuperación en comparación con

los niveles, tétricos, de la década de 1990. Entre tanto, una enseñanza manifiestamente utilitaria —con el *business* como acicate omnipresente— se ha extendido por doquier, con una franca expansión, una vez más, del sector privado y limitaciones claras en lo que hace a la apuesta por el sistema público. Son muchos los expertos que estiman que las tres últimas décadas han acarreado en este terreno un retroceso con respecto a muchos de los elementos de una educación, la soviética, que tenía un carácter más globalista y menos utilitario. Los resultados de Rusia en lo que hace al programa PISA son, en cualquier caso, muy mediocres.

El panorama descrito justifica que en una parte de la población, y no sólo entre los ancianos, se haga valer cierta añoranza de la situación social propia de la URSS, que al menos otorgaba certezas. Se revela también, acaso, el recuerdo de un escenario de convivencia interétnica —el soviético — que, por mucho que a menudo forzado, parece preferible al que se manifiesta en nuestros días, caracterizado, entre otros rasgos, por un ascenso de la xenofobia que tiene como víctimas principales —ya lo he señalado— a caucasianos y centroasiáticos. No deja de ser llamativo, de cualquier modo, que las políticas oficiales cultiven esa nostalgia al tiempo que van cancelando, poco a poco, los restos del estado providencia de antaño.

Cerraré con el recordatorio de que, aunque la crisis de las últimas décadas del siglo XX aminoró en alguna medida la entidad, pavorosa, de los problemas, Rusia sigue arrastrando lacras medioambientales graves. Una de ellas asume la forma de una contaminación inquietante, que afecta tanto a los medios urbanos como a mares, lagos y ríos. La gestión de los residuos sigue siendo, por lo demás, muy ineficiente. Para que nada falte, la opinión pública se halla muy imbuida de la idea de que el cambio climático está llamado a tener consecuencias saludables en materia, por ejemplo, de

incremento de la superficie agrícola útil, en franco olvido de las agresiones que está padeciendo ya un hábitat muy delicado. Ello es así pese a que, paulatina y cautelosamente, los gobernantes han ido tomando cartas en el asunto de limitar las emisiones del CO_2, cierto que con medidas que se antojan dramáticamente insuficientes, a la manera de las que están arbitrando muchos de los países occidentales. En la trastienda, sólo grupos extremadamente minoritarios se atreven a levantar la voz en lo que hace a la lamentable condición de un modelo de crecimiento claramente lastrado por todas las aberraciones productivistas y desarrollistas imaginables.

UNA DELICADA SITUACIÓN DEMOGRÁFICA

No hay acaso mejor retrato del escenario ruso de hoy que el que aportan los datos demográficos. La herencia de la etapa soviética en este terreno se resumía en tres grandes hechos: una tasa de mortalidad muy alta —en alguna medida vinculada con el alcoholismo, pero también con el envejecimiento de la población y con factores como los accidentes de tráfico y laborales, o con suicidios y homicidios—, una tasa de natalidad, por el contrario, muy baja y, en fin, una creciente presencia, en el país, de población no rusa.

Si entre 1992 y 2011 la natalidad resultó ser inferior a la mortalidad, hubo que aguardar al último año para hallar un relativo equilibrio entre esos dos factores. En 2002 el país había perdido 7.700.000 habitantes con respecto a los niveles de 1989, algo en buena medida compensado por la llegada de rusos que, al disolverse la URSS, residían en otras repúblicas integrantes de la Unión. Parece, aun así, que este remedio ante la crisis demográfica ha agotado sus posibilidades, de tal manera que Rusia se verá obligada a estimular la llegada de inmigrantes no rusos. Esto al margen, se han registrado también importantes migraciones internas, con destino final

en las partes más occidentales y meridionales del país, al tiempo que es frecuente que el crecimiento de la población sea mayor en zonas étnicamente no rusas. De no mantenerse un flujo migratorio hacia Rusia, y según un pronóstico muy extendido, la población, que era de 143.000.000 de personas en 2010, quedaría reducida a 100 millones en 2050 y a 55 millones en 2075. Algunas proyecciones de Naciones Unidas —bien puede apreciarse que remiten a datos muy dispares— hablan, sin embargo, de 121 millones de habitantes en 2050.

Cierto es que algunas estimaciones oficiales dibujan un panorama distinto y, por ejemplo, identifican en 2014 el mejor registro de crecimiento de la población desde la desaparición de la URSS, con un incremento de un 0,06 por ciento en aquélla. La esperanza de vida, por otra parte, se ha levantado algo en los últimos tiempos y se sitúa en 65 años para los hombres y 73 para las mujeres, guarismos aún bajos, con todo, en términos de lo que es común en los países desarrollados. Aunque los niveles siguen siendo, de nuevo, poco estimulantes, también se ha progresado en materia de reducción de la mortalidad infantil. La tasa de natalidad, en suma, ha remontado sensiblemente de resultas de las políticas natalistas estimuladas por las autoridades. No está de más recordar al respecto una de las llamativas percepciones, lamentablemente conflictiva, del presidente Putin: "Mi actitud ante el orgullo gay y ante las minorías sexuales es muy simple. Está ligada al cumplimiento de mis obligaciones y se resume en uno de los principales problemas del país: la demografía"[8].

LAS FUERZAS ARMADAS

En la década de 1990 fueron muchos los problemas que se revelaron en el seno de las fuerzas armadas de la Federación Rusa. Entre ellos se contaron lo que algunos expertos interpretaron que eran presupuestos muy bajos, una

delicada fragmentación en la financiación —que hizo depender a muchas unidades militares de los recursos de repúblicas, regiones y ciudades, y no del poder federal común— y crecientes desfases tecnológicos con respecto a las potencias occidentales.

Con Putin como presidente —o como primer ministro—, y sin embargo, se ha registrado un incremento sustancial del gasto militar, que según una estimación se habría triplicado desde 2008 (según otros cálculos se habría multiplicado por 1,7 entre 2008 y 2015, año en que habría experimentado, con todo, un retroceso de un 3,7 por ciento). Si ese gasto era un 2,5 por ciento del PIB en 2000, se habría situado en un 4 por ciento en 2015. Pese a ese esfuerzo, Rusia poco más ha podido hacer que reducir en alguna medida la distancia abismal que la separa de EEUU y, en general, del bloque occidental. Conforme a una estimación, en 2014 el gasto militar ruso ascendía a 84.000 millones de dólares, frente a los 610.000 millones del norteamericano y los 216.000 millones del chino. Otra estimación sugiere, no obstante, que el gasto militar estadounidense es en estas horas 25 veces superior al ruso.

Las cosas como fueren, el crecimiento del gasto militar permitió a partir de 2008 una progresiva modernización de las fuerzas armadas. En 2010 cobró cuerpo, en singular, un programa que, bien que difícilmente realizable, aspiraba a que siete de cada diez de los dispositivos en activo hubiesen sido sustituidos, en una década, por otros nuevos. El programa se ha visto acompañado con mejoras en lo que respecta a la cadena de mando, a la coordinación, a la formación, al número de soldados profesionales y a la condición de armas y equipos. Las transformaciones se han desplegado en todos los ámbitos, y entre ellos el nuclear y el convencional, el del tratamiento de los conflictos regionales y el de la contestación del terrorismo[2]. Aunque el número de cabezas nucleares a disposición de EEUU

y de Rusia pueda resultar más o menos similar, buena parte del arsenal ruso es, aun así, anticuado y ha superado ya con creces el periodo de prestaciones razonables.

Mayores han sido los progresos en lo que se refiere al aprestamiento de unas fuerzas armadas más rápidas. Si bien es verdad que las capacidades ofensivas se hallan en buena medida limitadas al territorio propio, las fuerzas armadas rusas están hoy en disposición de asestar golpes en recintos más o menos alejados. La sustancial mejora de las capacidades se ve bien ilustrada por una comparación entre lo ocurrido con ocasión de la primera guerra chechena, en 1994, y lo sucedido en Ucrania —bien es verdad que en este caso la valoración no es sencilla— y en Siria en los últimos años, con la segunda guerra chechena y la crisis de Osetia del Sur de por medio. En paralelo, Moscú ha ido perfilando bases en lugares próximos a los países vecinos que son miembros de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), y en particular en la Rusia occidental y en Bielorrusia, pero también en el Ártico y en el Mediterráneo oriental. Ha mostrado asimismo su designio de recuperar presencia en el territorio de viejos aliados como Cuba, Vietnam y Siria. Las capacidades desplegadas se hallan aún muy lejos, de cualquier modo, de las que estaban al alcance, en los hechos en todo el planeta, de la URSS de antaño, y siguen siendo mucho menores que las de EEUU y sus aliados occidentales.

No está de más mencionar dos dimensiones adicionales de las fuerzas armadas rusas del momento presente. La primera recuerda el papel de aquéllas en eventuales operaciones de represión interna, como las vinculadas con el despliegue de tareas disuasorias en relación con protestas populares. El cometido de las fuerzas armadas en este terreno ha sido expresamente reconocido por los documentos oficiales. La segunda subraya la activa presencia de Rusia en los mercados internacionales de armamento.

Recuérdese al respecto que aunque los compradores principales de las armas rusas son China y la India, esas armas se han abierto camino también en países como Siria o Venezuela.

Lo suyo es certificar, en fin, que las fuerzas armadas rusas siguen arrastrando limitaciones, como las derivadas de la incapacidad de la industria de armamentos para satisfacer la demanda interna —los problemas se han visto acrecentados por la ruptura de relaciones con la industria ucraniana y por las secuelas de las sanciones desplegadas a partir de 2014 —, de una corrupción rampante, de los problemas demográficos —que obligan a mantener el servicio militar obligatorio— y de los efectos presupuestarios de unos precios internacionales bajos de las materias primas energéticas.

¿QUÉ PIENSA PUTIN?

Haré un alto en el camino para bucear, brevemente, en una discusión que ha hecho correr mucha tinta: la de qué es lo que hay en la cabeza del presidente ruso de estas horas, Vladímir Putin. Admitiré que la discusión en cuestión tiene un punto estúpido: no hay ningún motivo mayor para focalizar en la figura de Putin una disección de influencias ideológicas que remite al concurso de agentes varios de perfiles a menudo muy diferentes. Aun con ello, parece que es razonable aseverar que en la figura de Putin se hace valer una concreción interesante de esas influencias. Buscaré esa concreción, por añadidura, lejos de la idolatría que en ocasiones suscita el presidente ruso y lejos, también, de la demonización a la que se han entregado tantos medios occidentales.

No es sencillo definir la condición del presidente ruso del momento. Los expertos le han atribuido una combinación de pragmatismo y astucia, han sugerido que en su figura se da cita una singularísima síntesis de cinismo e

idealismo, y han identificado, también, una notable capacidad para emplear con inteligencia las carencias de los demás. Se ha afirmado, por otro lado, que en Putin se revelan una actitud y un pensamiento cambiantes y al efecto se ha recordado, por ejemplo, que si en los primeros años de su presidencia nuestro hombre fue más bien un europeísta, muchas de las políticas avaladas por las potencias de la UE provocaron en las posiciones del presidente ruso un cambio de dirección, de tal suerte que aquél no coquetea hoy en modo alguno, como en el pasado, con el horizonte de un acercamiento de Moscú a la Unión. Hay quien, por lo demás, ha adelantado la idea de que el discurso de Putin se adapta a los auditorios, de tal manera que, pese a lo dicho, es más bien europeísta en Europa, pero euroasiático en Asia. Para completar este panorama de intuiciones, no está de más anotar que no faltan estudiosos que sostienen que Putin es una persona mentalmente desequilibrada...

Parece fuera de discusión, de cualquier modo, que en la figura del presidente ruso se reúnen muchos elementos aparentemente incasables. Ahí están, para testimoniarlo, los que proporcionan el nacionalismo de estado, la ortodoxia religiosa, la añoranza de la época soviética, la nostalgia imperial, el zarismo en su versión más tecnocrática —no es casual la admiración que Stolipin, primer ministro entre 1906 y 1911, suscita en Putin—, el apego al exilio reaccionario y anticomunista, y un liberalismo a ratos innegable, pese a los intentos de ocultarlo, y no sólo presente en el primer mandato presidencial. La enorme disparidad de adhesiones queda bien reflejada en los símbolos nacionales de estas horas. El ejército conserva la bandera roja, la marina se sirve de la cruz de San Andrés forjada en tiempos de Pedro el Grande, se recupera la música del himno de la URSS, la bandera del país tiene su origen en el siglo XVII, el escudo es el de la Rusia imperial, la fiesta nacional sigue desarrollándose en noviembre, pero ahora para

celebrar la sublevación de Kuzmá Minin y del príncipe Dmitri Pozharski, y no la revolución bolchevique, y el nombre de Feliks Dzerzhinski, el fundador de la *Cheká*, se asigna a una unidad de elite de la policía…[10]. Por detrás de una combinación de elementos tan difícil de abordar, Eltchaninoff ha identificado el ascendiente de un propósito expreso: borrar las divisiones derivadas de la revolución de Octubre de 1917[11].

Difícil resulta negar que el nacionalismo es un elemento principal en la articulación de la propuesta política de Putin, una propuesta que en mucho recuerda a los lemas empleados por el zar Nicolás I: *samoderzháviye*, *pravosláviye* y *naródnost* (autocracia, ortodoxia, nación). Para testimoniarlo bueno será subrayar el énfasis constante que en el discurso oficial corresponde a los derechos de los rusos que viven fuera de su país; los demás habitantes de los estados limítrofes no parecen, en cambio, preocupar, como no preocupan las minorías residentes en Rusia. Pero recordaré también que ese discurso oficial critica, ciertamente, a Stalin por su condición de dictador, pero, en clave inocultadamente nacionalista, ensalza su venturoso papel durante la segunda guerra mundial, sin ninguna vocación de hurgar, claro, en las dobleces de ese papel. En consecuencia, el lado aparentemente positivo de Stalin arrincona al negativo, como lo demuestran muchas parafernalias públicas en la Rusia contemporánea. Cierto es que el nacionalismo putiniano aparece trufado de intereses económicos, que se hallan presentes, al tiempo, en cualquiera de las modulaciones de los proyectos imperiales atribuidos al presidente. El discurso nacionalista al uso es difícil de casar, entonces, con la idiosincrasia de oligarcas y *silovikí*, que colocan muy por delante sus negocios y no dudan en trasladarlos a escenarios geográficos alejados.

Mucho se ha discutido sobre la visión de la etapa soviética que abrazaría el presidente ruso. Por lo que parece, en enero de 2016 Putin habría

señalado lo que sigue: “Yo no fui, como usted sabe, un miembro del partido por necesidad. Me gustaban mucho las ideas comunistas y socialistas, y me gustan todavía”[12]. A saber, eso sí, qué entenderá Putin por “ideas comunistas y socialistas”. Muchas veces se han citado, por lo demás, otras dos declaraciones del presidente. La primera sostiene que “quien no añora la URSS es que carece de corazón; quien la quiere recrear con la misma forma carece, en cambio, de cabeza”[13]. La segunda, por su parte, asevera que la desaparición de la URSS fue “la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX”[14]. De esas dos aserciones puede extraerse acaso una conclusión: de lo ocurrido en la etapa soviética, cuyas disfunciones económicas son a menudo subrayadas, a Putin le interesa fundamentalmente la dimensión de gran potencia acompañante, de tal manera que en el discurso al uso, de carácter nacional-patriótico, prima la loa del poderío militar y del papel desempeñado por los servicios de inteligencia y seguridad, al parecer no corrompidos, en la percepción del presidente, como el resto del sistema. Si Putin bien se guarda de citar a Marx y a Engels, alimenta una mejor imagen de Stalin que de Lenin, en la medida en que entiende que éste fue más bien el disgregador de un imperio, el zarista, merecedor de aprecio. En paralelo, el presidente no alimenta ninguna simpatía por las instancias de base que históricamente marcaron, en la vida rusa, un proyecto en un grado u otro colectivista. La apuesta de Putin es, al respecto, claramente estatalista, burocrática y, por vocación, imperial.

Hay quien sostiene, en otro terreno, que Putin aún no ha tomado una decisión firme en lo que se refiere a una disyuntiva delicada: liderar el proyecto de un país separado, y más o menos incomunicado, o, por el contrario, autoproponerse como líder planetario de una revolución conservadora. Que esta segunda perspectiva no es, en modo alguno, ajena a las querencias del presidente ruso lo certifica, antes que nada, su apuesta en

provecho de la religión, volcada en una relación estrecha con la Iglesia ortodoxa autocéfala. Putin conoce bien la capacidad unificadora de voluntades que tiene la Iglesia ortodoxa, y sabe al tiempo de su papel simbólico ante lo que se interpreta que es la pérdida de valores espirituales y morales característica del mundo occidental. El presidente ha repetido en muchas ocasiones, por lo demás, la idea de que en los momentos de crisis profunda el pueblo ruso recupera sus valores morales y religiosos. La presencia de un discurso conservador en la propuesta putiniana es más evidente, en cualquier caso, a partir de 2012. En él se reúnen la defensa de los valores tradicionales, y entre ellos, en lugar prominente, los familiares, y el patriotismo, enlazados de la mano de la convicción de que Rusia tiene una misión moral que cumplir, al amparo de una percepción que recuerda mucho, por cierto, a la postulada por los neoconservadores norteamericanos. En este magma a duras penas sorprenderá que Putin se haya entregado a la tarea de demonizar a quienes rechazan los valores tradicionales y que, acaso deseoso de congraciarse con una percepción popular muy extendida, no haya dudado en establecer restricciones severas en lo que hace al despliegue de la "propaganda gay", restricciones acompañadas a menudo de una satanización paralela de un mundo, el occidental, que algunos medios de comunicación rusos resumen con la etiqueta "Gayropa".

Concluiré con el recordatorio de que, a diferencia de lo que ocurría en la etapa soviética, Putin entiende que hoy en Rusia no hay una "ideología del estado". Dos observaciones se imponen al efecto. Si la primera subraya que acaso esa ideología se halla en proceso de formación, la segunda señala, con un punto de ironía, que la defensa de la institución estatal a la que el presidente se entrega en todo momento es, con toda evidencia, en sí misma, una ideología de estado.

CAPÍTULO 2

La política exterior rusa

En este capítulo se asume una consideración, de vocación fundamentalmente cronológica, de la política exterior que la Federación Rusa ha desplegado desde el momento de su independencia en 1991. Conviene que subraye que en ese año pesaban sobre Rusia dos circunstancias diferentes. Si la primera, la saludable, refería unas relaciones internacionales mucho más plácidas que las que había heredado en 1985, en la URSS, Mijaíl Gorbachov, la segunda recordaba que el estado naciente había experimentado un doble retroceso estratégico.

En relación con la primera de esas circunstancias, lo suyo es ratificar que el panorama internacional que tuvo que afrontar Gorbachov en el momento de su acceso a la secretaría general del Partido Comunista de la Unión Soviética era singularmente complejo. En él se daban cita una relación tensa con las potencias occidentales —plasmada, por ejemplo, en la llamada “crisis de los euromisiles”—, el entrampamiento del ejército soviético en Afganistán y desacuerdos severos, en la parte más oriental de la URSS, con China. Seis años después, y con Rusia convertida en un estado independiente, la mayoría de esos problemas habían quedado desactivados o, al menos, habían perdido buena parte de su entidad.

Por lo que respecta a la segunda de las circunstancias invocadas, hay que recordar que a finales de 1989 la URSS perdió el grueso de sus capacidades de control en los países de la Europa central y balcánica que desde 1945 habían configurado una suerte de “parachoques de seguridad”. Primigeniamente ese parachoques se había propuesto evitar la repetición de una agresión como la alemana de cuatro años antes. De resultas, y en

paralelo, pronto se disolvieron el Pacto de Varsovia —la alianza militar liderada por la Unión Soviética— y el Consejo de Ayuda Económica Mutua (CAEM) —el bloque económico articulado por la URSS—. Al retroceso estratégico de 1989 siguió un segundo, esta vez en 1991: por efecto de la desintegración de la propia URSS, Rusia vio cómo se independizaban las restantes repúblicas soviéticas y, en particular, perdió activos importantes en el Báltico, en el Cáucaso y en el Asia central, al tiempo que su ascendiente se reducía, también, en países como Ucrania y Bielorrusia. Salta a la vista que este doble retroceso estratégico al que me refiero operaba como una dura contrapartida de la mejora general de las relaciones externas que benefició a la Rusia de Yeltsin.

UNA RUSIA SUMISA Y AQUIESCENTE (1991-1995)

Ha seguido coleando una discusión sobre si Rusia, a partir de 1991, fue o no objeto de humillación o, lo que es lo mismo, sobre si, pese a que no hubo una batalla militar de por medio, Moscú recibió un trato mal que bien similar, guardadas las distancias, al de Alemania al final de la primera guerra mundial. La cuestión ha suscitado, como cabe esperar, opiniones contrapuestas. La impresión de quien escribe estas líneas es que lo que se abrió camino fue un intento fallido, e interesado, de reeducación para la configuración de una potencia menor y sumisa. Quienes hablaban de una integración de Rusia en el mundo occidental estaban hablando, en realidad, y las más de las veces, de una absorción de la primera por el segundo que no podía sino alentar la imagen de una humillación que estimulaba un ya de por sí acendrado sentimiento de inseguridad. Aun así, bueno es recordar que quienes afirman que no hubo un trato humillante gustan de subrayar que Rusia mantuvo el puesto de la URSS como miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU, heredó el grueso del arsenal nuclear

soviético, acabó sumándose al llamado “grupo de los siete” (G-7), al Consejo de Europa y, mucho después, a la Organización Mundial del Comercio, y adquirió el *status* de socio privilegiado de la OTAN y de la UE[15]. Hay quien, como el ajedrecista Garry Kaspárov, ha llegado a encomiar, en fin, la generosidad que el Fondo Monetario Internacional mostró a través de los créditos librados a Moscú…

Las cosas como fueren, lo cierto es que en fecha muy temprana los presidentes de EEUU y de Rusia alcanzaron un acuerdo que pretendía cancelar las dinámicas de confrontación del pasado, sobre la base de la idea de que ambos países mostraban un común compromiso con las causas de la “democracia” y de la “libertad económica”. En este orden de hechos, los años que separaron 1991 y 1995 fueron de franca aquiescencia rusa en lo que se refiere a las demandas, también a los caprichos, que llegaban del mundo occidental. Baste con recordar que el ministro de Asuntos Exteriores de esa etapa, Andréi Kóziriev, era comúnmente descrito como “míster Da” (míster Sí), por oposición al sempiterno ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, Andréi Gromiko, tantas veces tildado como “míster Net” (míster No). Y eso que las políticas que abrazó, en particular, Estados Unidos, no eran, por fuerza, atractivas para Moscú. Piénsese al respecto, por ejemplo, que pronto quedaron atrás, pese a lo dicho, algunos proyectos norteamericanos encaminados a colocar a Rusia en plenitud, y en aparente pie de igualdad, en las instituciones internacionales —la UE, la OTAN— perfiladas por los países occidentales. En paralelo, al poco cayeron en el olvido la retórica de la “casa común europea” gorbachoviana o el proyecto, tan caro, unos años antes, a Andréi Sájarov, de propiciar una convergencia entre los dos sistemas otrora enfrentados. Los hechos posteriores vinieron a confirmar, por otra parte, que se había desvanecido, también, el compromiso verbal que, adquirido por los gobernantes estadounidenses,

aceptaba que la OTAN no experimentaría ampliaciones en la Europa central y oriental, asentado en una aceptación de que a Rusia le correspondía una difusa zona de influencia. Stephen F. Cohen ha interpretado, con buen criterio, que la trama de estos años quedaba delimitada, por parte de EEUU, por una retórica de colaboración y de respeto que se veía contrarrestada por una práctica marcada por el incumplimiento de promesas, la exigencia de gestos unilaterales del lado de Rusia, la voluntad de acometer un cerco creciente sobre ésta, el desdén por los motivos de preocupación que pudiese esgrimir el Kremlin y, en suma, el despliegue de fórmulas de obscena doble moral[16].

Varias fueron las señales de la aquiescencia rusa que he mencionado unas líneas más arriba. Así, y a guisa de ejemplo, recordaré que en 1992 Moscú respaldó las sanciones internacionales sobre Serbia y Montenegro, al tiempo que Rusia se adhería al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial. En el año siguiente Yeltsin suscribió con EEUU un nuevo tratado START, el segundo, de reducción de armas estratégicas, cuya ratificación se topó más adelante con problemas, bien es cierto, en la cámara baja del parlamento ruso. En 1995, y por otra parte, Moscú inició un diálogo con la OTAN y se sumó a la llamada Asociación para la Paz. En este escenario no está de más rescatar lo que invocaba una frase que, formulada en 1989 por Gueorgui Arbátov, retrataba uno de los cimientos de la zozobra, bien que relativa, de las potencias occidentales: “Vamos a haceros el peor de los servicios: os vamos a privar de un enemigo”[17].

SUBE LA TENSIÓN (1996-1999)

A finales de 1995, el recién mentado ministro de Asuntos Exteriores, Andréi Kóziriev, fue sustituido por Yevgueni Primakov. Unos meses después se iniciaba el segundo mandato presidencial de Yeltsin. Cabe entender que

estas dos circunstancias, y en particular la primera, abrieron el camino a una política exterior más independiente, más inclinada a atar lazos —o a imponerlos— en el "extranjero cercano" configurado por las repúblicas exsoviéticas y más volcada hacia Asia. Parecía que se iniciaba un proceso en virtud del cual Moscú dejaba de demandar aceptación en el exterior —en el mundo occidental— y buscaba una política propia. Si así se quiere, las razones de ese giro eran dos. Mientras la primera recordaba que la condición, singularísima, de Rusia dificultaba sensiblemente que sus intereses coincidiesen de manera mimética con los de las potencias occidentales, la segunda subrayaba que determinadas decisiones asumidas por estas últimas habían sido percibidas en Moscú, con rara unanimidad, como gestos poco amistosos e incipientemente agresivos.

La principal de esas decisiones fue, naturalmente, la que se tradujo en una ampliación de la OTAN: anunciada en el verano de 1997, dos años después se sumaron a la Alianza Atlántica tres estados que unos pocos años antes formaban parte del bloque soviético. Hablo de Polonia, de la República Checa y de Hungría. Conviene recordar que, de manera simultánea, en el verano de 1998 se hizo valer en Rusia una crisis económica muy honda. No está de más que subraye que a principios de la década de 1990 el ya citado Kóziriev había afirmado que para que la "democracia" naufragase en su país tendrían que abrirse camino los dos factores[18] que acabo de mencionar, con un correlato —agrego yo— importante: la percepción, muy extendida en la opinión pública en Rusia, y no exenta de fundamento, aunque simplificadora, de que tras la ampliación de la Alianza Atlántica y tras la crisis económica estaban los intereses de las potencias occidentales. George Kennan había avisado en 1997 de las consecuencias dramáticas que se derivarían de una ampliación de la OTAN que daría alas a tendencias nacionalistas, antioccidentales y militaristas en

Rusia, con efectos muy delicados, de nuevo, sobre la frágil democracia del país[19]. Pese a ello, en el mundo occidental apenas interesaba lo que en Moscú pudiese pensarse de una decisión como la relativa a la ampliación en cuestión.

Son muchos los analistas que concluyen que el momento de mayor tensión, en estos años, entre Rusia y el mundo occidental se produjo con ocasión de los bombardeos de la OTAN sobre Serbia y Montenegro, en la primavera de 1999. Hubo quien llegó a augurar un conflicto bélico abierto entre Rusia y alguna de esas potencias. El argumento en cuestión olvidaba la dependencia extrema que el Kremlin arrastraba en lo que hace a la ayuda financiera que dispensaban instancias como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial. Las muchas discrepancias que Rusia había planteado ante los mentados bombardeos de la OTAN se desvanecieron rápidamente cuando, en mayo de 1999, el máximo responsable del Fondo Monetario se personó en Moscú y anunció la concesión de una nueva línea de crédito... Era inevitable que, dadas semejantes condiciones, la credibilidad y la independencia de la política exterior rusa se resintiesen sensiblemente: para las potencias occidentales comprar el silencio de Moscú era una mera cuestión presupuestaria.

LOS AÑOS DE LA CORDIALIDAD PUTINIANA (2000-2006)

La tornas cambiaron abruptamente en 2000, y lo hicieron no tanto de resultas de la entronización de un nuevo presidente en Rusia como por efecto de una coyuntura internacional caracterizada, ante todo, por subidas muy notables en los precios del petróleo y del gas natural. Siendo Rusia, como sabemos, un exportador neto de estas dos materias primas energéticas, el alud de divisas fuertes que llegó a la economía permitió que esta última saldase de manera muy rápida la deuda, razonablemente

onerosa, contraída en la década anterior y procediese a constituir reservas importantes para afrontar un eventual descenso en los precios internacionales de las materias primas mencionadas. Como quiera que Rusia ya no dependía, en el terreno financiero, de instituciones creadas y controladas por las potencias occidentales, se abría camino una pregunta importante: en caso de que estallase una crisis internacional en la que Moscú y esas potencias blandiesen posiciones diferentes, ¿qué estaba llamado a ocurrir ahora que Rusia había dejado atrás su dependencia con respecto a los créditos foráneos?

Sabido es que desde el año 2000 hasta hoy no han faltado precisamente las crisis internacionales de relieve. Parece, sin embargo, que no han permitido responder de manera clara y convincente a la pregunta recién formulada. En su defecto, y como se verá inmediatamente, las respuestas suscitadas han variado según los momentos y los lugares. Una primera aproximación a la cuestión sugiere que en el otoño de 2001, y en la estela de los atentados de septiembre de ese año en Nueva York y Washington, el nuevo presidente ruso, Putin, realizó un análisis severo de las capacidades objetivas de su país y llegó a la conclusión de que este último no estaba en condiciones de plantar cara a la hegemonía norteamericana, de tal suerte que era preferible sumarse al carro del vencedor en la confianza, claro, de que el ganador fuese razonablemente generoso y ofreciese algo a cambio. Si semejante descripción de los hechos parece ajustarse, mal que bien, a la realidad, conviene que la complete con tres precisiones que asumen, todas ellas, la forma de preguntas.

La primera de esas preguntas plantea una discusión relativa a cuál fue la instancia a la que Rusia procuró acercarse: ¿Estados Unidos, la Unión Europea o, en general, el mundo occidental? En la dimensión fundamental del proceso parece que Moscú buscó ante todo una aproximación a EEUU

o, si quiero decirlo de manera más precisa, Estados Unidos procuró atraer hacia sí a Rusia, no tanto porque esta última interesase sobremanera a Washington como de resultas del intento de satisfacer un objetivo moderadamente oculto: evitar un imaginable acercamiento entre Moscú y la UE que permitiese gestar una macropotencia en la que se diesen cita la riqueza de la Unión Europea, por un lado, y la profundidad estratégica y las materias primas energéticas de Rusia, por el otro. Hay que reconocer que en este terreno la política de EEUU dio sus frutos, en buena medida beneficiada, eso sí, por las sucesivas ampliaciones de la UE, que en 2004 y 2007 colocaron dentro de ésta a un puñado de estados que desde tiempo atrás mantenían una relación tensa con Rusia. Era difícil que la incorporación a la Unión Europea de países como Polonia o la República Checa —más atlantistas que europeístas— no se tradujese, en un grado u otro, en un deterioro de la relación entre Bruselas y Moscú.

La segunda de las preguntas invocadas se refiere al grado de conciencia que los gobernantes rusos mostraron en lo que hace al sentido de fondo de la política desplegada por EEUU en el Oriente Próximo, de la mano ante todo de las intervenciones militares en Afganistán, en 2001, y en Iraq, en 2003. En este caso no queda otro remedio que repetir la tesis general que ya he manejado: aunque a Rusia le agradaban poco los términos de la política norteamericana, consciente de su debilidad Moscú se vio obligado a acatar esa política, en la confianza, de nuevo, de que Washington sería generoso y aportaría algo a cambio de lo que en un escenario, Afganistán, fue una franca colaboración con EEUU, y en otro, Iraq, asumió la forma de un silencio connivente. No está de más, al respecto, examinar la condición de la política que Rusia blandió en relación con Iraq. Señalaré primero que el protagonismo simbólico de la oposición, en el Consejo de Seguridad de la ONU, a la intervención militar norteamericana recayó sobre Francia, de tal

forma que las relaciones entre Moscú y Washington no quedaron dañadas. Esto aparte, Rusia pidió con claridad que se respetasen los derechos adquiridos en Iraq, y al efecto solicitó que las nuevas autoridades locales pagasen la deuda externa contraída por el Iraq de Saddam Hussein y mantuviesen en vigor los contratos firmados en su momento con empresas rusas del petróleo. Como puede apreciarse, a Moscú le preocupaba sobremanera el respeto de los principios insertos en la Carta de Naciones Unidas… No está de más que, en este orden de cosas, recuerde que, en la percepción rusa, la estrategia norteamericana encaminada a derrocar regímenes que EEUU entendía que eran enemigos resultaba al cabo, y paradójicamente, un estímulo vital para el asentamiento de amenazas terroristas. Bastaría con invocar al efecto los ejemplos de los citados Afganistán e Iraq[20].

La pregunta más relevante es, con todo, la tercera: ¿qué obtuvo Rusia a cambio de lo que unas veces fue una colaboración manifiesta y otras un silencio connivente ante políticas norteamericanas cada vez más agresivas? Nada más sencillo que responder a esta pregunta: absolutamente nada. La prepotencia de los gobernantes norteamericanos del momento impidió que éstos se percatasen de que la colaboración de Rusia tenía que ser recompensada en un grado u otro, toda vez que, de lo contrario, se abriría el riesgo de que Moscú procurase, como al final sucedió, una política exterior más independiente y, por fuerza, de mayor confrontación con Estados Unidos. A efectos de justificar la conclusión de que Washington nada hizo, a la postre, para mantener a Rusia de su lado, bastará con que mencione cinco elementos importantes. El primero no fue otro que el designio norteamericano de mantener en pie los proyectos orientados a perfilar un sistema de defensa estratégica en EEUU. Aunque la justificación formal de esos proyectos era la amenaza que suponían los llamados “estados

gamberros", en la trastienda era fácil intuir que pretendían, en lugar central, erosionar la capacidad disuasoria de los arsenales nucleares ruso y chino. Recordaré al respecto, y en singular, que en 2002 el presidente Bush decidió retirar unilateralmente a EEUU del tratado ABM —sobre defensas frente a misiles balísticos— y que Washington contempló el despliegue de dispositivos en Polonia y en la República Checa, no sin rechazar una contraoferta rusa de ubicación de esos dispositivos en Azerbaiyán. Un segundo elemento de relieve lo aportó una nueva ampliación de la OTAN, que en este caso benefició, en 2004, a tres repúblicas otrora soviéticas —Estonia, Letonia y Lituania—, y también a Bulgaria, Rumanía, Eslovenia y Eslovaquia. Albania y Croacia se incorporaron a la Alianza Atlántica en 2009. De resultas, la OTAN pasó a controlar —no se olvide— buena parte de las orillas de los mares Báltico y Negro. En un tercer estadio, Estados Unidos se negó a desmantelar las bases, teóricamente provisionales, que había perfilado, ante todo en el Asia central exsoviética, y con la anuencia de Rusia, para sacar adelante la intervención militar en Afganistán en 2001. Cierto es, con todo, que algunas de esas bases fueron desmanteladas por efecto de la presión de las autoridades locales. Un cuarto elemento importante se perfiló en torno al apoyo occidental a las llamadas "revoluciones de colores" que, en Georgia en 2003, en Ucrania en 2004 y en Kirguizistán en 2005, colocaron en los gobiernos respectivos a opciones políticas más bien hostiles a las percepciones e intereses blandidos por Moscú. En este mismo terreno, los países occidentales no dudaron en respaldar alianzas internacionales que, como la llamada GUAM, respondían a la misma lógica. Agregaré que en estos años Moscú no se vio premiado por ningún trato comercial y financiero de privilegio. Antes bien, se registró el mantenimiento, por EEUU, de la llamada enmienda Jackson-Vanik, que hundía sus raíces en la guerra fría y establecía trabas sensibles para el

comercio entre Rusia y EEUU. Hubo que aguardar a 2012 para que la enmienda fuese derogada.

A efectos de completar el análisis precedente, conviene que señale que en los seis primeros años de su presidencia el proyecto de Putin fue muy moderado, y no precisamente agresivo en lo que respecta a las potencias occidentales. El objetivo fundamental del presidente ruso estribó en asentar y, en su caso, modernizar la economía del país, y no en contestar hegemonías foráneas, y en singular la norteamericana. En este orden de cosas, y en la opinión de Tsygankov, el impulso inicial de Putin colocó en primer plano la geoeconomía en detrimento de la geopolítica[21]. El presidente ruso había afirmado en 2000 que a sus ojos era difícil "ver a la OTAN como un enemigo"[22], y había apostado por una restauración paulatina de las relaciones con la Alianza Atlántica que cerrase la herida de Kosova, sin rechazar, por añadidura, la perspectiva de una integración de Rusia en la propia OTAN. Con la misma vocación, en 2001 Putin había anunciado su firme propósito de dejar atrás los restos de la guerra fría de antaño y de abrir una larga etapa de colaboración con Estados Unidos. Las políticas de Putin se antojaron mucho más moderadas que las que había desplegado con anterioridad Primakov, más propensas estas últimas a contestar muchos de los términos de la conducta de las potencias occidentales. Una de las circunstancias que justificaban semejante percepción la aportó el hecho de que Rusia pareciese olvidar la afrenta que habían supuesto en 1999 —acabo de recordarlo— los bombardeos de la OTAN en Serbia y en Montenegro. En términos generales, la contestación rusa de lo que suponían la OTAN o los movimientos norteamericanos en relación con el tratado ABM bajó muchos enteros, y eso que la última materia empezaba a ser, con lógica, sensible. En el mismo terreno cabe anotar que en 2000 Rusia tomó la decisión de cerrar sus bases militares,

heredadas de la época soviética, en Vietnam y Cuba, y que en 2002 firmó con EEUU un nuevo tratado de reducción de armas estratégicas ofensivas. Putin poco o nada hizo, en suma, para defender la causa, al final perdida, de quien pasaba por ser su aliado local en las elecciones presidenciales ucranianas de 2004, Víktor Yanukóvich. No sólo eso: se abstuvo de asumir medidas hostiles contra el nuevo presidente ucraniano, Víktor Yúshenko, mal que bien inclinado a colaborar con las potencias occidentales.

LA TENSIÓN REAPARECE (2007-…)

A duras penas sorprenderá que, con un panorama como el recién descrito, marcado por la prepotencia y la agresividad de los gobernantes estadounidenses, los estímulos para que Moscú mantuviese su respaldo a un sinfín de políticas norteamericanas fuesen nulos, al tiempo que menudeaban los acicates para que Rusia buscase una diplomacia más independiente. Algunas de las primeras señales de un nuevo panorama se revelaron cuando, en 2007, Moscú tomó la decisión de retirarse del acuerdo de fuerzas convencionales en Europa y rechazó de manera expresa, a principios de 2008, la declaración unilateral de independencia de Kosova.

El escenario mayor en el que se hizo valer el incremento de la tensión lo aportó, con todo, en el verano del mismo año 2008, lo ocurrido en la Georgia que encabezaba el presidente Míjeil Saakashvili. Aunque algo más diré al respecto en un capítulo posterior, lo que interesa subrayar ahora es que el ataque de las fuerzas armadas georgianas en Osetia del Sur, en agosto de ese año, realizado con toda evidencia con anuencia norteamericana, provocó una inmediata respuesta militar rusa que muchos analistas interpretaron que era desproporcionada. La catástrofe militar georgiana, y las declaraciones unilaterales de independencia, alentadas por Moscú, de la citada Osetia del Sur y de Abjasia se vieron acompañadas de un visible apo-

yo de EEUU a Saakashvili y de reticencias al respecto del lado de potencias europeas como Alemania y Francia. La subsiguiente degradación de la relación ruso-norteamericana era bien recibida en determinados círculos en EEUU en vísperas de unas elecciones presidenciales que se anunciaban reñidas.

Cierto es que, desde principios de 2009, y tras la crisis georgiana, se registraron intentos de *resetear* —éste fue el término que se impuso— la relación entre Rusia y Estados Unidos en un marco de creciente pragmatismo, aparentemente propiciado por el acceso de Medvédev a la presidencia de Rusia y por el de Obama a la de EEUU. Parece fuera de discusión que en el momento inicial de su primer mandato presidencial Obama se fijó como uno de los objetivos principales restaurar una relación cordial con Moscú, y eso que, con ocasión de la campaña presidencial previa, había criticado agriamente lo que entendía que era el carácter blando de las respuestas de su antecesor, Bush hijo, en relación con Rusia. Entre las señales del nuevo tono en la relación bilateral cabe contar un acuerdo, suscrito en febrero de 2009, para utilizar el territorio ruso a efectos de trasladar material militar norteamericano con destino a Afganistán, la firma del tratado START III en abril de 2010, una progresiva reanudación de las relaciones entre Moscú y la OTAN, el apoyo estadounidense a la incorporación de Rusia a la Organización Mundial del Comercio, una realidad en agosto de 2012, y la decisión de Obama de abandonar buena parte de los proyectos de defensa estratégica. Al tiempo, en dos escenarios importantes —Afganistán e Irán— pareció mantenerse la colaboración entre Moscú y Washington. En relación con Irán, Rusia asumió un papel relevante en las negociaciones relativas al programa nuclear del país, y al respecto administró una política de palo y zanahoria, amenazando en alguna ocasión a Teherán con sanciones —o frenando contratos golosos de venta

de armas— y procurando moderar en otras las exigencias norteamericanas. Conviene subrayar, de cualquier modo, que las relaciones comerciales entre Rusia y EEUU no experimentaron mayores contratiempos ni en los años finales de la presidencia de Bush hijo ni en el primer mandato de Obama, y ello pese a divergencias agudas como las suscitadas, entre las dos potencias, por la crisis georgiana.

Como contrapunto de alguno de los datos manejados, cobraron cuerpo entre EEUU y Rusia profundas desavenencias en lo que respecta a la identificación de espías de unos y otros, al tiempo que el "caso Snowden" —Rusia acabó por acoger a este antiguo agente de la CIA que reveló documentos clasificados en EEUU— se cruzaba de por medio. Entre tanto, en Moscú se aprobaban normas legales muy restrictivas del trabajo de las organizaciones no gubernamentales foráneas. Tampoco está de más que recuerde que la doctrina militar aprobada en Rusia en 2010 hablaba de la OTAN como una amenaza a la seguridad nacional, mientras, llamativamente, y en comparación con la Alianza Atlántica, el yihadismo se antojaba, pese a lo que pudiera parecer, un peligro menor a los ojos de los dirigentes rusos. Pronto se abrieron paso también diferencias con respecto a Libia y Siria. En relación con este último país, lo suyo es subrayar que la política norteamericana registró significativos altibajos. Baste con anotar el acuerdo, instigado por Rusia, en lo que se refiere al desmantelamiento del arsenal de armas químicas a disposición del gobierno sirio y, después, una pasajera colaboración con Moscú para hacer frente al Estado Islámico.

Me interesaré más adelante por el perfil y las consecuencias de la segunda fuente de desavenencias agudas entre Rusia y las potencias occidentales: la crisis ucraniana de 2014. Me limitaré a señalar ahora que esa crisis se saldó con sanciones económicas sobre Rusia y que Moscú perdió su puesto en el G-8, un grupo en el que —dicho sea de paso— era el

único socio no occidental; el grupo volvió a ser un cónclave de siete estados. También hay que mencionar la cancelación de las conversaciones encaminadas a que Rusia se incorporase a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo en Europa, la suspensión de las negociaciones relativas a comercio bilateral e inversiones o el freno impreso a las que se referían a diferentes ámbitos del control de armamentos. Acuerdos como los que afectaban a las fuerzas convencionales y a las fuerzas nucleares de alcance intermedio se hallaban, entre tanto, en entredicho, y no faltaban los recelos en lo que se refiere a las armas nucleares tácticas y a las estratégicas. En este escenario a duras penas sorprenderá que en 2014 un 74 por ciento de los rusos declarase tener una imagen negativa de EEUU, en tanto un 72 por ciento de los norteamericanos alimentaba una mala imagen de Rusia.

LOS GRANDES DEBATES DE LOS ÚLTIMOS AÑOS

Permítaseme que cierre este capítulo con una breve consideración de algunos de los rasgos de la relación contemporánea entre Rusia y las potencias occidentales. El primero de ellos lo aporta un genuino juego de apariencias, bien ilustrado por el derrotero que han seguido los suministros de gas ruso a la UE. Conviene recordar al respecto que en 2006 y 2009 se registraron dos "crisis del gas" saldadas con interrupciones, bien es cierto que breves, de los suministros rusos a Ucrania y a la propia Unión Europea. Lo que estaba por detrás de esas crisis no eran sino desavenencias comerciales como las relativas al precio que Ucrania debía abonar por el gas natural ruso o a las fórmulas que habría de adoptar el pago de la onerosa deuda contraída por Kíev con Moscú. En 2014 se registró una guerra sangrienta en el este de Ucrania, traducida, según una estimación, en nueve mil muertos, al amparo de un conflicto que todavía hoy sigue abierto.

Llamativamente, y pese al tono airado de las declaraciones de unos y otros, en momento alguno dejó de fluir el gas natural ruso camino de los estados miembros de la Unión Europea. Parecía servida la conclusión de que nadie creía en serio en una guerra abierta que se veía medio reemplazada por los juegos derivados de las acciones de los *hackers* de uno y otro lado, que generaban, sí, situaciones molestas, pero que estaban muy lejos, claro, del escenario propio de una confrontación militar franca. Y es que, y a la postre, poderoso caballero es don dinero. Ni la UE podía prescindir de los suministros rusos ni Moscú podía hacer otro tanto con las divisas fuertes que le deparaban sus ventas de gas a la Unión Europea.

La dependencia mutua explica al cabo muchas de las posiciones, en su caso las contradicciones, de las partes enfrentadas. Recuérdese que casi la mitad de los intercambios exteriores de Rusia lo es con la UE, aun cuando Rusia represente sólo un 6 por ciento de las exportaciones de la Unión y un 10 por ciento de sus importaciones. A la UE le interesa, por añadidura, un mercado ruso razonablemente prometedor. Para que nada falte, dentro de la propia Unión se han perfilado dos bloques de países. Si uno de ellos, configurado en esencia por el Reino Unido, Suecia y varios de los socios centroeuropeos de reciente incorporación, es hostil a Rusia, el otro, articulado en torno a Alemania y Francia, se muestra menos crítico con Moscú. El enfoque defendido por estados como Austria, Bélgica, España, Holanda e Italia se sitúa a mitad de camino de esas dos posiciones, en tanto países como Bulgaria, Grecia y Chipre mantienen una relación cordial con Moscú en virtud de lo que cabe entender que es una proximidad vinculada, en un grado u otro, con la ortodoxia religiosa. Esto al margen, hay regiones claramente privilegiadas por la política rusa, como es el caso de los Balcanes, vitales a efectos de sacar adelante los nuevos conductos de transporte de materias primas energéticas. En la trastienda son fáciles de

apreciar los efectos del claro apoyo dispensado por EEUU a las ampliaciones que la UE experimentó en 2004 y 2007, unas ampliaciones que se entendía debilitaban a la UE y colocaban dentro de ésta a un puñado de países que mantenían una mala relación con Rusia.

La dimensión de farsa en la confrontación alcanzó a las sanciones impuestas a Rusia tras la crisis ucraniana de la primavera de 2014. Aparentemente duras, se hicieron valer muchos mecanismos para sortearlas, y ello por ambas partes. En 2015, y por ejemplo, la UE no dejó de acrecentar sus compras de gas a Gazprom, que en 2016 vio cómo se incrementaban las inversiones procedentes de Estados Unidos. Según una versión de los hechos, las sanciones han perjudicado gravemente, con todo, a la economía de la UE, que habría perdido el 20 por ciento de sus intercambios con Rusia, pero no habrían tenido ningún efecto mayor sobre las transacciones rusas con EEUU, que paradójicamente habrían crecido un 7 por ciento.

Lo suyo es agregar que las partes enfrentadas juegan sus cartas en un escenario de manifiesta doble moral. Recordaré, por ejemplo, que EEUU no dudó en respaldar la independencia de Kosova en 2008 mientras rechazaba, en ese mismo año, las de Osetia del Sur y Abjasia, alentadas por Rusia. Esta última, de siempre renuente a aceptar el derecho de autodeterminación, decidió esgrimirlo para justificar lo que al cabo fue la anexión de Crimea, aun cuando siga rechazando palmariamente la aplicación del derecho en cuestión en Chechenia. En otro terreno, Dominic Basulto ha tenido a bien subrayar que la política de Arabia Saudí en el Yemen, desplegada por completo al margen del sistema de Naciones Unidas, tiene muchas semejanzas con la aplicada por Rusia en Ucrania en 2014[23], de tal manera que no deja de sorprender que la primera pase inadvertida mientras la segunda es objeto, en cambio, de permanentes diatribas. Si a Rusia, en un

ámbito próximo, no le preocupan las violaciones de los derechos humanos en el Asia central, no parece que la conducta de EEUU sea muy diferente cuando lo que se halla de por medio son esos mismos derechos en Arabia Saudí. Moscú, por otra parte, ha recibido amonestaciones severas por haber empleado en determinados momentos los precios del gas natural para castigar a países hostiles como Georgia y Ucrania (pero también a presuntos amigos como Bielorrusia). ¿Por qué Rusia habría de ser más generosa, sin embargo, que las potencias occidentales? ¿O es que éstas no se han servido del chantaje energético cuando les ha convenido?

Tanto las potencias occidentales como Rusia han procurado trazar, en suma, oleoductos y gasoductos ajustados a los intereses respectivos. Moscú, en particular, ha intentado sortear el territorio de países conflictivos —Ucrania, en su caso Bielorrusia— de la mano de la creación de nuevos gasoductos: el Nord Stream, que une Rusia y Alemania a través del Báltico y esquiva los territorios de Ucrania y de Polonia, y el South Stream, un proyecto paralizado que debía discurrir desde el mar Negro hasta alcanzar la Europa mediterránea, en competición con la iniciativa occidental llamada Nabucco. Al amparo del llamado Turkish Stream, Moscú ha buscado un sustituto para el South Stream. Téngase presente que antes de la construcción de los nuevos conductos el 85 por ciento del gas ruso que llegaba a la UE pasaba por Ucrania. Pero la política norteamericana no ha sido muy diferente, como lo testimonian las circunstancias que rodean al oleoducto Bakú-Tbilissi-Ceyhan, manifiestamente diseñado con el objetivo de privar a Rusia de buena parte del negocio vinculado con la distribución de la riqueza energética del Asia central. Washington ha intentado convencer, por otra parte, a los estados miembros de la UE de que adquiriesen petróleo y gas en EEUU, sin que esta política haya sido descrita, como ha ocurrido tantas veces con los movimientos de Rusia,

como un condenable mecanismo de presión. A menudo se olvida, en fin, que el hecho de que Rusia invierta cantidades importantes de recursos en el aprestamiento de estos nuevos conductos significa que en modo alguno desea renunciar al mercado europeo, un mercado que precisa inexorablemente, por lo demás, para hacer rentables los conductos en cuestión. Lo anterior no obliga a colegir, bien es cierto, que Moscú haya renunciado a la explotación de los recursos situados en su territorio más oriental, destinados a colmar, siquiera parcialmente, la demanda que llega de países como China, Japón o Corea del Sur. Todos los datos que acabo de manejar invitan a concluir que los antecedentes y las conductas de los diferentes agentes implicados en crisis como la georgiana de 2008 o la ucraniana de 2014 son tan equívocos que las adhesiones plenas están por completo de más en un marco de conflictos que por muchos motivos cabe calificar de sucios.

CAPÍTULO 3

Cooperación y conflicto: Rusia en siete escenarios geográficos

En este texto asumiré otro enfoque a la hora de estudiar la política exterior de la Rusia contemporánea. Si en el capítulo precedente me ha guiado una perspectiva fundamentalmente cronológica, ahora es la geografía la que me atrae: examinaré cómo se concreta esa política exterior en siete ámbitos geográficos diferentes, en el buen entendido de que daré por descontado que el capítulo anterior ha cubierto de manera razonable el estudio de los vínculos de Moscú con las potencias occidentales, a uno y otro lado del Atlántico.

Tres de los ámbitos invocados, los primeros, remiten a las relaciones de Rusia con países de lo que hasta hace no mucho se llamaba —en algunos textos el término pervive— "extranjero cercano"[24]. Hablo de Ucrania, de Bielorrusia y, tangencialmente, de Moldavia, en un primer grupo, de las repúblicas del Cáucaso, en un segundo, y de las del Asia central, en un tercer estadio. Los otros cuatro ámbitos geográficos objeto de interés son los que aportan China y, en general, el Lejano Oriente, en primer lugar, los países del Oriente Próximo, en un segundo escalón, esa zona de confluencia y de competición que es el Ártico, en un tercer nivel, y, en suma, y de forma muy breve, el África subsahariana y América Latina. Parece que con este repaso será posible acceder a otra visión, más concreta, de los rasgos propios de la política exterior rusa.

EL 'EXTRANJERO CERCANO' EUROPEO

Ucrania es un país con una construcción nacional compleja. Si así se quiere, hay dos Ucranias, bien reflejadas en la condición de las ciudades de Lvov y de Járkov. Mientras la primera, en la parte más occidental de la república, ejemplifica el peso del nacionalismo ucraniano, la segunda revela, en la parte más oriental, el ascendiente de Rusia, de su lengua y de su cultura. Para que nada falte, la Ucrania occidental es más agrícola, en tanto la oriental tiene un carácter más industrial. Lo ocurrido desde el momento de la independencia, en 1991, ha sido objeto, también, de lecturas encontradas. Mientras para unos era inevitable un esfuerzo de construcción de un estado-nación ucraniano, tanto más cuanto que el país, en el pasado, se había visto sometido de siempre a lógicas imperiales ajenas, para otros esa construcción acarreaba infelizmente un cuestionamiento de los derechos básicos de los rusohablantes residentes en Ucrania.

A este magma de complejidades conviene agregar una más, que se materializa en la necesidad de recelar un tanto de las etiquetas de "prooccidentales" y "prorrusos" que tantas veces se han atribuido a los dirigentes políticos ucranianos. El presidente Yúshenko, pese a su aparente condición de prooccidental, mantuvo en todo momento, a partir de 2004, una relación estrecha con Moscú. Desde 2010 su rival, Yanukóvich, sobre el papel un prorruso, decidió, sin embargo, que Ucrania permaneciese en la otaniana Asociación para la Paz, no procedió a incorporar al país a la Unión Aduanera alentada por Moscú y en modo alguno cortó las relaciones con la UE. Tanto uno como otro sabían que su margen de maniobra, entre dos gigantes, era limitado. En la trastienda operaba, en suma, el que algunos estudiosos han descrito como el parlamento más monetizado del mundo, en el que se daba cita una clase política extremadamente corrupta que no parece haber perdido ninguno de sus rasgos negativos ni con Yúshenko, ni

con Yanukóvich ni con el actual presidente, Petró Poroshenko.

No es propósito de estas páginas describir en detalle lo ocurrido en Ucrania en 2013-2014. Me limitaré a rescatar algunos datos que —parece— servirán para perfilar el sentido de la política asumida al respecto por Rusia. En noviembre de 2013 el a la sazón presidente ucraniano, Yanukóvich, se negó a suscribir un acuerdo de asociación con la Unión Europea. En una interpretación a la que cabe dar crédito, en esa decisión no fue tan concluyente el presunto carácter prorruso de Yanukóvich como el hecho de que la UE se había mostrado poco generosa, a diferencia de Rusia, mucho más dispuesta a aportar recursos importantes en provecho de la economía ucraniana. La circunstancia de que, al poco, estallasen protestas en las calles de muchas ciudades —el fenómeno más notorio se hizo valer en la plaza Maidán de Kíev, la capital— acaso no se debió tanto a la disputa sobre el acuerdo de asociación con la UE como a la condición, cada vez más desacreditada, de Yanukóvich. Lo cierto es que las manifestaciones fueron a más y en ellas se dieron cita opositores a este último, gentes que rechazaban lo que entendían que era un poco saludable alejamiento con respecto a la UE y, de manera cada vez más consistente, grupos de la extrema derecha local. En febrero de 2014, y luego de una aguda represión, se alcanzó un acuerdo, instigado por la UE y suscrito por Yanukóvich y los líderes de tres de los partidos opositores, para adelantar las elecciones presidenciales y proceder a una reforma de la Constitución. El acuerdo no fue respetado por la propia UE en un escenario en el que, al cabo, el presidente Yanukóvich abandonó el país camino de Rusia. En esta última se interpretó, no sin argumentos, que lo que había cobrado cuerpo era un golpe de estado en toda regla que en una de sus dimensiones principales obedecía al propósito, claramente abrazado por las cancillerías occidentales, de colocar a Ucrania en manos de la UE y de la OTAN, en detrimento, como es fácil colegir, de

los intereses de Moscú.

La principal respuesta de Rusia ante estos hechos se verificó en Crimea, una península ribereña del mar Negro que, en manos de Ucrania en virtud de una caprichosa decisión asumida por Jrushov en 1954, acogía una clara mayoría de población rusa: los rusos eran del orden del 60 por ciento de los habitantes. Moscú, que contaba con contingentes militares importantes en Crimea, en virtud del arriendo de instalaciones navales pactado con las autoridades ucranianas, propició la organización de un referendo de autodeterminación que, en marzo, y bien es verdad que en condiciones de limpieza dudosas, registró una franca mayoría de votos en favor de la independencia de la península y de su posterior anexión a Rusia. En Crimea despuntaban dos discusiones distintas. Si la relativa a la legalidad del referendo se zanjaba deprisa —en términos del ordenamiento legal ucraniano aquél era indiscutiblemente ilegal—, la de la legitimidad presentaba aristas más complejas. Rusia entendía que Crimea era un territorio propio, en manos de Ucrania por efecto de una decisión azarosa y lamentable de un gobernante autoritario. La anexión de Crimea, desde esta perspectiva, no habría respondido tanto al propósito de dar réplica a la agresividad occidental como a la de atender a las demandas de la mayoría de la población local. Sobre la base de estas percepciones, ¿no era razonable afirmar que el compromiso democrático de los gobernantes ucranianos hubiera debido manifestarse, en el momento de la independencia del país, en 1991, a través de la convocatoria de un referendo de autodeterminación en Crimea? Cierto es que Rusia esgrimió en Crimea por primera —y hasta el momento última— vez un principio, el de autodeterminación, que hasta entonces había desdeñado orgullosamente, como cierto resulta que la minoría tártara —había aportado la mayoría de los habitantes de Crimea hasta finales del siglo XIX; sus integrantes habían sido masivamente de-

portados en 1944 por Stalin— vio cómo, en los hechos, las autoridades ucranianas y rusas daban la espalda palmariamente a sus preferencias. Rescataré otras dos dimensiones de la disputa sobre Crimea. La primera, esgrimida de vez en cuando, recuerda que en el mar Negro hay yacimientos importantes de petróleo y de gas natural, de tal suerte que la incorporación de Crimea a Rusia facilitaría el control, por esta última, de esos yacimientos. La segunda subraya lo que se antoja una obviedad: para el presidente ruso, Putin, Crimea operó como una eficaz distracción ante los problemas económicos y sociales de su país. Las cosas como fueren, parece evidente que la península está llamada a acoger en el futuro un conflicto enquistado que divide opiniones: ni Rusia puede dar marcha atrás en la anexión ni las potencias occidentales retirarán sus críticas y disensiones.

La impresión es que la segunda gran crisis de 2014 —la que asumió la forma de una guerra abierta saldada con varios millares de muertos y desarrollada en los *óblasti* de Donetsk y Lugansk, en el oriente ucraniano— no entraba dentro de los planes de Rusia. Más bien parece haber sido una crisis sobrevenida, surgida del designio, entre los dirigentes rusos locales, de propiciar un proceso similar al de Crimea que debía rematar en una anexión por Moscú de los dos *óblasti* mencionados. Aunque está fuera de duda que Rusia ha ayudado, y consistentemente, a las milicias secesionistas, en este caso la conducta del Kremlin ha sido más prudente, acaso por efecto de los recursos limitados en juego, del temor a un enrarecimiento mayor en la relación con Occidente y del recelo ante la perspectiva de que los efectos económicos internos fuesen aún más graves. Así los hechos, el Kremlin no ha alentado en Lugansk y Donetsk una repetición de lo acaecido en Crimea, y se ha contentado con ponérselo difícil a los gobernantes ucranianos, sometidos entonces a una activa política de desestabilización. Moscú tampoco ha movido con energía sus peones para hacer valer sus presuntos

intereses en una amplia zona del sur de Ucrania, la “nueva Rusia”, que discurre hasta Odesa y que acoge una importante presencia rusa. No ha progresado, entre tanto, la que se antoja principal apuesta del Kremlin en relación con Ucrania, que no es otra que la que reclama una federalización del país. Téngase presente que entre los estados herederos de la URSS, sólo Rusia muestra un carácter federal, bien que discutible. Tanto en Ucrania como en Kazajstán los gobernantes parecen contemplar la perspectiva de la federalización como la antesala de la disolución de los estados correspondientes.

La política rusa en relación con las crisis que me ocupan se ha visto sensiblemente marcada, sin duda, por una enorme dificultad para aceptar el horizonte de un efectivo alejamiento de Ucrania, y por una escasa voluntad de respetar lo que puedan desear muchos ucranianos. Esa política ha servido de paradójico estímulo para el auge y el asentamiento, en Kíev, de otro nacionalismo de estado, hoy visiblemente más afianzado que antes de 2014; se ha producido al respecto un evidente cambio de percepción en buena parte de la sociedad ucraniana, hoy decididamente antirrusa, y ello por mucho que sea cierto que no pueden despreciarse las ganancias que los gobernantes en el Kremlin han obtenido en el frente interno, en virtud de mejoras en la popularidad de Putin y de argumentos para los discursos antioccidentales. Hay analistas que estiman, por otra parte, que la decisión de incorporar Crimea a la Federación Rusa fue al cabo poco inteligente para Moscú, toda vez que una Crimea en ebullición, dentro de Ucrania, hubiera tenido un efecto desestabilizador mucho mayor sobre la política local y hubiera mantenido abierta la posibilidad de que Rusia controlase efectivamente el país. Hoy, y sin embargo, Ucrania es —hay que repetirlo— un estado manifiestamente hostil a Rusia y volcado con claridad hacia Occidente.

Lo que acabo de señalar invita a concluir que, pese a las apariencias derivadas de la anexión rusa de Crimea, y de la influencia que Moscú ejerce en los *óblasti* de Lugansk y de Donetsk, las potencias occidentales han visto cómo su posición mejoraba en un recinto tan relevante como Ucrania. Sobre esta base no faltan los estudiosos que entienden que no todo fue, en modo alguno, improvisación en la política desplegada, en particular, por la Unión Europea. No se olvide que ésta actuó como detonador de la crisis y que algunos de los aparentes errores de gestión que mostró acaso fueron premeditados. Por lo demás, y al calor de los sucesos ucranianos, las potencias occidentales siguieron reclamando de Rusia conductas que a duras penas ellas mismas asumirían, como lo ilustran las peticiones orientadas a conseguir que Moscú fuese generoso, en lo que respecta a los suministros energéticos, con los nuevos gobernantes en Kíev. Cabe preguntar, en un plano similar, y asumiré un ejercicio arriesgado de imaginación, cómo habría reaccionado EEUU si en su esfera de influencia centroamericana hubiese sido desalojado del poder, por efecto de una mezcla de repulsa popular y presión de potencias foráneas, un gobierno afín a los intereses de Washington.

No todos los elementos de las políticas occidentales parecen haber producido, aun así, el resultado apetecido: aunque las sanciones sobre Rusia que siguieron a lo acaecido en Crimea y en el oriente de Ucrania han servido para aparentar firmeza, se han vuelto a menudo contra quien las declaró, en la forma de graves problemas para las empresas occidentales —o para algunas de ellas— que negociaban con contrapartes rusas, pero también para los empresarios rusos que habían quedado embaucados por la retórica occidental sobre las virtudes de la globalización. Lo suyo es certificar, en suma, que las potencias occidentales nunca han concebido a Ucrania como un posible puente en las relaciones con Rusia, sino, antes

bien, como una punta de lanza dirigida contra esta última.

Concluiré con un balance general y anotaré, por lo pronto, que pese al avance occidental en Ucrania, a las autoridades locales no parece que les quede más remedio que llegar a algún acomodo con Rusia en lo que respecta a la federalización del país y al reconocimiento del ruso como lengua oficial. Un elemento vital para ello es la aguda crisis económica que atenaza a Ucrania desde 2014, de resultas de elementos varios entre los que se cuentan la pérdida de la cuenca del Donbás —en la parte más oriental del país—, una reducción drástica del comercio con Rusia, el esfuerzo militar en curso y, al tiempo, las escasas compensaciones dispensadas por la UE. Claro es que la situación es también muy delicada en Lugansk y Donetsk, dos regiones que, en un escenario de notable destrucción de infraestructuras, han dejado de beneficiarse de los presupuestos del estado ucraniano y no parecen contar, pese a todo, con una ayuda económica significativa del lado de una Rusia que arrastra sus propias estrecheces. Ya he señalado, por otra parte, que esta última ha padecido sensiblemente los efectos del grave deterioro experimentado por las relaciones económicas y comerciales con Ucrania.

BIELORRUSIA

Aunque cada vez más distante de Moscú, hasta el momento Bielorrusia forma parte de todas las alianzas lideradas por Rusia, de tal suerte que su concurso es vital para mantener en pie muchas de las ficciones vinculadas con aquéllas. Moscú dispone en el país, por lo demás, de un centro de transmisiones y de una estación de defensa antimisiles. Pese a las veleidades de independencia de las que hace gala, el presidente bielorruso, Aleksandr Lukashenko, parece presentarse, a los ojos de Rusia, como un mal menor que evita la llegada al poder de fuerzas políticas con posiciones más preocupantes.

Varias son, de cualquier modo, las señales de que la sintonía de antaño entre Bielorrusia y Rusia ha llegado a su fin. Han quedado muy atrás, por lo pronto, los proyectos encaminados a propiciar una unión entre los dos países. Las relaciones económicas se han visto indeleblemente marcadas por la dependencia de Bielorrusia con respecto a los suministros energéticos rusos y por la presión derivada de subidas en el precio del gas. Esto aparte, Bielorrusia se ha visto muy afectada por la contracción económica rusa, y ello aunque su territorio haya servido para sortear en algún grado los efectos de las sanciones occidentales sobre Moscú. Agréguese que el presidente Lukashenko ha lamentado recientemente que su país prescindiese, a principios de la década de 1990, de sus armas nucleares, no ha dudado en mantener unas relaciones cordiales con Ucrania y Georgia, se ha mostrado receloso ante la anexión rusa de Crimea y, en suma, ha procurado progresivas aproximaciones a los países occidentales al tiempo que tomaba medidas contra grupos que mal que bien podían reflejar el ascendiente del nacionalismo ruso en Bielorrusia. Importa subrayar que en esta última no hay, con todo, regiones con una clara presencia de población rusa.

LOS CONFLICTOS CONGELADOS: MOLDAVIA Y EL CASO DE TRANSNISTRIA

Permita el lector que abra aquí un breve apartado para rescatar una información rápida sobre lo que a menudo se han llamado “conflictos congelados”. Esta categoría se ha empleado para identificar los conflictos registrados en Transnistria, en Abjasia y Osetia del Sur, en Nagorni-Karabaj y, más recientemente, en los *óblasti* ucranianos de Lugansk y Donetsk. El rasgo común a todos ellos es el hecho de que en un momento determinado las reglas que los marcaban se estancaron en detrimento de la posición de una o de varias de las partes implicadas. Ese momento fue principios de la década de 1990 en los cuatro primeros casos —bien que con una mutación sensible en las reglas, en 2008, en lo que se refiere a Abjasia y Osetia del

Sur— y 2014 en los dos últimos. Cierto resulta que en lo que atañe a Nagorni-Karabaj, como anotaré más adelante, Rusia no es, o no lo es al menos de forma directa, una de las partes en confrontación. Como quiera, en suma, que en otros tramos de esta obra hablo de todos esos conflictos menos del de Transnistria, prestaré ahora alguna atención a la textura de éste.

Se conoce como Transnistria una estrecha franja de tierra que, emplazada en la parte más oriental de la república exsoviética de Moldavia, tras una guerra civil librada en 1992 escapó al control de las autoridades moldavas. Hoy, con mayoría de población rusa y presencia significativa de unidades militares también rusas, funciona en los hechos como si de un estado independiente se tratase. Transnistria es, por añadidura, la parte más industrializada de Moldavia, como ocurre en Ucrania con el oriente del país. Importa subrayar que Transnistria nunca ha sido reconocida por Moscú como un estado independiente —el panorama es, en este caso, similar al de Lugansk y Donetsk—, y ello pese al resultado atribuido a la consulta referendaria que, en 2006, identificó en la región un 97 por ciento de partidarios de la independencia y de la posterior anexión a Rusia. Al respecto tienen su relieve, sin duda, el interés geoestratégico limitado que Transnistria exhibe para Rusia, las dificultades logísticas objetivas que el territorio supone para Moscú, tanto más después de la crisis ucraniana de 2014, y la reducción operada en los últimos años en la ayuda económica rusa. El escenario cambiaría, ciertamente, si el futuro del enclave se vinculase, y esto es harto improbable, con el proyecto de la "nueva Rusia" ucraniana que ya he mencionado.

Según una opinión muy extendida, la política rusa ha permitido que se asentase en Moldavia, como en Ucrania, un nacionalismo de estado que en otras circunstancias habría exhibido menor fuerza. La apuesta de Moscú se

antojaría, en este sentido, delicada, toda vez que en Moldavia parecían existir flujos muy importantes favorables a Rusia que hoy parecen alicaídos. Hasta el momento presente el Kremlin ha rechazado desplegar en Transnistria, de cualquier modo, un modelo como el aplicado en Crimea. En relación con Moldavia, Moscú defiende que siga siendo un estado independiente —que no se una a Rumanía, en otras palabras—, que reconozca a Transnistria una condición especial, que no se sume a la OTAN y que mantenga una relación privilegiada con la propia Rusia. Cierto es que en varias ocasiones se ha expresado en Moscú el deseo de que Moldavia se integre en la Unión Económica Euroasiática (UEE), con la sugerencia paralela de que, de lo contrario, el país se verá absorbido por Rumanía, y Transnistria se convertirá, de resultas, en un estado independiente. Por lo demás, en algunas ocasiones el Kremlin ha defendido una confederación entre Moldavia y Transnistria, y en su caso una federalización de la primera. De por medio se hacen valer sucesivos vaivenes en la política moldava, en provecho en unas ocasiones de proyectos más o menos prooccidentales y en beneficio en otros de horizontes más o menos prorrusos. Parece fuera de discusión, aun así, que el deseo del Kremlin en el sentido de preservar algún grado de influencia sobre el país se ve lastrado por el contencioso de Transnistria.

KALININGRAD Y EL BÁLTICO

Kaliningrad —la antigua Königsberg alemana— y el territorio acompañante se integraron en la Unión Soviética al concluir la segunda guerra mundial. Hoy forman parte de la Federación Rusa aunque estén separados de esta última por las repúblicas de Lituania y de Bielorrusia. El territorio alberga una base naval importante, acaso un tanto depreciada en nuestros días.

Aunque en el momento en que se escriben estas líneas no hay ninguna contestación seria de la soberanía de Rusia sobre Kaliningrad, las cosas

podrían cambiar en el futuro. Al respecto se ha hablado, bien que de manera infrecuente y marginal, de la constitución de un posible estado independiente —la cuarta república báltica—, claramente rechazada por Moscú, como se ha sugerido la posible creación de una suerte de “Hong Kong del Báltico”. Polonia, Lituania y Alemania se presentan, por otra parte, como posibles candidatos a hacerse con el territorio, que podría convertirse en una especie de zona económica libre.

No se ha aportado ninguna razón fundamentada para explicar, en un terreno próximo, por qué Rusia podría tomar la decisión de invadir las repúblicas bálticas, miembros activos de la UE y de la OTAN. No hay ningún motivo equiparable, en particular, a los que se hicieron valer en relación con Crimea, por mucho que sea cierto que existen problemas con las minorías rusas, que suponen un 25 por ciento de la población en Estonia, al amparo de una comunidad dividida entre un sector mal que bien integrado en la vida del país y otro renuente a tal integración, y un 27 por ciento en Letonia. En lo que atañe a Lituania, el principal contencioso con Rusia es el tránsito, recién mencionado, en dirección a Kaliningrad. Por detrás colean, ciertamente, dependencias energéticas delicadas, bien que aminoradas, con respecto a Rusia, que se ha servido en alguna ocasión de cortes en el suministro y de subidas en las tarifas. En cualquier caso, el precio que Rusia habría de pagar por una intervención en las repúblicas bálticas sería, sin duda, demasiado alto. A ello se suma el hecho de que la presencia de la OTAN es, en esas repúblicas, muy fuerte, como lo testimonian la creación, en 2015, de centros de mando de la Alianza en todas ellas —también en Bulgaria, Polonia y Rumanía— y la intensificación de las operaciones de vigilancia aérea.

EL CÁUCASO

Rusia no comparte una identidad cultural-nacional con las repúblicas del Cáucaso, a diferencia de lo que sucede, en cambio, y en buena medida, con Ucrania y con Bielorrusia. Esto al margen, el Cáucaso no configura una unidad política y cultural de perfiles asentados, de tal manera que Georgia, Armenia y Azerbaiyán se mueven por caminos independientes, a lo que se suman el conflicto que las dos últimas repúblicas —dos países de los más militarizados del mundo— mantienen entre sí por Nagorni-Karabaj y los efectos de la confrontación, que alcanzó sus máximas cotas en 2008, entre Georgia y Rusia.

Dmitri Trenin ha señalado que Moscú tiene que lidiar, en el Cáucaso, con tres instancias diferentes: el "extranjero lejano" que suponen Turquía e Irán, el "extranjero cercano" configurado por Armenia, Azerbaiyán y Georgia, y, en fin, lo que cabe entender que es una suerte de "extranjero interior" constituido por las repúblicas del Cáucaso septentrional, hoy integrantes de la Federación Rusa, y convertido en los últimos tiempos en una fuente de problemas, un poco a la manera de lo que en el pasado ocurrió con Polonia, en relación con el imperio ruso, y con las repúblicas del Báltico, en relación con la URSS[25].

Téngase presente al respecto que el Cáucaso es, por añadidura, un puente entre el mar Negro y los yacimientos de petróleo y de gas natural del Caspio, circunstancia que convierte a la región en el escenario de una competición activa entre EEUU y Rusia, con Turquía e Irán en la trastienda. Su relieve es difícilmente rebajable tanto a efectos energéticos —recuérdese el deseo norteamericano de controlar conductos, materializado en el oleoducto Bakú-Tbilissi-Ceyhan— como geoestratégicos —ahí está su relación con el despliegue militar estadounidense en Afganistán—, a lo que, recientemente, y de la mano de un futuro incierto, se habrían agregado los efectos que sobre la región podría ejercer el levantamiento de las sanciones

que pesan sobre Irán. En este marco parece que una manera razonable de identificar el contenido mayor de la política rusa es el que atribuye a ésta cuatro grandes objetivos: mantener un control militar razonable, frenar eventuales aproximaciones a Occidente en Armenia, Azerbaiyán y Georgia, sumar nuevos estados a instancias internacionales en un grado u otro controladas por Moscú y proteger en su caso los derechos de las minorías rusas.

ARMENIA, AZERBAIYÁN, GEORGIA

Estoy obligado a sopesar por separado el panorama de la relación de Rusia con cada una de las tres repúblicas del Cáucaso. De esas tres repúblicas, Armenia, que es la que mantiene un nexo más sólido con Moscú, es miembro de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC) y de la Unión Económica Euroasiática, apuestas que reflejan, del lado de los gobernantes locales, el designio de imponer un freno a las aproximaciones a la UE. Las autoridades armenias han respaldado, por otra parte, el proceso de anexión rusa de Crimea. Aunque el país se ha beneficiado de la ayuda económica de Moscú, ante todo en la forma de precios especiales para el gas, ha padecido, en los últimos años, las secuelas de la reducción de esa ayuda, producto de la crisis rusa. Aun con ello, Rusia sigue siendo el principal socio comercial de Armenia, que ha recibido de Moscú, también, un importante apoyo militar, decisivo para mantener el control del enclave de Nagorni-Karabaj, con negociaciones siempre postergadas. En el dispositivo militar ruso tiene un innegable relieve la base de Giumri, con contrato de arrendamiento hasta 2044. Alejada de Turquía por razones históricas, y de Azerbaiyán por el conflicto de Nagorni-Karabaj, es evidente que Moscú constituye para Armenia un genuino seguro de vida.

Por lo que a Azerbaiyán se refiere, lo primero que hay que subrayar es que ha abrazado una política exterior muy abierta, sin que ello se haya

traducido, sin embargo, en una relación fluida con EEUU y con la UE. Aun así, hay quien ha hablado de una "finlandización" del país. Pese a que Azerbaiyán es un aliado problemático para Rusia, esta última ve en Bakú un gobierno saludablemente autoritario que ha puesto freno eficazmente a la amenaza del islamismo radical y que en sus apuestas parece más creíble que las democracias de baja intensidad georgiana y armenia. Cierto es que el genérico apoyo ruso a Armenia en el contencioso de Nagorni-Karabaj ha dificultado la relación de Moscú con Azerbaiyán. No sólo eso: se ha traducido en una negativa de éste a sumarse a la OTSC, de la que es miembro Armenia, y en unas relaciones cordiales con Turquía que no siempre han sido del agrado de Moscú. Aunque Azerbaiyán es, pese a ello, un activo comprador de armas rusas, sus gobernantes se han negado a albergar bases militares y se muestran visiblemente inquietos por la presencia, notable, de la flota rusa en el Caspio, un mar en el que, por cierto, Azerbaiyán, junto con Kazajstán y Turkmenistán, defiende criterios distintos de los avalados por Moscú en relación con las aguas territoriales respectivas. Azerbaiyán vio con malos ojos, por otra parte, lo ocurrido en Osetia del Sur y Abjasia en 2008 y no ha respaldado —nueva señal de independencia— la anexión rusa de Crimea. Cabe entender que al cabo es la riqueza petrolera —hablo del único estado del Cáucaso que produce materias primas energéticas— lo que permite que Azerbaiyán mantenga una política exterior más o menos independiente. En buena medida el cortejo que Moscú desarrolla ante las autoridades locales responde al deseo de limitar la venta a Occidente de las materias primas energéticas azerbaiyanas.

Las fronteras de la república soviética de Georgia, y las del estado georgiano que accedió a la independencia en 1991, eran en buena medida arbitrarias, como lo testimonia el hecho de que un mismo grupo étnico-

nacional, los osetios, quedase dividido en dos instancias administrativas diferentes: Osetia del Norte, ubicada en la Federación Rusa, y Osetia del Sur, radicada en Georgia. Tanto Osetia del Sur como otro territorio formalmente ubicado en Georgia, Abjasia, fueron objeto de sendos conflictos bélicos en 1992, con el mismo resultado: apoyadas por Rusia, las dos entidades accedieron a una independencia *de facto*, de tal manera que las autoridades georgianas perdieron el control sobre los territorios respectivos. En 1994, y por otra parte, se desplegaron en ambos territorios fuerzas de interposición rusas.

En 2003, y superpuesta con los contenciosos anteriores, se registró en Georgia una "revolución de colores" que aupó al gobierno al presidente Saakashvili. De por medio se hizo valer la presunción de que Saakashvili estaba perfilando un modelo, el del país menos corrupto de Europa y el más abierto a los negocios, en el que se mirarían todas las demás repúblicas exsoviéticas. En el camino del nuevo presidente se cruzó el designio de recuperar el control sobre Osetia del Sur y Abjasia, saldado en una operación militar en toda regla en el verano de 2008. La intervención georgiana suscitó una rápida, contundente y moderadamente eficaz réplica rusa a la que siguieron las declaraciones de independencia de las dos repúblicas secesionistas, rápidamente reconocidas por Moscú. Cierto es que, para justificar esos reconocimientos, Rusia adujo la necesidad de garantizar la seguridad de surosetios y abjasios, y no se amparó en una eventual invocación del derecho de autodeterminación. La crisis del verano de 2008 —saldada acaso con un millar de muertos y 120.000 refugiados— reveló bien a las claras el limitado apoyo occidental a las autoridades georgianas. Alemania y Francia, en singular, fueron muy prudentes y se mostraron poco partidarias de asumir posiciones duras en relación con Rusia. Aún hoy, casi una década después, se antoja muy improbable, por no

decir imposible, una incorporación de Georgia a la OTAN que generaría problemas obvios para esta última. Por lo que parece, la UE, por su parte, sigue estando, también, lejos de las posibilidades de Georgia.

Tras la marcha de Saakashvili, el país ha quedado en manos de nuevos dirigentes que mantienen una relación menos tensa con Moscú, circunstancia que ha propiciado, por ejemplo, un deshielo en las relaciones comerciales. Pese a ello, Georgia ha respaldado todas las sanciones arbitradas contra Rusia a partir de 2014 y las relaciones bilaterales no pueden considerarse plenamente normalizadas. Las nuevas autoridades georgianas siguen reivindicando, claro, los territorios de Osetia del Sur y de Abjasia.Desde determinada perspectiva, sin embargo, la secesión de estas dos repúblicas limita las capacidades de presión de Moscú sobre Georgia. No sólo se trata de eso: algunas voces reclaman la plena integración de Osetia del Sur y de Abjasia en la Federación Rusa, aun cuando no faltan quienes recuerdan que no es por completo de descartar, tampoco, el horizonte de una Osetia unificada —en ella se darían cita el norte ruso y el sur hoy independiente— que buscase convertirse en un estado soberano. Tanto Osetia del Sur como Abjasia dependen hoy ostensiblemente, de cualquier modo, de una ayuda rusa que parece haber menguado en los últimos años.

EL ASIA CENTRAL EXSOVIÉTICA

El Asia central exsoviética es una entidad un tanto difusa, configurada por cinco estados que mantienen diferencias y tensiones entre sí —muchas de ellas vinculadas, por cierto, con la condición y ubicación de las comunidades uzbecas—, y que apenas parecen unificados por otra cosa que por su pertenencia en el pasado al imperio zarista o a la URSS. Es llamativo, por ejemplo, que en el último cuarto de siglo no hayan

prosperado las organizaciones supraestatales estrictamente centroasiáticas. En un sentido paralelo, las relaciones de Rusia con las repúblicas que me ocupan —Kazajstán, Kirguizistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán — son, inevitablemente, bilaterales y, al tiempo, la capacidad de Moscú para mediar entre los interlocutores locales ha ido menguando. Ello es así pese a que se trata de países que siguen reproduciendo un modelo en buena medida tributario del soviético de antaño, con elites que despliegan políticas autoritarias en un marco de libertades restringidas, circunstancias estas dos últimas que no parecen preocupar a Rusia, antes al contrario, como no preocupan, retórica aparte, a las potencias occidentales.

El declive de la influencia de Moscú en la región, evidente en la década de 1990, se intentó medio compensar de la mano de la creación de organizaciones en buena medida vinculadas con la seguridad, como es el caso de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva, claramente superadora de las muchas debilidades que arrastraba la CEI perfilada a finales de 1991, o de la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS). En un momento como el presente los países del Asia central parecen mal que bien obligados a elegir entre la recién mencionada OCS, de primacía china, y la Unión Económica Euroasiática, de preponderancia rusa. En un escenario delimitado, en fin, por las influencias rusa, china, norteamericana, europea e islámica, tampoco ha prosperado ningún proyecto pantúrquico. Varios son, en este orden de cosas, los rivales o competidores directos de Rusia: aparte de EEUU, están China, la India, Irán, Pakistán y Turquía, lista a la que habría que agregar los nombres de Kazajstán y de Uzbekistán, que aspiran a operar como líderes regionales. En términos generales, y por lo demás, las repúblicas centroasiáticas procuran mantener un amplio abanico de relaciones, esperando acaso no ser sojuzgadas ni por Rusia, ni por China, ni por EEUU, ni —en un contexto más regional— por Irán ni por Turquía.

Es evidente, en suma, que a Moscú le sigue preocupando más lo que ocurre en sus fronteras occidentales —Ucrania, el Cáucaso— que lo que sucede en las estepas centroasiáticas.

LOS OBJETIVOS Y EL PESO DE LA POLÍTICA RUSA

Varios son los objetivos de la política rusa en Asia central: mantener buena parte de la influencia del pasado, proteger los regímenes autoritarios hoy existentes —no hay abierto ningún proceso de democratización, sea lo que fuere lo que signifique esta palabra—, garantizar un entorno energético favorable, hacer frente al narcotráfico —vital para las economías del área, las más de las veces en relación con Afganistán— y, en lo posible, limitar las capacidades de eventuales competidores, y entre ellos China y Estados Unidos[26]. En la versión de los hechos que abraza Malashenko, todo lo anterior apenas deja espacio para la defensa de los rusos residentes en el Asia central, y ello pese a que en ésta se han hecho valer tanto una activa desrusificación como la emigración, notable, de rusos étnicos hacia la propia Rusia. Recuérdese que de 9,5 millones de rusos presentes en el Asia central en 1989 se ha pasado a 4,8 en 2015 (3,7 de ellos en Kazajstán), en el buen entendido de que es verdad que el flujo migratorio mayor se produjo en los años inmediatamente posteriores a la desaparición de la URSS y que la mayoría de los rusos que no han emigrado suelen ser personas de edad. Malashenko ha subrayado que no deja de ser llamativo que las embajadas de Estonia y de Letonia en Moscú hayan sido objeto de frecuentes manifestaciones de protesta por las violaciones de los derechos de los rusos residentes en esas dos repúblicas y que, en cambio, no haya ocurrido otro tanto con las representaciones de Turkmenistán o Uzbekistán[27].

Nada sería más equivocado que concluir, sin embargo, que Rusia despliega una política centroasiática claramente perfilada. Muy a menudo lo que hace es, sin más, el producto de la improvisación o del designio de dar

respuesta a movimientos ajenos. Esto que ahora me ocupa en buena medida se debe a que la posición de Moscú en la región no es particularmente sólida. Y es que Rusia sigue presentándose como una potencia influyente antes por efecto de la inercia del pasado que de resultas de sus capacidades del presente. Marlène Laruelle y Sébastien Peyrouse han llamado la atención sobre otra dimensión interesante de la discusión, al recordar que "las sociedades centroasiáticas siguen mirando el mundo en parte bajo el prisma ruso, percibido como un Occidente más familiar que el —más lejano— de Europa occidental o de Estados Unidos"[28]. Por otra parte, parece que, al menos a título provisional, las repúblicas del Asia central prefieren mantenerse dentro de una laxa esfera de influencia de Rusia, circunstancia particularmente perceptible en los casos de Kazajstán, Kirguizistán y Tayikistán. Un indicador interesante de la influencia de Moscú lo aporta, en suma, el hecho de que, en la votación de una resolución que, en Naciones Unidas, quería defender la integridad territorial de Ucrania, se abstuvieron Kazajstán y Uzbekistán, en tanto Kirguizistán, Tayikistán y Turkmenistán se ausentaron.

LAS RELACIONES ECONÓMICAS

Los vínculos económicos de Moscú con las repúblicas centroasiáticas tienen como hito fundamental las relaciones energéticas. Hablo de estados muy dependientes de Rusia en lo que respecta a las infraestructuras de transporte de sus materias primas y a las tecnologías de extracción, y eso que la creciente presencia china parece estar reduciendo esa dependencia. La política rusa tiene, por lo demás, un carácter visiblemente interesado: Moscú compra, ante todo, gas a precios bajos y lo vende con tarifas bastante más altas a la UE. Aunque los negocios que las repúblicas centroasiáticas han ido perfilando con China en materia de energía no preocupan en demasía, hoy por hoy, a Rusia, no puede decirse lo mismo de

los acuerdos que países como Kazajstán y Turkmenistán, y, en el otro lado del Caspio, Azerbaiyán, han ultimado con empresas occidentales para trazar nuevos conductos. Ahí está, para certificarlo, el oleoducto norteamericano que, desde Azerbaiyán, termina en el puerto de Ceyhan, en Turquía. Con una trastienda energética se hacen valer también disputas en lo que respecta a la determinación de las aguas territoriales en el Caspio, con Rusia, Azerbaiyán, Kazajstán, Turkmenistán e Irán como partes en litigio.

Pero las relaciones económicas no se limitan a la energía. Al margen del relieve que en el Asia central sigue correspondiendo al tráfico de drogas, particularmente importante en países como Kirguizistán y Tayikistán, todas las repúblicas centroasiáticas cuentan en Rusia con poblaciones emigradas cuyas remesas son a menudo vitales para mantener las economías locales. Esto sucede, en particular, en los casos de Kirguizistán, Tayikistán y Uzbekistán, que son los países que más están padeciendo la reducción en el volumen de esas remesas y la propia reducción de la ayuda de Moscú, consecuencia de la crisis económica que se manifiesta en los últimos años en Rusia. No parece, por otra parte, que el modelo económico ruso sea particularmente atractivo para los habitantes del Asia central. En los hechos se antoja en retirada ante la influencia occidental y, en otro plano, ante la del islam.

ISLAMISMO RADICAL, ESTADOS UNIDOS, CHINA

Rusia cuenta con bases en Kazajstán, Kirguizistán y Tayikistán, al tiempo que despliega en el Asia central una activa colaboración militar y vende armas en la región en cantidades importantes. Las repúblicas centroasiáticas dependen en buena medida de Moscú para hacer frente a la amenaza del islamismo radical que llega del sur, de Afganistán —donde el Kremlin ha respaldado la intervención militar norteamericana y ha aportado al respecto un sensible apoyo logístico—, y que tiene sus manifestaciones más

evidentes en Tayikistán y Uzbekistán. En este terreno las opciones para Moscú son complejas, toda vez que, según una versión de los hechos, en más de un sentido a Rusia le interesa un Afganistán inestable que justifique la tutela sobre las repúblicas centroasiáticas, mal que bien necesitadas, entonces, de cooperación en materia militar y de seguridad. Cierto es, en suma, que a Rusia no sólo le inquieta una eventual amenaza islamista: también ha movido en alguna ocasión sus peones para frenar —ahí está el caso de Kirguizistán— una posible revuelta prooccidental.

Por lo que se refiere a la presencia norteamericana en la región, en el terreno económico es reducida, tanto más desde que, a principios de la primera década del siglo XXI, Washington asumió un repliegue hacia el sur, hacia Afganistán e Iraq. La influencia política de EEUU tiene como eje fundamental la defensa de la independencia decisoria de los países del Asia central, sobre la base, en buena medida, del recordatorio de que Rusia no está en condiciones de garantizar en plenitud su seguridad, con lo que parece servida la conclusión de que esos países deben abrirse a otras influencias. Esto aparte, si Washington conserva interés en el Asia central, los debates energéticos al margen, es ante todo de resultas de los vínculos de ésta con Afganistán. No dejan de ser curiosos, por lo demás, los recelos de Washington —ya los he glosado— ante los excesos de los sátrapas centroasiáticos, y el silencio estadounidense, en cambio, ante lo que ocurre en Arabia Saudí.

En lo que a China atañe, lo primero que conviene señalar es que no parece que desee convertirse en la potencia hegemónica en Asia central. Le basta con una presencia notable que satisfaga sus demandas energéticas y acreciente la seguridad. En ese sentido, y en términos estrictos, China no se halla inmersa, al menos a día de hoy, en una activa competición con Rusia. Es cierto, aun así, que los contratos que, en materia de energía, ha ido

suscribiendo con los países del Asia central —Pekín es ya el primer importador de gas de Turkmenistán y Uzbekistán— configuran un aviso delicado para Moscú, obligado a tomar nota de que la dependencia de China con respecto a Rusia encuentra su contrapeso en la existencia de otros suministradores de petróleo y gas natural. No es en modo alguno de descartar que en el medio plazo los intereses de China y de Rusia entren en confrontación. Aunque hoy a Moscú le viene bien que el petróleo y el gas natural de Kazajstán, de Turkmenistán y de Uzbekistán se encaminen hacia China, y no hacia la UE, con lo que se acrecienta la dependencia de esta última para con Rusia, y aunque Pekín es en estas horas un baluarte importante a efectos de sortear las sanciones occidentales, con el paso del tiempo una excesiva presencia de China en la región puede ser problemática para Moscú. Parece evidente, en fin, que, en lo que respecta al Asia central, Rusia está más interesada en atraer estados hacia la OTSC, en la que China está ausente, que hacia la OSC.

LAS SINGULARIDADES DE LAS REPÚBLICAS DEL ASIA CENTRAL

Como cabe suponer, cada una de las repúblicas centroasiáticas presenta un perfil propio en su relación con Moscú. Intentaré rescatar algunos de esos rasgos singulares y empezaré por el caso de Kazajstán, que es un aliado razonablemente firme del Kremlin y que, con papeles decisivos en el Asia central, está presente en todas las alianzas urdidas por Rusia, a la que preocupan, y mucho, las fronteras kazajas con China y con las otras repúblicas centroasiáticas. Razonablemente autosuficiente, Kazajstán se ha visto muy tocado, sin embargo, por los bajos precios internacionales de la energía y por la crisis de los últimos años. Tal vez por ello, desde hace un tiempo las autoridades locales han buscado diversificar los socios comerciales, ante todo a través de la vía china, pero también con el concurso de importantes inversiones occidentales en el sector de la energía. Ya he

señalado que Kazajstán mantiene disputas con Rusia en relación con la delimitación de las aguas territoriales en el Caspio. La fuerte presencia de población rusa en el norte kazajo configura, de cualquier modo, la mayor singularidad que, en lo que respecta a la relación con Moscú, exhibe la república. El porcentaje de rusos ha bajado, con todo, desde un 38 por ciento del total de la población en 1989 hasta un 21,5 por ciento en 2014. No falta quien ha sugerido que la anexión rusa de Crimea está llamada a provocar, en Kazajstán, un temor, y las reacciones correspondientes, ante la posible repetición de la operación en el norte del país.

Por lo que se refiere a Kirguizistán, una república que se unió a la UEE en 2015 y que alberga la base aérea rusa de Kant, arrastra una abrumadora dependencia económica con respecto a Moscú, sin que la mentada UEE haya servido para aminorar los problemas. El país fue escenario, por otra parte, de una efímera "revolución de colores", zanjada a la postre con el desplazamiento del presidente Bakíyev, un desplazamiento probablemente instigado, o al menos apoyado, por Moscú. La vida política kirguiz se caracteriza por su naturaleza convulsa e inestable, con un gobierno central muy débil y frecuentes disputas entre grupos étnicos.

Tayikistán acogió entre 1992 y 1997 una guerra civil saldada hoy, de nuevo, con un poder político muy inestable y con un escenario lastrado por la corrupción y la pobreza. Muy expuesto a las tensiones en el vecino Afganistán, pese a ello las autoridades locales se han mostrado reticentes a entregar a Rusia la vigilancia de la frontera correspondiente. Con una presencia muy reducida de rusos —un 1 por ciento de la población—, Tayikistán ha sido tentado en repetidas ocasiones por EEUU, deseosos de acrecentar la ayuda militar, y ha recibido a numerosos inversores chinos. Conviene subrayar, aun así, que en el pasado China, que podría ser origen de flujos migratorios importantes, planteó demandas sobre algunas partes

del territorio tayiko.

La condición contemporánea de Turkmenistán ilustra bien a las claras los flujos de poder e influencia existentes en el Asia central. Recordaré al respecto que Rusia obtuvo un éxito innegable cuando salió adelante la construcción de un gasoducto que debe permitir que el gas natural turkmeno se distribuya hacia el norte, a través del canal de Gazprom, en detrimento —éste era acaso el objetivo mayor— de los intereses de la Unión Europea. Turkmenistán también exporta su gas a Irán y a China, principal compradora esta última de las materias primas energéticas locales.

En lo que se refiere, en suma, a Uzbekistán, conviene subrayar que es la más poblada de las repúblicas centroasiáticas y que existen, por añadidura, minorías uzbecas en todas las repúblicas limítrofes. Uzbekistán mantiene fronteras, por cierto, con todos los demás estados del Asia central. Resistente a la influencia política rusa, receloso ante lo que pueda significar la UEE, aunque miembro de la OCS, y hostil a los movimientos del Kremlin en relación con Crimea, tal vez de resultas de todo ello Uzbekistán ha sido una y otra vez cortejado, no sin paradoja, por Moscú, que es conocedor de lo mucho que la coyuntura económica rusa —y en particular el descenso de las remesas de los emigrantes radicados en Rusia— afecta al país. Pese a que las autoridades uzbecas exigieron el desmantelamiento de la base aérea norteamericana de Karsi-Janabat, no por ello Uzbekistán mantiene hoy unas relaciones tensas con EEUU y con la OTAN.

EL ÁRTICO RECUPERADO

En el siglo XIX el océano Glacial Ártico fue un “lago ruso”. Perdió paulatinamente esa condición, mal que bien, de resultas de la venta de Alaska a EEUU y de la guerra ruso-japonesa de 1905, para medio recuperarla, en la década de 1970, al amparo del esfuerzo naval de la URSS.

Aunque las grandes inversiones realizadas en el norte del país en la época soviética se vieron frenadas a partir de 1991, parecen hoy en proceso de franca recuperación. Entre tanto, la dimensión fundamentalmente militar que el Ártico exhibió durante la guerra fría ha cedido el paso a otras vinculadas por igual con los yacimientos de materias primas, con los efectos del cambio climático en materia de transportes y comunicaciones, y con previsibles horizontes saludables en el terreno de la ciencia y la investigación. Por detrás se barrunta un proceso importante en la forma de una ampliación de las posibilidades marítimas de Rusia, que una vez más aspiraría a dejar de ser una potencia estrictamente continental en provecho de una progresiva apertura al mar.

En el Ártico reside hoy un 1,5 por ciento de la población de la Federación Rusa, que aporta, según una estimación controvertida, un 11 por ciento del PIB y un 22 por ciento de las exportaciones. Si bien es verdad que la región ha perdido población en la etapa posterior a la desaparición de la URSS, es posible que el número de sus habitantes haya crecido en los últimos años. El Ártico atesora, por otra parte, un quinto de las reservas de hidrocarburos de Rusia, así como diamantes, oro, platino, estaño, manganeso y níquel. La explotación de lo que se intuyen golosos yacimientos de materias primas energéticas está a buen seguro por detrás de la pretensión rusa de ampliar las aguas territoriales de 200 a 350 millas, esgrimida sobre la base del argumento de que el espacio correspondiente no es sino una prolongación de la meseta continental. Estados Unidos se opone, sin embargo, a la extensión de las zonas de soberanía y defiende el principio de libertad de los mares. En la trastienda de esta disputa se halla también la perspectiva de una apertura de la “ruta del norte” para comunicar Europa con el Lejano Oriente a través del estrecho de Bering. Importa subrayar, en suma, que Rusia ha modernizado sensiblemente su dispositivo

militar en la región, a efectos de abastecer de combustible a los bombarderos estratégicos y de recuperar bases que existieron en la etapa soviética para luego ser desmanteladas. Ha relanzado asimismo la flota de rompehielos y de petroleros adaptados a un escenario tan singular como el del Ártico.

En Rusia se ha abierto camino la creencia, muy extendida, y en cierto grado respaldada por las autoridades, de que el cambio climático será inequívocamente saludable para el país, al permitir el tránsito por el Ártico y al ampliar la superficie agrícola útil. No parece que ningún argumento sólido justifique esa conclusión, tanto más cuanto que lo suyo es que el cambio climático provoque transformaciones muy rápidas y agudas en hábitats muy delicados. Aun con ello, y pese a que no hay ningún motivo para sostener que la conducta ecológica de las autoridades rusas merece aprecio, es cierto que, ante todo en los años de presidencia de Medvédev, Moscú asumió reducciones en sus emisiones de CO_2. Aun así, Rusia es, luego de EEUU y de China, el tercer emisor de dióxido de carbono del mundo.

El hecho de que hoy, en un ámbito próximo, Rusia se haya entregado a lo que se antoja una genuina exhibición de poderío en el Ártico tiene su explicación: es el país que dispone de la mayor fachada marítima en ese océano, el que cuenta, a día de hoy, con los más importantes yacimientos de petróleo y de gas, y el que disfruta de las expectativas más sólidas de descubrimiento de nuevos recursos. Resulta, en cualquier caso, innegable que la posición rusa algo tiene de abrasiva, y ello pese a que Moscú en modo alguno ha cerrado el horizonte a la búsqueda de mecanismos de colaboración con otros estados. En este último terreno los dirigentes en el Kremlin parecen partir de la certeza de que deben buscar la ayuda inversora y financiera dispensada por otros países. En la perspectiva rusa, al Ártico le

correspondería hoy, por otra parte, un papel similar al que desempeñó Siberia en el pasado: el de una tierra propicia a la conquista épica que permitiría, por añadidura, una especie de “venganza de la historia en provecho de Rusia” en un escenario marcado por la idea de que, mientras la mayoría de las amenazas que pesan sobre el país proceden del sur, Rusia encontrará su refugio espiritual en el norte[29]. Y una tierra, además, que se presenta como una especie de El Dorado del que pueden proceder los recursos que permitirán que la economía se levante. Si Siberia fue, también, y durante muchas décadas, el teatro del terror, el Ártico se ofrece como una tierra de promisión.

Aunque Rusia participa, y activamente, en todos los foros importantes que se interesan por el Ártico, de los estados con intereses evidentes en la región —Canadá, EEUU, Dinamarca, Noruega, junto con la propia Rusia— es el único que no pertenece a la OTAN. En la visión de Moscú, por lo demás, los cuatro competidores mencionados —a ellos bien puede agregarse, bien que en un terreno distinto, el nombre de China— estarían diseñando estrategias conjuntas para arrinconar a Rusia.

EL ORIENTE PRÓXIMO

Varios son los objetivos de la política del Kremlin en el Oriente Próximo: mantener buenas relaciones con todos los países del área, afianzar viejas alianzas, evitar la llegada del islam radical a territorio ruso, acrecentar los flujos comerciales —se han duplicado en las dos últimas décadas—, incrementar las ventas de armas —hay un próspero mercado para éstas en estados como Irán, Iraq y Siria— y propiciar flujos de energía —apertura de conductos, garantías de compra de petróleo y gas natural por terceras partes — interesantes para la economía rusa. En este terreno, en particular, Moscú espera que lo que ocurra en el Oriente Próximo no ponga en peligro el

régimen tradicional de exportaciones de las materias primas energéticas rusas en otros escenarios. Más allá de lo anterior se trata, claro, de contestar algunos de los cimientos principales de la hegemonía norteamericana y de sentar las bases de un mundo multipolar, con el apoyo en buena medida de potencias regionales que tienen una mala relación con Occidente —Irán— o que muestran eventuales disensiones con respecto a la política occidental —Turquía—. Conviene recordar que en Rusia no faltan grupos de presión que estiman que la cultura del país propicia una relación de proximidad con el mundo árabe-islámico mucho mayor que la que corresponde al mundo occidental.

Con esos objetivos en el punto de mira, Rusia intenta pulsar todas las teclas, de tal manera que, al tiempo que alienta una alianza con Irán, Iraq, Siria y el Hizbulá libanés, no desdeña mantener buenas relaciones con Egipto, con Jordania o con las propias monarquías del golfo Pérsico, de la misma suerte que preserva vínculos activos tanto con Israel como con los palestinos. Lo referido no es óbice para que Moscú recuerde una y otra vez el impulso que EEUU ha dado al eje sunní y a los movimientos violentos acompañantes. Cierto es, con todo, que Rusia exhibe en la región intereses limitados por cuanto, a diferencia de Estados Unidos, de la UE y de China, no importa petróleo y gas procedentes del Oriente Próximo, con lo cual sus lazos con la mayoría de los estados del área son comparativamente livianos. De hecho, China es hoy una contraparte mucho más atractiva que Rusia para esos estados, tanto más cuanto que, con movimientos muy prudentes, no se halla inmersa en operaciones militares en la región y no tiene enemigos manifiestos. Lo suyo es agregar que los movimientos de China en el Oriente Próximo preocupan a Moscú, en la medida en que Pekín podría conseguir abastecedores distintos de la propia Rusia y alcanzar, con el paso de los años, y como ya he sugerido, una posición prominente en el espacio

geográfico que me ocupa. Más allá de lo anterior, salta a la vista que hay divergencias importantes en los intereses de una y otra potencia. Así, y por ejemplo, a China, a diferencia de lo que ocurre con Rusia, le interesa que los precios internacionales del petróleo y del gas natural sean bajos.

Es frecuente que en el mundo musulmán Rusia sea contemplada como un interesante contrapeso frente a la hegemonía norteamericana. No parece que haya más motivos de adhesión, sin embargo, a su causa. Es inevitable que se recuerden la invasión soviética de Afganistán, lo ocurrido al calor de las dos guerras chechenas, la política de Moscú en relación con Bosnia y Kosova, y, cómo no, la cordialidad de los vínculos contemporáneos del Kremlin con Israel. Rusia ha desplegado, por lo demás, la preceptiva doble moral en relación con el islam rigorista y violento, de la mano de un rechazo frontal, por un lado, de la resistencia chechena, acompañado, en cambio, de una relación cordial con otras manifestaciones de aquél como algunas de las que forman parte del eje chií. Es muy frecuente, por añadidura, que en el mundo árabe se interprete que la política de Moscú es en exceso oportunista y pragmática, de tal suerte que en ella apenas se adivina otra cosa que sórdidos negocios, en franco olvido de principios que permitan perfilar posiciones firmes y creíbles. Aun así, y en sentido eventualmente contrario, conviene recordar que, mal que bien, Rusia ha propiciado el asentamiento de un eje chií —acabo de anotarlo— que a buen seguro no llena de contento a muchos de los gobiernos con los que Moscú desea mantener buenas relaciones. También es verdad que, habida cuenta de la política que despliegan las potencias occidentales —extremadamente dispar—, bien puede interpretarse que lo que hace el Kremlin en el Oriente Próximo está marcado, en términos comparativos, por criterios moderadamente serios y consistentes…

LA PRIMAVERA ÁRABE Y EL CASO LIBIO

Hasta que en Siria se hizo valer un conflicto bélico abierto, las posiciones de Rusia con respecto a la llamada “primavera árabe” fueron más bien vagas y a menudo contradictorias. Aun con ello, es cierto que con el transcurrir del tiempo esas posiciones pasaron a subrayar insistentemente que las revueltas correspondientes habían sido instigadas y manipuladas por las potencias occidentales, y en singular por EEUU. Esto al margen, Moscú ha mostrado un recelo general en lo que se refiere a los movimientos que surgen, frente a los gobiernos, en la base de las sociedades —o al menos eso es lo que parece—, un recelo que mucha relación guarda con el atávico temor de los gobernantes rusos ante la perspectiva de que en su país germine una “revolución de colores”. A ello se ha sumado, bien es cierto, un firme rechazo de los movimientos de corte islamista presentes en las revueltas árabes, acompañado de un temor atávico a una eventual expansión de sus acciones en Rusia, tanto más cuanto que hoy, y a diferencia de lo que ocurría un cuarto de siglo atrás, Georgia, Armenia y Azerbaiyán no proporcionan un escudo que ofrezca garantías a Moscú.

Así las cosas, a los ojos del Kremlin no ha parecido importar en demasía la condición de los regímenes cuestionados por las revueltas. Rusia ha preferido mantener las dictaduras tradicionales antes que aceptar experimentos y, de resultas, no ha dudado en respaldar a figuras tan lamentables como el presidente egipcio Al Sisi, responsable de un golpe de estado en toda regla, asestado contra el gobierno de los Hermanos Musulmanes en un país que —no se olvide— es el principal socio comercial de Moscú en el norte de África. La defensa de la soberanía de los estados, que es la posición oficial de Rusia, exhibe en este caso curiosos vericuetos que unas veces permiten respaldar a gobiernos nada presentables y otras hacer la vista gorda ante eventuales excepciones en la aplicación del principio correspondiente.

Un hito fundamental en la política de Rusia en el terreno que ahora me atrae lo proporcionó el rechazo postrero de la intervención militar occidental que, en Libia, y en 2011, acabó con Muammar Al Gaddafi y condujo a un escenario caótico en el que se ha hecho valer con fuerza la presencia del islamismo violento. Rusia, con Medvédev en la presidencia, se abstuvo inicialmente en el Consejo de Seguridad de la ONU, con lo que tácitamente respaldó esa intervención. Según muchos expertos, una vez que las acciones militares de la OTAN fueron una realidad, se revelaron presumibles divergencias entre Medvédev y un Putin mucho más inclinado a rechazarlas. Rusia ha subrayado con respecto al caso libio lo que han señalado muchos circuitos de opinión, en su mayoría conservadores, en la UE: Al Gaddafi había satisfecho reglas básicas para sustentar una relación civilizada con el mundo exterior, como las vinculadas con el pago de indemnizaciones por acciones terroristas anteriores, con la renuncia a un programa nuclear propio, con el control de los flujos migratorios o, y en lugar principal, con la lucha contra el islam violento. Moscú ha perdido, por lo demás, sumas ingentes de dinero de resultas del impago de la deuda libia. Y ha cuestionado de manera clara un proceso, el libio, de desintegración del estado, y de la unidad territorial correspondiente, en un marco de violencia desbocada con presencia activa —hay que repetirlo— del islamismo radical.

SIRIA

En septiembre de 2015, cuando todo parecía indicar que el gobierno sirio se hundía, se produjo, hechas las salvedades de lo ocurrido en Osetia del Sur en 2008 y en Crimea en 2014, la primera acción militar de la Rusia independiente fuera de sus fronteras. El estado escenario de esa intervención, Siria, había sido el principal aliado de la URSS en el Oriente Próximo desde la década de 1970. Aunque las relaciones entre Moscú y

Damasco se enfriaron tras la desaparición de la Unión Soviética, conviene recordar que las disputas sobre la deuda siria no impidieron que prosiguieran las ventas, muy importantes, de armas rusas. El 80 por ciento de las armas sirias procede hoy de Rusia, que mantiene una presencia notable también en el terreno de las prospecciones de yacimientos de materias primas energéticas.

Varias son las razones que explican la solidez de la relación de Rusia y Siria. Acaso podemos concretarlas en cuatro. La primera es el firme designio de evitar una repetición de un escenario como el libio, para lo cual Moscú se ha servido con frecuencia del derecho de veto en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y ha cuestionado —como ya sabemos— todas aquellas políticas que apuntarían al derrocamiento de gobiernos "legítimos", sin entrar en mayor consideración, por cierto, sobre lo que el adjetivo en cuestión significa. Tras esta primera dimensión es obvio el interés de Rusia en lo que respecta a contestar la agresividad de la política de las potencias occidentales, y en singular EEUU, en el Oriente Próximo. Un segundo hecho importante lo aporta el deseo de seguir disfrutando del empleo del puerto de Tartus, vital para el despliegue de la marina rusa en el Mediterráneo oriental, y de la base aérea de Latakia. En un ámbito próximo, Siria es un sugerente escaparate para las armas rusas. Aunque la conducta militar de Moscú ha suscitado numerosas críticas —bombardeos sobre población civil, violaciones del espacio aéreo turco…— que sorprendentemente no se han manifestado, en cambio, en relación con la de las potencias occidentales, parece fuera de discusión la eficiencia de las acciones rusas, realizadas por una fuerza expedicionaria más bien modesta y con costos limitados. Una tercera razón de peso para dar cuenta de la política del Kremlin es el firme propósito de mantener alejado, y en cualquier caso fuera de Rusia, el frente de lucha con el islamismo radical.

No se olvide que entre 5.000 y 7.000 personas originarias de Rusia o de los estados miembros de la CEI se han alistado en el Estado Islámico. En la percepción de Moscú, y por añadidura, se trataría de evitar a toda costa una desintegración de Siria que podría propiciar la expansión del islam rigorista. Invocaré, en fin, el interés del Kremlin en conseguir que los conductos energéticos que, planificados por las potencias occidentales, debían cruzar territorio sirio no reduzcan la dependencia de la UE con respecto al gas natural ruso.

La política precisa desplegada en Siria por Moscú se ha perfilado en torno a la satisfacción de los objetivos recién mencionados. De manera más concreta, a Rusia antes le interesa que se vea contra quién lucha —el Estado Islámico— que a favor de quién lo hace —Al Assad—, de tal forma que el Estado Islámico se convierta en una adecuada excusa para justificar todos los movimientos del Kremlin. Así las cosas, Rusia ha eludido cualquier crítica seria de las políticas de Al Assad y ha venido a legitimar la condición de éste como cabeza visible de una crudelísima lucha de clases ejercida desde arriba y como supuesto pacificador étnico-religioso del país. Moscú ha preservado también la ficción de que es a los sirios a quienes corresponde decidir —con toda evidencia no lo pueden hacer con Al Assad — y, pese a haber desarrollado en el pasado contactos con unas u otras fuerzas, al cabo ha negado, en los hechos, la existencia de una oposición siria *moderada*. En la trastienda, y dados antecedentes como éstos, cabe dudar de que Rusia haya tenido un ascendiente cierto en lo que hace a obligar a las autoridades sirias a asumir posiciones más abiertas y dialogantes. Uno de los termómetros de la influencia del Kremlin bien lo puede aportar, en el futuro, el progreso de los proyectos de federalización que Moscú defiende para Siria.

Rusia se ha servido de manera inteligente, en Siria, de las debilidades de

una “coalición occidental” en la que se hacen valer intereses y diferencias de criterio muy notables, tanto más si a ella incorporamos, como es inevitable, a aliados locales de Occidente como las monarquías del Golfo o, en una u otra dimensión, Turquía. Empieza a hacerse evidente, por lo demás, que a las monarquías del Golfo no les preocupa tanto Al Assad en sí como las consecuencias del asentamiento de un bloque chií respaldado por Moscú y por Ankara. Países como Arabia Saudí y Qatar ven, a buen seguro, con malos ojos el papel prominente que Irán ha ido alcanzando desde la intervención militar de EEUU en Iraq. Más allá de lo anterior, y bien que en un sentido diferente, no es infrecuente que en Rusia se perciba la intervención en Siria como una iniciativa encaminada a mejorar la relación con las potencias occidentales tras los desencuentros derivados de la crisis ucraniana de 2014. En este orden de cosas, se ha hecho valer una relación oscilante con Occidente, de la mano de lo que unas veces ha sido una aparente colaboración —así, en lo que atañe al arsenal químico de Al Assad o a las operaciones contra el Estado Islámico— y otras la consistente enunciación de quejas mutuas. Moscú ha asumido, en suma, posiciones delicadas que, como el apoyo a los kurdos del norte de Siria, corren el riesgo de poner obstáculos en el camino de la alianza con Turquía. Y, merced a ese bloque chií del que he hablado unas líneas más arriba, parece haber aceptado también el riesgo de un progresivo deterioro de las relaciones con buena parte del mundo árabe.

ISRAEL

Una quinta parte de la población del estado de Israel, un millón de personas, es de origen ruso. Ello ha propiciado una expansión de las relaciones de Israel y Rusia en todos los ámbitos, y entre ellos, significadamente, en los del gas, en general en el de la energía, y la cooperación militar. La lucha contra el “terrorismo” parece ser, también, un poderoso elemento de

sintonía entre ambos estados.

En 2006 el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Serguéi Lavrov, afirmó que la política de su país en el Oriente Próximo no era ni proárabe ni proisraelí: atendía escuetamente a la defensa de los intereses de Rusia. Lo cierto es que, a tono con lo anterior, Moscú ha procurado desplegar relaciones con estados enemigos de Israel, evitando en lo posible, sin embargo, que este último se sintiese molesto. Así, y por ejemplo, ha limitado las transferencias de determinado tipo de armas a países como Siria e Irán. Resulta inevitable, con todo, que Israel recele del bloque chií en el que Rusia participa junto con Irán, Iraq, Siria y el Hizbulá libanés. Que, pese a ello, las autoridades israelíes no están manifiestamente preocupadas por la política rusa lo testimonia acaso el hecho de que, luego de lo ocurrido en 2008, Israel haya dejado de colaborar militarmente con Georgia y se haya abstenido, por añadidura, de condenar la anexión rusa de Crimea. El Kremlin ha criticado en repetidas ocasiones, aun así, la expansión de las colonias israelíes y, en general, la escasa propensión de Israel a negociar en condiciones razonables el problema palestino. En la relación que me ocupa, no han faltado, en suma, decisiones conflictivas del lado de Moscú, como es el caso de la de reconocer, en 2006, a Hamás.

IRÁN

Sabido es que, sobre la base de un común recelo ante EEUU y sus políticas, Rusia e Irán han mantenido una relación genéricamente cordial, que ha hecho de Moscú un mediador importante entre Teherán y Washington. A ello se han sumado unos vínculos comerciales de innegable relieve, concretados ante todo, por parte de Rusia, en la venta de armas y en la transferencia de tecnologías en el terreno de la energía, incluida la nuclear civil.

En general, Rusia se ha opuesto a las sanciones —o al menos ha

procurado mitigar su peso— que las potencias occidentales han arbitrado contra Irán. Ello ha sido así aun cuando las sanciones en cuestión, al dificultar el acceso del gas natural iraní a los mercados europeos, indirectamente beneficiaban a Moscú. Por otra parte, una normalización de las exportaciones iraníes de petróleo se traduciría, en buena ley, en un descenso de los precios internacionales de éste que perjudicaría, de nuevo, a Rusia. Las relaciones bilaterales entre esta última e Irán mejoraron, de cualquier modo, tras el inicio, en 2012, de un nuevo mandato presidencial de Putin. Una de las señales de esa mejora fue el franco apoyo ruso al acuerdo que, en julio de 2015, levantaba las sanciones que pesaban sobre Irán a cambio del desmantelamiento de una parte de las instalaciones nucleares locales y de un régimen severo de inspección. El acuerdo abría el camino, por cierto, a una mayor colaboración militar entre Moscú y Teherán.

No está de más recordar que Irán no ha condenado la política rusa en Chechenia, en donde la resistencia local es, ciertamente, sunní, y no chií. Esto aparte, otro elemento de comunidad entre los dos países es la existencia de un acuerdo general en lo que respecta al reparto de aguas territoriales en el Caspio.

TURQUÍA

Con frecuencia se ha señalado que hay elementos similares en la condición de Rusia y de Turquía, dos países que se consideran portadores de civilizaciones singulares en las que, por añadidura, se dan cita identidades diversas. A ello se sumaría —pondré al respecto alguna cautela de por medio— el hecho de que tanto Putin como el primer ministro turco, Erdogan, parecen postular versiones cercanas de un nuevo conservadurismo, al tiempo que no dudan en castigar con dureza lo que entienden que pueden ser disensiones internas serias.

La relación entre los dos países, muy compleja, está cargada de pragmatismo. Rusia, el segundo socio comercial de Turquía, sólo superada por la UE, es un inversor importante y el origen de muchos de los turistas que Turquía recibe. Claro es que mayor relieve corresponde a la mutua dependencia con respecto al gas. Rusia proporciona más de la mitad del gas que Turquía consume, y ello ha generado la certeza de que la confrontación no beneficia a ninguna de las partes. Esa misma certeza ha hecho que Ankara —cuya política presenta muchos vaivenes, unas veces caracterizada por una franca sumisión a los intereses de EEUU y otras más o menos independiente— haya procurado dejar atrás las desavenencias con Moscú que nacen del apoyo de éste a los kurdos de Iraq y, más aún, a los del norte de Siria. Esto aparte, es evidente que Turquía no ha visto con buenos ojos, sin que las consecuencias sean palpables, la creciente presencia de Rusia en el Cáucaso meridional y en el Asia central, la anexión de Crimea por Moscú y el apoyo dispensado por el Kremlin al gobierno de Al Assad en Siria. Los recelos tampoco faltan, no obstante, del lado de Rusia, que, pese a ello, y con el propósito de mantener a Turquía razonablemente alejada de la UE, ha procurado no otorgar demasiado relieve a la política de Ankara en el Cáucaso —su posición ante el contencioso de Nagorno-Karabaj difiere sensiblemente de la de Moscú— y, en menor medida, en el Asia central.

EL LEJANO ORIENTE: LA RELACIÓN CON CHINA

Rusia no es, hablando en propiedad, un país asiático. El grueso de los flujos ata a Rusia al mundo occidental, y en particular al europeo. De resultas, el claro designio de Moscú en el sentido de propiciar una proyección hacia Asia se ha visto dificultado por el hecho de que las tres cuartas partes de la población viven al oeste de los Urales. Al tiempo, el grueso de la política rusa se ha volcado de siempre hacia las tierras situadas al oeste. A día de

hoy —no se olvide— la mitad del comercio del país se verifica con la UE, que corre a cargo del 75 por ciento de las inversiones que llegan a Rusia. Pese al impulso hacia oriente, y por rescatar otro dato, en 2012 Rusia protagonizaba sólo un 1 por ciento del comercio registrado en la región de Asia-Pacífico.

La inmersión de Moscú en Asia algo tiene que ver, en nuestros días, con el auge de China, que coloca a Rusia, ciertamente, en el continente, pero en papel más bien secundario y complementario. Hay quien piensa que, no sin paradoja, este papel poco relevante ha beneficiado en más de un sentido los intereses del Kremlin. Lo anterior al margen, y por rescatar un par de datos cercanos en el tiempo, el despliegue de las "revoluciones de colores" obligó a Rusia a buscar una relación más sólida con China, mientras las sanciones occidentales han estimulado en Moscú, de nuevo, y a partir de 2014, un acercamiento a Pekín; así lo demostró, ante todo, la firma de un acuerdo de cooperación, para un futuro no muy lejano, en el terreno energético. Aunque la relación bilateral ha progresado, hoy por hoy China no parece, sin embargo, un sustituto convincente del mundo occidental en lo que hace a la aportación de los recursos de inversión que la economía rusa necesita. Moscú, por otra parte, y como veremos, no desea cerrar las puertas a otros socios asiáticos, de tal forma que no quiere concentrar todas sus relaciones en China, en detrimento entonces de las que podría mantener con Japón, con las dos Coreas o con la India. Las cosas como fueren, no faltan los motivos para dar algún crédito a una afirmación de Oleg Serebrian: "El futuro de Rusia no se decide en el río Dniepr, en Ucrania, o en el Dniestr, en Moldavia, sino en el Amur, en la frontera oriental con China"[30].

CHINA

El examen de la relación bilateral entre Rusia y China bien puede empezar con el recordatorio de que lo común en el primero de esos países es que se

sienta admiración por el éxito económico, y por la estabilidad general del modelo, del segundo, circunstancia que no oculta, sin embargo, un temor ante lo que se sigue entendiendo, desde una perspectiva eventualmente sinofóbica, que es la "amenaza china". En ocasiones ese temor se ve acompañado de la certificación de que, en términos comparativos, Rusia es un país más democrático que China. Bobo Lo afirma que, del lado de Pekín, y en cambio, la imagen de Rusia es genéricamente positiva: Moscú abastece de armas y de energía, al tiempo que es un contrapeso ante la hegemonía norteamericana, en el buen entendido de que Pekín ha buscado un camino menos frontal de contestación de esta última que el procurado por el Kremlin. En el peor de los casos, Moscú suscita indiferencia, pero no rechazo[31], lo cual no es óbice para que en determinados estamentos de la sociedad china se aprecie en Rusia un país en franca decadencia. La percepción correspondiente se ve acaso marcada, con todo, por diferencias generacionales, de tal manera que los dirigentes chinos de mayor edad siguen percibiendo en Moscú una potencia de relieve, en tanto los más jóvenes, liberados de atavismos del pasado, no identifican sino un socio secundario. A lo anterior se suma el hecho de que Pekín, empeñado en la tarea de consolidar el modelo interno, sigue teniendo una política exterior más bien alicorta, apuesta que al cabo rebaja el relieve de lo que puedan suponer unos u otros estados foráneos. Anotaré, en suma, que es fácil identificar un deseo chino de limar asperezas con Rusia, toda vez que mantener una relación tensa con ésta provocaría distracciones poco deseables en el proceso de construcción económica. El resultado de la combinación de todos estos elementos no es otro que una relación muy pragmática, en la que la ideología que operó en el pasado ha ido diluyéndose en la nada.

Prestaré atención a algunos de los términos de la relación bilateral que

me ocupa. El primero bien puede revelarse al amparo de un atávico temor ruso en lo que respecta al riesgo de una invasión demográfica china en Siberia. Téngase presente al respecto que el número de habitantes de la parte más meridional de esta última se ha reducido desde la desaparición de la URSS. Si la densidad de población es de 3,8 habitantes por kilómetro cuadrado en el Lejano Oriente ruso, se sitúa, en cambio, en 132 en el nordeste chino. Como quiera que muchos chinos han llegado a Siberia como inmigrantes clandestinos, es difícil calibrar cuál es su presencia real, hoy, en la región. Se habla, aun así, de una cifra próxima al medio millón de personas sobre un total de algo menos de veinte millones de habitantes en el conjunto de la Siberia meridional. A los problemas consiguientes se suman los generados por las tensiones autonomistas y secesionistas que se manifiestan en determinadas áreas de Siberia —ahí están las registradas en Yakutia— y por una eventual competición ruso-china por Mongolia, un país alejado de la codicia de otras potencias y muy bien dotado en materias primas (carbón, cobre, molibdeno, oro, uranio y wolframio).

Subrayaré, en segundo lugar, que aunque en 1990 China y la URSS tenían un PIB similar, hoy el tamaño de la economía de la primera multiplica por cuatro el de la segunda. Las relaciones comerciales entre los dos países son tan desequilibradas como, por otra parte, limitadas: mientras China constituye el primer socio comercial de Rusia, esta última es, sin embargo, el décimo de China, en un escenario marcado por el hecho de que la balanza de pagos se halla cada vez más volcada en provecho de Pekín. El auge del volumen total de las exportaciones rusas a China, a principios del siglo XXI, mucho le debió a la subida de los precios internacionales del petróleo. Aun con ello, el comercio de Pekín con los países occidentales ha seguido siendo mucho mayor que el que mantiene con Rusia. La atracción que la tecnología de esta última, incluida la militar, provoca en China es,

por otro lado, cada vez menor, mientras la tecnología china, en cambio, encuentra una acogida cada vez más visible en Rusia. Pekín percibe a Moscú como una especie de aliado menor dedicado al suministro de materias primas, de tal manera que, para China, Rusia se antoja un mero complemento, y no un sustituto, en las a menudo conflictivas relaciones con EEUU y con la UE. Cierto es que, del lado de Moscú, se mantiene, no obstante, la ficción de que China no es sino un socio que se mueve en estricto pie de igualdad. Importa certificar que, pese a lo dicho, Pekín ha procurado en todo momento no humillar a Rusia, algo facilitado por un sistema de decisión hipercentralizado.

Buena parte de la relación bilateral entre Rusia y China —y abordaré una tercera cuestión— bebe de los acuerdos, y de las disputas, sobre las materias primas energéticas. Lo primero que hay que reseñar al respecto es que la cooperación entre ambos países es muy notable. Se materializa, por ejemplo, en la construcción de oleoductos y gasoductos —que habrá que amortizar en la forma, delicada, de tarifas altas— y en la transferencia a China de tecnologías de extracción y procesado, una transferencia que alcanza al propio ámbito de la energía nuclear civil. Cierto es que en la trastienda no faltan los problemas. Así, en Rusia, que busca abrirse camino en mercados como el chino, el japonés y el coreano, no dejan de preocupar —ya lo he anotado— las aproximaciones de Pekín hacia las repúblicas centroasiáticas, de tal suerte que China se presenta al tiempo como un socio comercial muy prometedor y como un competidor inquietante. No parece, por lo demás, que Pekín se contente con garantizar que recibe suministros energéticos: pese al carácter aparentemente limitado de su apuesta, emite señales incipientes que apuntarían, y esto a buen seguro que inquieta, de nuevo, a Moscú, al designio de controlar los mercados correspondientes. China, por otra parte, ha procurado diversificar sensiblemente sus compras

de energía, y ha buscado ésta en escenarios tan dispares como América Latina, África y el Asia central, aparte, claro, del golfo Pérsico.

Rusia juega la carta de China como un aviso dirigido a los países europeos que dependen de su petróleo y de su gas, un aviso orientado a que recuerden que Moscú tiene compradores alternativos para estas materias primas energéticas. Cierto es que la geografía de los yacimientos no ayuda en la tarea de propiciar una reconversión de las exportaciones hacia oriente. Téngase presente que el 90 por ciento de los recursos petrolíferos parece encontrarse en la parte más occidental de la Federación Rusa, con aportaciones reducidas del Ártico y del Lejano Oriente. Otro tanto sucede con el gas, en el buen entendido de que en relación con éste es posible que se descubran yacimientos importantes —no está claro si de fácil explotación — en las mentadas regiones del Ártico y del Lejano Oriente. En estas circunstancias está servida la conclusión de que el mercado europeo seguirá siendo vital para Rusia, tanto más cuanto que la expansión de las relaciones, y en particular las energéticas, con China reclama de cuantiosas inversiones que no es evidente que Moscú se halle en condiciones de acometer.

Otro terreno importante en lo que hace a los vínculos bilaterales es el militar. Pese a adquirir muchas armas en Rusia, parece que las fuerzas armadas chinas han dejado atrás, por muchos conceptos, a las rusas: su presupuesto es más alto, tecnológicamente han avanzado mucho, han mejorado en materia de formación y maniobras, y, en suma, han fortalecido sensiblemente su arsenal nuclear. En paralelo, del lado de Moscú se han revelado reticencias a vender tecnología militar de último nivel, reticencias que tienen como fundamento el riesgo, en modo alguno imaginario, de que China replique esas tecnologías. Aun con todo, no han faltado progresos en materia de ejercicios militares conjuntos, que de manera llamativa han alcanzado al propio mar Mediterráneo y al Báltico. Verdad es, por rescatar

otra dimensión, que algunas decisiones rusas no han llenado precisamente de contento a los dirigentes chinos. Mencionaré al respecto la que, en 2001, se asentó en el criterio de no poner obstáculos a la presencia de bases militares norteamericanas en el Asia central.

En lo que se refiere, en otro ámbito, a materias más convencionales de relación bilateral, y de política exterior, importa subrayar que, al menos sobre el papel, los dos países dejaron atrás en 2005 y 2008 viejos contenciosos fronterizos: aparentemente las disputas sobre el trazado de una larga frontera —3.645 kilómetros— han quedado zanjadas. Esto al margen, entre Moscú y Pekín parece haber sintonía en algunas materias importantes, como las relativas a lo que ocurre en Afganistán, Iraq, Libia y Siria. Rusia favorece, por otra parte, las posiciones de Pekín en relación con las disputas sobre las islas Spratley y Paracel, en el mar de la China meridional, y hace otro tanto con la política china en lo que atañe a Taiwán, el Tíbet y el Xinjiang. Los dos países abrazan ante el terrorismo y ante el islamismo violento percepciones comunes, como las que se han revelado al amparo de la Organización de Cooperación de Shanghái. Obligado es certificar, sin embargo, que China no ha reconocido ni las independencias de Abjasia y Osetia del Sur ni la anexión rusa de Crimea. Más allá de lo anterior, y en un terreno importante, la mayoría de los expertos coincide en afirmar que mientras Pekín postula una visión bipolar del mundo —según una versión de los hechos aspiraría a sustituir a la vieja URSS en una confrontación con EEUU—, Moscú, moderadamente consciente de sus limitaciones, defiende una perspectiva multipolar.

Bobo Lo ha identificado varios escenarios de futuro en la relación bilateral entre Rusia y China[32]. Los reduciré a tres. El primero asumiría la forma de una suerte de convergencia estratégica, de la mano de un incremento de la cooperación en todos los niveles, aun cuando se hiciese

valer, en paralelo, una creciente asimetría derivada de un crecimiento chino mucho más fuerte que el ruso y aun cuando sobre este escenario penda la naturaleza de las relaciones de Pekín con EEUU. El segundo se perfilaría en torno al aprestamiento, más recio, de una "alianza político-militar", forjada al calor del establecimiento de un vínculo sólido, con compromisos expresos por ambas partes, y ello pese a que es difícil imaginar que una y otra respalden sin fisuras las políticas respectivas. El tercer horizonte sería el de una franca confrontación, resultado posible de diferencias de intereses en el Asia central, del auge de discursos nacionalistas a uno u otro lado de la frontera o de una crisis aguda en la industria energética rusa. Es difícil imaginar, con todo, que los gobernantes en Moscú y en Pekín no aprecien los riesgos que este escenario acarrearía, tanto más cuanto que en el caso de China, y hoy por hoy, las tendencias expansionistas se hallan muy limitadas.

Concluiré con el recordatorio de que el designio común de plantar cara a la hegemonía norteamericana no significa que Rusia y China coincidan, sin más, en la mayoría de las materias relevantes. Muchos de sus acuerdos de estas horas bien pueden tener un carácter táctico y coyuntural. A ello se suma el riesgo de satelización de Rusia por una potencia en expansión: China tiene una población casi diez veces superior, en tanto el peso bruto de su economía hace de ésta —ya lo he señalado— una instancia más de cuatro veces mayor que la de Rusia; para que nada falte, en 2014 el gasto militar chino era 2,57 veces el de Rusia. Hay que preguntarse, en fin, en qué medida las contradicciones internas chinas —cada vez más visibles— afectarán a Rusia. En un teatro como éste a duras penas sorprenderá que haya quien dé por descontado que las tensiones mayores en el futuro —vuelvo sobre esta idea— no lo serán entre Rusia y unas u otras potencias occidentales, sino entre Rusia y China.

JAPÓN, LAS DOS COREAS, LA INDIA

No toda la política rusa en el Lejano Oriente se concentra en China. Hay que prestar atención, siquiera sea somera, a las relaciones de Moscú, muy complejas, con Japón, con las dos Coreas y, en particular, con la India.

Las materias primas energéticas rusas extraídas en el Lejano Oriente interesan, por razones obvias, a Japón, toda vez que permitirían diversificar las fuentes de suministro, algo tanto más goloso después del accidente registrado en la central nuclear de Fukushima. Sobre la relación bilateral con Rusia sigue pesando, de cualquier modo, la disputa relativa a las islas Kuriles que, colocadas en manos de la Unión Soviética al rematar la segunda guerra mundial, son vitales para garantizar la salida a mares abiertos de la flota rusa del Pacífico. Hay quien ha manejado, en relación con las Kuriles, el despliegue de un modelo como el de Hong Kong, de tal manera que algunas de esas islas, las más meridionales, o todas ellas quedasen durante un tiempo bajo soberanía rusa para después integrarse en Japón, con proyectos de desarrollo conjunto.

Más allá de lo anterior, y en términos generales, Japón es un país bien visto en Moscú: no tiene, sobre el papel, intenciones agresivas y exhibe un nivel tecnológico que hace que su economía sea atractiva para Rusia. Las inversiones japonesas —son importantes, por ejemplo, en el sector del automóvil— no suscitan, por otra parte, el mismo recelo que las chinas. El hecho de que Japón apenas produzca materias primas energéticas facilita, por otro lado, que Moscú pueda utilizarlo como un socio del que sacar provecho en sus negociaciones con Pekín. Nada de esto significa, sin embargo, que las relaciones ruso-japonesas hayan experimentado mejoras sustanciales en los últimos años. Ahí están, para certificarlo, los desencuentros entre Rusia, China y Japón en lo que hace a la dirección y el destino final de los oleoductos que, desde la primera, deben transportar petróleo a esos dos países, como ahí está el hecho, insorteable, de que Japón

sigue claramente alineado con EEUU, que es la potencia externa que dicta buena parte de sus políticas.

En lo que a las dos Coreas se refiere, Moscú procura una discreta equidistancia. Claro es que, por razones obvias, la del sur interesa a Rusia, en términos económicos y comerciales, mucho más. Y a Corea del Sur le interesan sobremanera, como contrapartida, los suministros energéticos rusos. En relación con la del norte, el Kremlin no ha conseguido asumir el papel de mediador con las potencias occidentales que ha procurado desplegar en Irán, un papel que en los hechos ha quedado en manos de China. Aun con ello, la excesiva dependencia de Corea del Norte con respecto a esta última propicia que el gobierno norcoreano en modo alguno desdeñe los lazos con Rusia, que parece firmemente decidida a apuntalar a Pyongyang, o al menos a impedir movimientos que puedan desestabilizarlo.

Es muy activa la relación comercial de Rusia con la India, un notable comprador de materias primas energéticas, de tecnologías extractivas de estas últimas y, también, de reactores nucleares civiles. Nueva Delhi constituye, además, el segundo receptor planetario de armas rusas y la contraparte de numerosos ejercicios militares conjuntos. Cierto es que, en paralelo, la India ha anudado lazos crecientes con EEUU en el terreno militar y en el de la energía nuclear. A Moscú parece interesarle sobremanera una alianza con la India, como la que se hizo valer, frente a China, en la época soviética, tanto más cuanto que, por añadidura, y según determinados pronósticos, Nueva Delhi bien puede ser en 2030 la tercera potencia económica mundial. A diferencia de lo que ocurre con China, en el caso de la India no hay, para Rusia, contenciosos fronterizos ni flujos migratorios que tratar. En este orden de cosas, Moscú desea acaso una incorporación plena de Nueva Delhi a la Organización de Cooperación de Shanghái, a efectos de limitar la influencia de EEUU, pero también la de

China, en Asia. El grupo de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica) aporta asimismo, al menos a título provisional, un escenario de acción conjunta entre Rusia y la India, y, en la percepción de la primera, ciertas posibilidades de un alejamiento progresivo entre la segunda y Estados Unidos.

EL ÁFRICA SUBSAHARIANA Y AMÉRICA LATINA

Ya anuncié el propósito de incluir una breve apostilla sobre el relieve que a África y a América Latina corresponde en la política exterior rusa de estas horas. En relación con África lo suyo es recordar que Rusia está empeñada en la reanudación de unas relaciones que quedaron sensiblemente dañadas tras la desaparición de la URSS. Así lo testimonian hechos varios entre los que se cuentan una cooperación militar en ascenso —parece haber recuperado los niveles anteriores a 1991—, un trato comercial preferente otorgado por Moscú, vínculos importantes, en el terreno de la energía, con países como Nigeria y Namibia, o el interés ruso por el oro, el platino y los diamantes, con Sudáfrica en el punto de mira de muchas políticas. Entre éstas no faltan, en lo que se refiere a este último país, miembro del grupo de los BRICS, las relativas a la energía nuclear. En el caso de Rusia no hay, por lo demás, malas relaciones heredadas del pasado, como sucede a menudo con los vínculos de los estados africanos con las potencias coloniales europeas. En términos generales puede afirmarse que son muchos los países del África subsahariana que aspiran a diversificar sus relaciones externas y que ven en Rusia una posibilidad cierta de reducir la dependencia con respecto a Occidente.

Por lo que respecta a América Latina, el interés de Moscú por el subcontinente parece en ascenso, en alguna medida vinculado, bien es cierto, con el designio de disponer de bazas frente a la hegemonía

norteamericana en una región muy sensible a los efectos de contestar la política de EEUU. Según alguna estimación, las ventas de armas rusas bien podrían haber dejado atrás los niveles propios de las protagonizadas por la URSS en el pasado. Si algunos de los países beneficiados por una relación activa con Rusia no han hecho sino heredar vínculos que con ellos asumió otrora la Unión Soviética —es el caso de Cuba y de Nicaragua—, en otros casos cabe invocar el despliegue de relaciones de nuevo cuño, como las que Moscú mantiene, en singular, con Venezuela, Brasil —es también un miembro del grupo de los BRICS— y Argentina. Los portavoces del Kremlin han subrayado repetidas veces, de cualquier modo, la voluntad de abrir, sin restricciones ideológicas o tributos a las herencias del pasado, las relaciones comerciales con los estados latinoamericanos, escenario, por cierto, de frecuentes visitas de los presidentes, de los primeros ministros y de los responsables de Asuntos Exteriores rusos. Según una estimación, entre 1992 y 2011 los vínculos comerciales entre Rusia y América Latina crecieron nada menos que un 1.170 por ciento, de la mano en buena medida de una presencia cada vez más sólida de empresas rusas, fundamentalmente privadas, en los mercados latinoamericanos.

CAPÍTULO 4

Los cimientos de la política exterior

En el capítulo segundo he intentado explicar la deriva cronológica, desde 1991, de la política exterior rusa. En el siguiente, el tercero, mi esfuerzo se ha orientado a identificar los perfiles precisos que esa política exterior ha asumido en varias áreas geográficas importantes. El examen de las relaciones externas de Rusia termina ahora con un intento de aislar varios elementos que, de corte distinto, contribuyen a explicar la condición de esas relaciones. Me refiero, por un lado, a algunas percepciones geopolíticas que, relativas a Rusia, todavía colean, a la naturaleza de las varias organizaciones internacionales que Rusia promueve —o de las que participa —, al peso de la propuesta euroasianista, que parece disfrutar de apoyos firmes en el Kremlin, a la textura singularísima del imperio ruso —y a las eventuales huellas contemporáneas de éste—, a la posibilidad, a decir verdad no muy hacedera, de que estemos inmersos en una nueva guerra fría y, en fin, a los principales rasgos caracterizadores de la política exterior que Moscú abraza en estas horas.

LA GEOPOLÍTICA RUSA

Merece la pena dedicar algunas líneas a las discusiones geopolíticas que han afectado, y afectan, a Rusia. Empezaré por anotar que un autor clásico, Halford John Mackinder, distinguió en el planeta una “isla mundial”, el *heartland*, que equivale a dos doceavos de la Tierra y que incorpora los continentes euroasiático y africano, las “islas periféricas”, o *outlyings islands*, que aportan un doceavo constituido por América y Australia, y el “océano mundial”, configurado por los nueve doceavos restantes. Con un

argumento de aliento similar, Leclercq ha recordado que frente al bloque euroasiático están, en su periferia, un “anillo interior”, configurado por la Europa occidental, los orientes próximo y medio y las asias del sudeste y del este, y un sistema insular del que forman parte las islas Británicas y Japón[33].

Para dirigir el mundo —según una visión muy extendida— es preciso controlar el *heartland,* que se extiende desde la Europa central hasta la Siberia oriental. Rusia se percibe entonces como el elemento constitutivo principal de ese *heartland*, el núcleo continental de la masa terrestre euroasiática y, como tal, el pivote geográfico de la historia. El país desempeñaría en el globo una posición estratégica similar a la que en Europa correspondería a Alemania. Su profundidad estratégica, confirmada en 1812 y 1941, garantizaría su conversión en la primera potencia, y en la mayor fortaleza natural, del planeta. Según Mackinder, “quien reina sobre la Europa oriental reina sobre la tierra central. Quien reina sobre la tierra central reina sobre la isla mundial. Quien reina sobre la isla mundial reina sobre el mundo”[34].

En la trastienda se barruntaría una colisión entre una potencia marítima, que hoy sería EEUU, y una potencia terrestre euroasiática, naturalmente Rusia, que desde hace tiempo buscaría, eso sí, un incremento sustancial de su capacidad naval: se trataría de una potencia terrestre obsesionada con el mar, que habría procurado con ahínco en el Báltico, en el Negro y en el Ártico (y ello aunque sólo un 10 por ciento de los rusos viva cerca de la costa, un porcentaje muy inferior al medio en el conjunto del planeta). Desde la percepción que ahora me ocupa, en virtud de su condición geopolítica Rusia sería la única potencia en condiciones de hacer frente a la hegemonía norteamericana, algo que invitaría a EEUU a desplegar en relación con Moscú una política de visible marginación y, en su caso, de

manifiesta agresividad. De ahí se derivarían, ante todo, dos grandes designios del lado norteamericano: si el primero apuntaría a reducir las capacidades de control de Rusia sobre su “extranjero cercano” —léase Ucrania, el Cáucaso y, en menor medida, el Asia central—, el segundo se encaminaría a dinamitar cualquier intento de acercamiento serio entre Moscú y la UE.

Al amparo de un argumento mal que bien similar, Zbigniew Brzezinski contempla un tablero mundial en el que, de nuevo, la lucha principal se hace valer en Eurasia. En la visión que defendió durante mucho tiempo este autor, Rusia debe romper con su pasado imperial y dejar de inmiscuirse en las relaciones entre Europa y EEUU. Esto al margen, y siempre en la visión de Brzezinski, es menester que Rusia se mantenga como una potencia débil, incapaz de reconstruir su poderío de antaño. Estados Unidos debe repeler todos los intentos orientados a construir una potencia euroasiática, y en ese esfuerzo es vital la vasta área que separa Turquía de Afganistán. Para ello Brzezinski postula, en lugar central, la gestación en Rusia de una laxa confederación articulada en torno a tres partes —la Rusia europea, Siberia y el Lejano Oriente—, cada una satelizada desde el exterior, respectivamente, por la UE, por una China sometida a la férula del mercado y por Japón. Aunque la perspectiva de una confederalización de Rusia es defendible desde otros horizontes mentales e ideológicos, salta a la vista que la postulada por Brzezinski responde al propósito de satisfacer, y obscenamente, los intereses norteamericanos. Mettan se pregunta al respecto, con tino, qué ocurriría si alguien reivindicase la partición de EEUU en tres entidades: una atlántica, otra pacífica y una tercera hispánica…[35].

Cierto es que las ideas de Mackinder que aquí me han interesado han sido contestadas. Nicholas John Spykman ha subrayado, por ejemplo, el

peso de las alianzas entre potencias supuestamente continentales y marítimas, como lo ilustrarían los casos de Rusia e Inglaterra en 1914, o de la URSS y Estados Unidos en 1941-1945. Para Spykman, y por otra parte, el *heartland* no es en modo alguno invulnerable, tanto más habida cuenta del desarrollo de la aviación —y de los misiles balísticos intercontinentales—, mientras el *rimland*, el "anillo de tierras" configurado por la Europa occidental, Grecia, Turquía, Irán, Corea, Vietnam y Japón, desempeñaría un papel central: "Quien controla el *rimland* domina Eurasia, y quien domina Eurasia tiene en sus manos el destino del mundo", asevera Spykman[36]. Sobre la base de esta percepción se levanta, en buena medida, la idea —que encuentra también inspiración, bien es cierto, en la obra de Mackinder— del *containment*, de la contención, otrora propuesta por George Kennan para hacer frente a la URSS.

LAS ORGANIZACIONES INTERNACIONALES QUE RUSIA PROMUEVE

Varias son las instancias internacionales que Rusia ha promovido en las tres últimas décadas. En este epígrafe prestaré atención, de forma muy somera, a cinco de ellas: la Comunidad de Estados Independientes (CEI), la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC), la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), la Unión Económica Euroasiática (UEE) y el grupo de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica).

La CEI, en la que inicialmente se dieron cita todas las repúblicas federadas integrantes de la URSS excepto las tres del Báltico, vio la luz en diciembre de 1991 con el propósito principal de posibilitar la desaparición pacífica, y ajustada a normas, de la vieja Unión Soviética. En palabras de un analista de *Izvéstiya*, la CEI nació antes "por la imposibilidad de separarse que por el deseo de proseguir con una vida en común"[37]. No parece, con

todo, que el objetivo mayor que acabo de atribuir a la Comunidad encontrase cumplida satisfacción, como lo vinieron a demostrar los numerosos conflictos que han jalonado la periferia de la URSS de antaño. Baste con rescatar al respecto los nombres de Transnistria, Osetia del Sur, Abjasia, Nagorni-Karabaj, Chechenia o Tayikistán, república esta que, como es sabido, acogió una guerra civil entre 1992 y 1997. Más allá de lo anterior, y hablando en propiedad, las señas de identidad de la CEI han sido siempre difusas: nunca se dotó de estructuras políticas comunes —aunque, ciertamente, nunca fue ése, tampoco, su propósito—, no permitió la aparición de proyectos económicos conjuntos y sólo durante un periodo de tiempo muy breve —sus dos primeros años de existencia— dispuso de un mando militar unificado encargado, en exclusiva, de facilitar la desnuclearización militar de Bielorrusia, Kazajstán y Ucrania.

La Comunidad de Estados Independientes ha sido, por lo demás, un ejemplo de libro de uno de los problemas que suelen acosar a los estados federales y a las confederaciones: el riesgo de que en su interior emerja un poder claramente emplazado por encima de los demás. En el caso preciso de la CEI ese riesgo se ha concretado, con toda evidencia, en Rusia, un país más grande, más poblado, más rico y militarmente más poderoso que todos los restantes miembros de la Comunidad en conjunto. No se olvide al efecto que Rusia heredó el 50 por ciento de la población, un 60 por ciento de la capacidad industrial y un 70 por ciento del territorio de la antigua URSS. No parece que la circunstancia que ahora me ocupa sea, sin embargo, la explicación mayor de la crisis que acabó por atenazar a la CEI. Esa crisis se explica mejor en virtud de una razón prosaica: Rusia ha encontrado instrumentos aparentemente más ágiles para hacer valer sus intereses. Las cosas como fueren, lo suyo es concluir que la CEI es, hoy por hoy, un proyecto fracasado, circunstancia constatada por el propio Putin en 2005 y

ratificada por defecciones importantes como las protagonizadas por Georgia y Ucrania. No está de más recordar que, en esta estela, y en determinados momentos, han cobrado cuerpo también alianzas hostiles a Rusia, como la conocida con las siglas GUAM, que desde 1996 recogía los nombres de Georgia, Ucrania, Azerbaiyán y Moldavia, a los que poco después se agregó el de Uzbekistán (GUUAM).

Por lo que se refiere a la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva, fue creada en 2003, integrada por varias repúblicas exsoviéticas que, a su amparo, sobre el papel se proponían luchar contra el terrorismo y el crimen organizado. En algún momento se manejó la idea de que la OTSC debía convertirse en una especie de OTAN del espacio postsoviético. Parece innegable, en cualquier caso, que Rusia ha procurado generar instancias que sirvan de contrapunto a la hegemonía occidental. Puede discutirse, sin embargo, si los resultados de esa política son los esperados en un escenario en el que acaso el mayor problema es la debilidad de muchos de los estados que se han sumado a las organizaciones promovidas por Moscú. Las cosas como fueren, la condición de miembro de la OTSC acarrea que los estados afectados no podrán unirse a alianzas militares y supone que una agresión contra uno de ellos se entenderá como una agresión contra todos los demás. Aunque la OTSC ha perfilado una fuerza colectiva de acción rápida para hacer frente al terrorismo, al crimen organizado, al narcotráfico y a las catástrofes naturales, también ha declarado su intención, de la mano de un proyecto de naturaleza delicada, de hacer frente al “extremismo”. Forman parte hoy de la organización Armenia, Bielorrusia, Kazajstán, Kirguizistán y Tayikistán, junto con Rusia, que ejerce una clara posición prominente. En todos los casos se trata, como puede apreciarse, de repúblicas exsoviéticas, lo que no ha impedido que en algún momento se barajase la posibilidad, bien es cierto que nebulosa, de incorporar a países como Afganistán, Cuba,

Irán o Serbia. Azerbaiyán, Georgia y Uzbekistán se integraron en algún momento en la OTSC para después abandonarla.

Creada en 2001, la Organización de Cooperación de Shanghái agrupa a Rusia, a China y a todas las repúblicas del Asia central con la excepción de Turkmenistán**,** en tanto la India, Irán, Mongolia y Pakistán disfrutan de la condición de observadores, mientras Bielorrusia y Sri Lanka son "socios de diálogo". Dos son los grandes cometidos asignados a la OCS. El primero se vincula con la seguridad. Hay quien habla al respecto, también aquí, de una OTAN del este, una de cuyas tareas principales sería la estabilización de Afganistán, con ganancias sobrevenidas para China en el Xinjiang. En la trastienda se barrunta el deseo de generar en el norte del continente asiático una suerte de arco de estabilidad que contraste con las turbulencias propias del área del Oriente Próximo y el Mediterráneo. Entre los objetivos primeros de la OCS se cuenta, de cualquier modo, la lucha contra "el terrorismo, el separatismo, el extremismo y el narcotráfico"[38]. El segundo gran cometido de la organización no es otro que la cooperación económica, una dimensión en la que los progresos parecen haber sido, con todo, escasos. Lo que a su amparo, y en este ámbito, se ha gestado remite ante todo a esfuerzos chinos encaminados a acrecentar la influencia económica en el Asia central, amparados a menudo en proyectos de mayor alcance, como el relativo a propiciar un rechazo del dólar como divisa internacional. Pareciera como si a Rusia le interesase más la dimensión de seguridad, en tanto China volcase mayores energías, en cambio, en la relativa a la economía.

A menudo se ha señalado que en el caso de la OCS se han revelado dificultades graves para sacar adelante los acuerdos, circunstancia que remitiría a un exceso de retórica que en algo recordaría a la empleada en su momento por la CEI. Son frecuentes al respecto, y en particular, las quejas

de los dirigentes chinos ante la ineficiencia y la falta de compromiso de Moscú; en algún momento se ha hablado de la "paciencia estratégica" de Pekín ante la conducta rusa. Por lo demás, aunque la OCS tiene una ventaja innegable para Rusia, toda vez que en su seno no hay miembros disidentes —como los que supusieron Georgia, Ucrania, Azerbaiyán o Moldavia en el caso de la CEI—, a lo que se agregaría cierta posibilidad de control de Moscú sobre los movimientos de Pekín, en el Kremlin parece haberse asentado la percepción de que la organización es fundamentalmente un instrumento al servicio de la política china, hasta el punto de que, según alguna versión de los hechos, sería inevitable una colisión de los dos países dentro de la propia OCS.

No es infrecuente que se apunte que la Organización de Cooperación de Shanghái arrastra posibilidades de colaboración con la Unión Económica Euroasiática. Ésta, que cuenta con un antecedente en la Unión Aduanera que configuraron en 2010 Armenia, Bielorrusia, Kazajstán y Rusia, fue creada en mayo de 2014. En la UEE se dieron cita inicialmente Rusia, Bielorrusia y Kazajstán, a las que al poco se unieron Armenia y Kirguizistán. Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán son improbables candidatos a sumarse a la organización. Aunque en el trasfondo de la Unión Económica Euroasiática hay un designio obvio de contestación de la hegemonía norteamericana, la UEE, que es una instancia de carácter económico, como reza su nombre, no constituye en modo alguno una organización homologable a la OTAN. Si, por un lado, y por ejemplo, no existe una cláusula de defensa mutua, por el otro es obligado subrayar que son numerosos los contenciosos que separan a los estados miembros.

Al amparo de la UEE, Rusia defiende la configuración de una zona de librecambio que debería alcanzar al área de Asia-Pacífico y respalda, mal que bien, el proyecto chino de una "nueva ruta de la seda", en el buen

entendido de que en la agenda de la Unión no parece contemplarse una incorporación de Pekín. Más allá de lo anterior, la organización que me ocupa es una garantía de que los integrantes, caso de necesitarlo, podrán beneficiarse de precios más bajos en la adquisición de las materias primas energéticas rusas. Pese a las apariencias, y aun con todo, el PIB conjunto de la UEE es inferior al de Francia. Al igual que la CEI, o más aún, la Unión es, por lo demás, una instancia muy desequilibrada, en la que Rusia acarrea el 80 por ciento del PIB global y un 85 por ciento de la población.

Junto con Brasil, China, la India y Sudáfrica, Rusia es, en fin, uno de los países integrantes del grupo de los BRICS. Hay que admitir, sí, que la inserción de Moscú en ese grupo es problemática, toda vez que, hablando en propiedad, Rusia no es en modo alguno una economía emergente sino, antes bien, una economía tradicional que arrastra un sinfín de problemas. El hecho de que, pese a ello, Moscú sea un socio de pleno derecho de este grupo se explica tanto en virtud del designio, que afecta a todos sus miembros, bien que con intensidades diferentes, de plantar cara a la hegemonía comercial occidental como por el peso geoestratégico y geoeconómico de Rusia. Hablo —no se olvide— de cinco países de notables dimensiones, con peso en el conjunto de la población mundial, que disponen de importantes recursos en materias primas, que exhiben un crecimiento económico significativo y que desempeñan papeles centrales en los mercados de exportación. Se trata, por añadidura, de economías en expansión, cuyo tamaño podría dejar atrás pronto al de las economías capitalistas desarrolladas. En su diseño más hondo, en suma, los BRICS estarían acometiendo un intento de actualizar la realidad organizativa planetaria, sobre la base del designio de otorgar una influencia creciente a los países emergentes. Si bien es verdad que para Rusia el grupo que ahora me interesa exhibe una innegable ventaja, como es el hecho de que en él no

hay ninguna representación de los países occidentales, lo suyo es reconocer que, pese a la retórica al uso, los resultados derivados de la configuración de una instancia común son más bien livianos y despunta el riesgo de que algunas de las rencillas que mantienen entre sí los estados miembros —China y la India, Rusia y China— le otorguen a esta alianza un carácter más pasajero de lo que una primera ojeada invitaría a concluir.

EL EUROASIANISMO

Aunque su ascendiente en términos de formulación de las políticas oficiales se halla sujeto a discusión, bien puede afirmarse que el euroasianismo es una de las formulaciones que mayor peso han alcanzado en los últimos años en los estamentos de poder en Rusia. Si bien es verdad que la disputa en lo que respecta a los perfiles del concepto en cuestión se desarrolló inicialmente en círculos intelectuales, con el paso del tiempo acabó por asumir una influencia decisiva en términos del diseño de la política exterior rusa, en particular cuando, a mediados de la década de 1990, Yevgueni Primakov asumió en Moscú la cartera de Asuntos Exteriores. Lo normal es que se entienda, en este mismo orden de cosas, que una parte significativa de los criterios avalados por el propio presidente Putin hunde sus raíces en una propuesta en un grado u otro euroasianista, en el buen entendido de que, en paralelo, el euroasianismo no es la única fórmula con la que puede vincularse el designio de reconstruir una gran potencia en Rusia. Agregaré, en fin, antes de examinar el perfil preciso de la propuesta que me ocupa, que el hecho de que Rusia haya perdido en 2014 buena parte de sus capacidades de control sobre Ucrania configura un problema grave en lo que atañe al despliegue del proyecto correspondiente.

Desde la perspectiva euroasianista, a Rusia debe asignársele una posición intermedia entre Europa y Asia, de la mano de un horizonte en el que se

darían cita elementos eslavos y turcomusulmanes. Como tal, Rusia no sería en modo alguno una mera periferia europea, sino un recinto central al que se vincularía una "tercera vía" mesiánica que obligaría a esforzarse para "dejar de aprender de Occidente" y para rechazar el imperialismo derivado de la "identidad europea"[39]. El país sería entonces una instancia distinta tanto de "Occidente" como de Asia, una instancia que, a diferencia del paneslavismo, no prefiguraría ninguna comunidad de sangre y de religión. En este terreno, la propuesta euroasianista alguna relación guarda con la tesis huntingtoniana del "choque de civilizaciones", en inicio bien percibida en Rusia por cuanto, al menos, permitía medio contestar otra tesis, la del "fin de la historia" de Francis Fukuyama, y preservaba para el país un papel importante en el mundo posterior a la guerra fría. Claro que, en una lectura diferente, el euroasianismo acarrea un proceso de fusión de identidades —ya lo he mencionado— que rompe con las fracturas de Huntington.

Bien es verdad que el euroasianismo plantea discusiones arduas en lo que respecta a cuáles son las entidades políticas llamadas a participar en el proyecto correspondiente. Quien pasa por ser el principal ideólogo del euroasianismo, Aleksandr Duguin, en modo alguno rechaza la independencia de los países bálticos o de Polonia, que entiende no forman parte del mundo euroasiático. Como mucho, y siempre en la percepción de Duguin, habría que discutir las fronteras de los estados afectados. A los ojos de este pensador, en Bulgaria, en Macedonia, en Montenegro, en Rumanía y en Serbia se reúnen a la vez elementos occidentales y euroasiáticos, circunstancia que, en buena ley, convierte sus territorios en escenario de disputa. Duguin no duda del carácter euroasiático de las repúblicas del Asia central, y atribuye la misma condición a Armenia y Azerbaiyán, aun cuando recela de la de Georgia. Ucrania, en suma, sería un país dividido entre una parte occidentalizada y otra euroasiática. Cierto es que, para hacer las cosas

más complejas, Duguin no parece sentir ninguna simpatía por China y coquetea con la perspectiva de que Rusia busque apoyos en Alemania, al amparo de una tradición que, en un salto delicado, tendría uno de sus ecos en el pacto germano-soviético de 1939.

Daré, con todo, un paso más, en este caso para subrayar que, conforme a las percepciones al uso, existiría una suerte de "sistema de valores" euroasiático, que no estaría marcado por el espíritu capitalista, por el materialismo, por el racionalismo y por el individualismo característicos de la "civilización marítima anglosajona". Frente a la modernización, la globalización, la ideología del progreso, el mercado y la letanía de los derechos humanos, el oriente euroasiático defendería la tradición y el conservadurismo, al amparo de una propuesta llamada a trascender posiciones ideológicas de izquierda o de derecha, o, en su defecto, capaz de exhibir manifestaciones tanto en la izquierda como en la derecha. Baste con recordar, en este orden de cosas, las adhesiones —una extrañísima amalgama— del propio Duguin, quien, en la izquierda en economía, partidario de la intervención del estado, en su caso socialista, consciente de la oposición entre capital y trabajo, rechaza de forma expresa, sin embargo, el "marxismo-leninismo", el "comunismo" y la herencia de la etapa soviética, mientras defiende, por el contrario, un nacionalbochevismo en el que se revela una combinación de elementos fascistas, nazis y bolcheviques, merced a una lectura positiva de lo que fue el fascismo italiano y de lo que se antoja un designio de no denunciar en plenitud lo que significó el nazismo (del que Duguin condena, ciertamente, el racismo)... Para que nada falte, Duguin aprecia en Israel el peso de una saludable revolución conservadora, aun cuando rechace palmariamente a los judíos europeooccidentales, carcomidos, a su entender, por la miseria del capitalismo y del comunismo. Conservador en materia de valores, Duguin

reivindica una combinación entre apertura y dinamismo, por un lado, y tradición y conservadurismo, por el otro; cree, por añadidura, en la superioridad del hombre sobre la mujer, identifica mercancías lamentablemente occidentales en el sexo, en la pornografía, en el feminismo y en la homosexualidad, y postula al cabo una sociedad falocéntrica y patriarcal. En modo alguno sorprenderá que el discurso de Duguin, extremadamente complejo, sincrético y controvertido, a menudo difícil de entender, haya hecho de su autor una figura que a duras penas puede servir de teórico fundamentador de posiciones precisas en el terreno político.

Sería un error, con todo, concluir que el euroasianismo acarrea una disolución de la identidad nacional rusa. La lectura más común estima, muy al contrario, que en la esencia de la propuesta está el designio de colocar a Rusia en un papel claramente prominente en un espacio geográfico muy atractivo e interesante. En esta dimensión, en muchos casos se percibe en el euroasianismo un proyecto neoimperial oculto tras una retórica aparentemente concesiva y tolerante. Lo que a la postre se defendería no sería sino un imperio euroasiático que, liderado por Rusia, discurriría desde el Adriático y el Báltico hasta el Pacífico. Un imperio, por añadidura, en el que Rusia debería recuperar su misión de faro, de "Tercera Roma", una misión que, salvadas las distancias, asumió la propia URSS en relación con el "comunismo planetario".

Es verdad que en la mayoría de sus manifestaciones, y al menos en el terreno formal, el euroasianismo abrazaría una versión, aparentemente civilizada, del imperio, de la mano de lo que a menudo se presenta como un federalismo descentralizador que, en el caso preciso de Rusia, aspiraría a afianzar una comunidad cultural entre los rusos y los no rusos que habitan en el país. El federalismo en cuestión sería respetuoso, por lo demás, de la autonomía de las diferentes culturas y del derecho de los pueblos a

autoafirmarse como sujetos de su historia y a forjar de manera independiente su futuro, frente al universalismo occidental, que no acertaría a ocultar el designio de imponer la civilización subyacente. En paralelo, y de resultas, el euroasianismo sería portador de un enaltecimiento del principio de pluralidad de las civilizaciones.

Aunque la apuesta recién descrita supondría un rechazo del nacionalismo ruso y de la centralización aberrante registrada en la etapa soviética, no parece que falten las contradicciones en su aplicación. Hay que tener presente que Duguin —vuelvo sobre sus percepciones— considera que Putin es "un político respetuoso de las identidades, de las etnias y de las tradiciones"[40], al tiempo que no duda en afirmar que el ejército ruso debería haber llegado hasta Tbilissi, la capital georgiana, en el verano de 2008. El propio Duguin no esconde su admiración por el presidente kazajo, Nursultán Nazarbáyev, y su proximidad a dirigentes autoritarios como los que encabezan las repúblicas centroasiáticas o Bielorrusia. La propuesta euroasianista mantiene, por otra parte, una relación ambigua con el islam. Si, por un lado, muestra cierta sintonía con el antimaterialismo comúnmente atribuido a éste, con su rechazo de la usura y del enriquecimiento privado, y con su contestación del modo de vida y de los valores occidentales, por el otro arrastra cierta conciencia de lo que supone determinado islamismo agresivo que pondría en jaque algunos de los cimientos del estado ruso y que, no sin paradoja, obligaría a éste a convertirse en una suerte de avanzadilla de Occidente. Oleg Serebrian ha sostenido, en un terreno próximo, que el apoyo de Turquía a un proyecto euroasianista le viene bien a Rusia, que podría beneficiarse de la imagen de una iniciativa plasmada en un vehículo con dos motores, en el buen entendido, claro, de que el ruso sería sensiblemente más potente[41]. Que China no se sienta atraída por la propuesta puede ser, también, una buena noticia para Moscú, que tendría así

el camino expedito para sacar adelante sus percepciones e intereses.

Más allá de todo lo anterior, lo suyo es recordar que en Rusia no faltan críticos del euroasianismo que sostienen que la propuesta parece llamada a acabar con la identidad nacional rusa, en la medida en que hará que ésta se vuelque en provecho de un proyecto vaporoso que diluirá a los rusos en un espacio en el que la mayoría de la población será turcomusulmana. Hay quien enuncia la intuición, por otra parte, de que el relativo renacimiento de Rusia como potencia se traducirá en un progresivo abandono del proyecto euroasianista, convertido entonces en una especie de opción provisional y pasajera, sólo interesante en momentos de crisis y postración.

A estas alturas no es preciso subrayar, en fin, el carácter antioccidental de la propuesta euroasianista. Duguin considera que Putin es un euroasianista por fervor nacional, en virtud de la necesidad de dar réplica a la amenaza que supone el mundo occidental. Al cabo, y en este terreno, la propuesta euroasianista defendería una entidad geopolítica enfrentada a la potencia oceánica representada por EEUU. Sería la "potencia de la tierra" frente a la "potencia del mar". Desde esta atalaya se sobreentiende que EEUU sigue considerando a Moscú como el mayor enemigo, no de resultas de una prolongación, o de una nostalgia, de la guerra fría, sino por efecto del singularísimo papel geopolítico, la potencia continental, que correspondería a Rusia.

UN IMPERIO SINGULAR

Se ha señalado a menudo que el imperialismo ruso ha sido de siempre un imperialismo de continuidad, empeñado en la conquista de espacios colindantes, comúnmente poco poblados, frente a la lógica abrazada, en tierras de ultramar, por los imperios español, francés, holandés, inglés o portugués. Como es sabido, el imperio ruso acabó por exhibir, por

añadidura, dimensiones gigantescas. Recuérdese al respecto, en singular, que la conquista de Siberia se verificó entre 1581 y 1639, y confirió a Rusia un territorio que a principios del siglo XVII equivalía al del conjunto de la Europa occidental. Un territorio, ciertamente, mal comunicado, en el que las dificultades en materia de transporte eran evidentes, a lo que se agregó el hecho, bien conocido, de que durante mucho tiempo el transporte terrestre resultó ser mucho más complejo y lento que el marítimo. La irrupción de los ferrocarriles, en el XIX, no vino a resolver, por lo demás, el problema. Para que nada faltase, la lógica imperial rusa se saldó en la metrópoli europea con un enriquecimiento débil, en cualquier caso mucho menor que el registrado en las potencias coloniales occidentales. Conforme a una visión común, los rusos de a pie a duras penas se vieron beneficiados por el despliegue de la lógica imperial que me ocupa.

Lastrado por muchas invasiones —polaca (1605-1618), sueca (1709), francesa (1812), alemana (1915), alemana de nuevo (1941)—, según una visión muy extendida el imperio ruso, y más adelante la propia Unión Soviética, tuvo un carácter fundamentalmente defensivo, de tal suerte que las posiciones de dominio de las que el país se benefició fueron el producto, las más de las veces, de respuestas a agresiones externas, como lo testimonia en singular lo ocurrido al finalizar la segunda guerra mundial. También es verdad, en paralelo, que al amparo de este escenario se hizo valer una estructura de poder hipercentralizada, que en buena medida bebió de la idea de que cualquier señal de debilidad provocaría un inmediato estallido. Merced a un proyecto de esa naturaleza se asentaron fórmulas políticas que bebieron de un mismo impulso. Baste con mencionar al respecto lo que significaron, según los momentos, el despotismo, la ortodoxia, la autocracia, el socialismo hipercentralizado u, hoy, la “vertical del poder”[42]. Lo anterior no impidió, con todo, que muchos de los

instrumentos que guiaron la construcción imperial rusa fuesen similares a los que movieron las construcciones homólogas de los países de la Europa occidental: en una como en otras se dieron cita a menudo un espasmo religioso, la presunta superioridad del colonizador y, en último término, lo que quería ser una *mission civilisatrice.*

Pese a que la existencia de repúblicas presuntamente integradas de manera libre en la URSS hizo que ésta escapase al proceso de descolonización posterior a la segunda guerra mundial, es difícil ocultar el progresivo debilitamiento del imperio ruso y de su heredero soviético. Si el primero acogía en 1913 un 17 por ciento de las tierras existentes en el planeta, el guarismo correspondiente a la Federación Rusa era de un 13 por ciento a finales del siglo XX. Si el primero suponía en 1913 un 9,8 por ciento de la población mundial, en 1999 la cifra atribuible a Rusia se situaba en un 2,5 por ciento. Al retroceso en cuestión se sumaba la presencia, cada vez más notable, de rusos fuera de Rusia —en Ucrania, en las repúblicas bálticas, en Kazajstán— y de no rusos dentro de la propia Rusia, y en particular en el Cáucaso septentrional, en el Volga, en los Urales y en Siberia.

Salta a la vista que una de las disputas mayores del momento presente es la relativa a si la Rusia de estas horas es un imperio o, al menos, si en ella puede apreciarse una pulsión imperial. Admitiré que esa disputa se mueve en un terreno cenagoso. Una cosa es recordar, por ejemplo, que Rusia sostiene que determinadas áreas geográficas —el grueso de las que aportan las repúblicas exsoviéticas— configuran una zona de interés especial para Moscú, y otra cosa es aseverar que de lo anterior se deriva una apuesta imperial. Parece como si, de existir, el modelo que los gobernantes rusos desean aplicar se hallase a mitad de camino entre un horizonte y otro, de tal suerte que, al tiempo que Rusia no desearía reconstruir algo asimilable al

imperio zarista o a la Unión Soviética, no por ello desdeñaría ejercer un control cierto sobre las repúblicas mencionadas, un control que en algo recordaría a la doctrina de la "soberanía limitada" que aplicó, varios decenios atrás, Leonid Brézhnev. A efectos de perfilar un escenario aún más complejo, es legítimo sostener que las acciones de las fuerzas armadas rusas en Georgia, en 2008, y en Ucrania, en 2014, obedecieron en buena medida al designio de hacer frente a lo que se entendía que eran amenazas externas urdidas por las potencias occidentales, y no a un impulso neoimperial propio.

Bobo Lo concluye que una de las maneras de resolver tantas dudas consiste en sugerir que Rusia es una especie de imperio posmoderno en el que los elementos materiales del imperio de antaño habrían desaparecido, en el buen entendido de que el "espíritu imperial" permanecería vivo o, más aún, habría experimentado un franco renacimiento[43]. Hay quien, como Celeste Wallander, ha hablado, en un terreno próximo, de la existencia en Rusia de un estado transimperial, un estado autoritario hipercentralizado y controlado por una elite que ejercería un "autoritarismo patrimonial": el transimperialismo sería entonces un traslado, en el ámbito planetario, de ese autoritarismo patrimonial, materializado en una relación patrón-cliente[44].

Sería un error concluir, sin embargo, que Rusia tiene hoy un plan bien perfilado en lo que respecta a lo que debe hacer en relación con los países de su entorno: son muchos los datos que obligan a certificar, antes bien, que los dirigentes en Moscú se han limitado a responder a unos u otros retos, según éstos se presentaban, al margen de cualquier proyecto maestro meticulosamente predeterminado. Pese a lo que sugieren muchos análisis, no parece, por ejemplo, que Rusia haya alimentado nunca plan alguno encaminado a proceder a una absorción de Ucrania. La propia anexión de Crimea se antoja, por lo demás, una decisión tomada sobre la marcha como

respuesta —acabo de anotarlo— a determinados acontecimientos entre los cuales se contó la defenestración del presidente ucraniano Yanukóvich. Esto al margen, el propio Bobo Lo ha señalado que hay tres escenarios diferentes para la política rusa. El primero lo configuran Ucrania, Bielorrusia y Kazajstán, en donde se aplican con intensidad políticas más o menos tramadas y en donde se han hecho valer apuestas económicas importantes. Menor relieve corresponde al segundo escenario, articulado en torno a Azerbaiyán, Georgia, Turkmenistán y Uzbekistán. La política rusa, en cambio, sería poco activa en un tercer círculo del que formarían parte Armenia, Kirguizistán, Moldavia y Tayikistán.

El panorama presente queda bien retratado, de cualquier modo, de la mano del hecho de que la disputa sobre "zonas de influencia" a la que hoy asistimos afecta a las áreas colindantes con el territorio ruso, y no a las colindantes con el territorio norteamericano… Las cosas como fueren, es verdad que en Rusia se aprecia cierta tensión encaminada a preservar, siempre, una lógica imperial, al calor de una suerte de *imperium perennum*[45]. O, lo que es casi lo mismo, se revela el peso de una tradición muy fuerte que explica por qué ha resultado tan difícil la construcción de un estado no marcado, en un grado u otro, por la lógica del imperio.

¿UNA NUEVA GUERRA FRÍA?

Una de las discusiones principales, acaso la mayor, que suscitan las relaciones contemporáneas entre Rusia y las potencias occidentales asume la forma de una pregunta: ¿nos encontramos hoy ante una realidad comparable a la característica de la guerra fría librada entre, pongamos por caso, 1948 y 1991?

El pronto inicial de quien escribe estas líneas invita a responder, y con cierta rotundidad, que no, y ello al menos por tres razones. La primera

subraya que los dos bloques teóricamente enfrentados comparten en sustancia el mismo sistema económico, bien que expresado a través de modulaciones eventualmente distintas. No parecen contender en el momento presente, en otras palabras, dos ideologías contrapuestas, y ello por mucho que se pueda jugar con descripciones varias que apuntarían lo contrario. Hay quien, así, quiere separar el orden liberal occidental de modelos "autoritarios" como el que, conforme a esta visión de los hechos, imperaría en Rusia, como hay quien sigue pensando que Putin es un "comunista" que encabeza un proyecto que ilustra que la URSS en realidad no ha desaparecido. En un sentido diferente, no falta quien asevera que el presidente ruso representa el vigor creciente de una suerte de nuevo conservadurismo. En algunos análisis es fácil apreciar, por lo demás, el designio de propiciar, forzando visiblemente la realidad, una colisión ideológica que oculta una y otra vez realidades que discurren por un camino distinto y que a menudo beben del pragmatismo, frecuentemente olvidado, de los gobernantes rusos del momento.

Un segundo hecho que invita a recelar de la metáfora de la guerra fría es el que da cuenta de la visible disparidad de capacidades que muestran los bloques sobre el papel enfrentados. Baste con recordar al respecto que el gasto militar de la Federación Rusa se halla muy alejado del estadounidense, al tiempo que hay varios miembros de la OTAN —así, Francia, el Reino Unido o Alemania— con gastos en defensa genéricamente asimilables al ruso. Con la misma vocación de comparación, no parece de más que agregue que varias docenas de estados han reconocido al Kosova independiente —al amparo de un proceso alentado fundamentalmente por las potencias occidentales—, en tanto los dedos de una mano sobran para identificar el número de países que han dado su visto bueno a las independencias de Osetia del Sur y de Abjasia, estimuladas por Rusia.

Mientras el mundo occidental, en paralelo, ha preservado, y aun ampliado, su bloque militar, con la OTAN como buque insignia, nada homologable puede identificarse del lado de Rusia, cuya política exterior sigue teniendo un carácter fundamentalmente defensivo.

Agrego una tercera circunstancia importante: las señales de lo que hoy cabría entender que es una nueva guerra fría son, en términos de las relaciones externas de Estados Unidos y de Rusia, mucho más débiles que las que acompañaron a la guerra fría de otrora. La confrontación bilateral no es vital en la política exterior norteamericana del momento, y cabe discutir que lo sea —aunque aquí hay que admitir que las circunstancias son algo más complejas— en lo que atañe a la diplomacia rusa. No se trata, en cualquier caso, de una confrontación decisiva en lo que hace al escenario mundial considerado como un todo, a diferencia de lo que ocurrió con la guerra fría de antaño. Si esta última, por otra parte, se libró fundamentalmente en el sur del planeta, hoy no hay nada que recuerde a esa colisión. Fenómenos como los que ahora me ocupan hunden sus raíces en un hecho preciso: el panorama contemporáneo se ve indeleblemente constreñido por una dependencia mutua mucho mayor que la que se hizo valer en el pasado, en el marco de una economía planetaria más o menos globalizada y en el escenario que definen problemas que exhiben cierta dimensión común, como es el caso, por citar un ejemplo, de la amenaza que acarrearía el islamismo radical. Tampoco parece, en fin, que lo que se revela en estas horas se ajuste a lo que ocurrió antes de 1991, cuando la culpa de todo lo que sucedía la tenía en exclusiva la gran potencia rival, de la mano de dos proyectos que se antojaban manifiestamente irreconciliables. Las ganancias de una de las partes eran inevitablemente, por añadidura, pérdidas del lado de la otra, de tal forma que sólo tenía sentido esperar una completa derrota del rival.

Conviene, sin embargo, que explique por qué la respuesta que he hilvanado en los párrafos anteriores responde a lo que he descrito como un pronto inicial. Y es que hay un hecho que se manifestaba con fuerza, pese a las apariencias, en la guerra fría librada décadas atrás y que se revela con singular vigor en la confrontación que se abre camino en estas horas. Me refiero a la pervivencia, y en su caso al renacimiento, de viejas lógicas imperiales que pueden asumir, eso sí, perfiles más o menos nuevos. Cuando se piensa en la guerra fría de antaño, la primera imagen que se impone es la de una colisión entre ideologías y sistemas económicos. Esa colisión sirvió para ocultar que por detrás de los dos bloques enfrentados era sencillo identificar el aliento de lógicas imperiales que a menudo, y con demasiada prisa, se dieron por muertas. En el caso preciso de la URSS, esta última heredó buena parte de los espasmos dominadores del imperio zarista de antaño, de la mano de un fenómeno que encontró también, claro, su refrendo entre las potencias occidentales. Si se trata de rescatar un ejemplo tan cercano como contundente, no parece de más que subraye que en la crisis ucraniana de 2014, antes que identificar una genuina y dominante colisión ideológica, es fácil adivinar una confrontación entre dos impulsos que huelen a los espasmos imperiales de ayer. De lo contrario sería tarea ardua explicar por qué la Constitución de la república de Donetsk, lejos de asumir códigos que recuerden al “antifascismo” que algunos creen identificar, remite sin más al nacionalismo ruso, a los valores tradicionales, a la Iglesia ortodoxa y a la economía de mercado, esto es, a la misma síntesis que defiende Putin en Moscú. Y es que aún queda mucho trabajo que realizar para bucear en materia tan sugerente como es la que apunta el designio, visible en muchos lugares, de preservar una inercia orientada a mantener en pie muchos elementos del pasado. De ella bien sabe, por cierto, el complejo militar-industrial norteamericano.

EL DISEÑO GENERAL DE LA POLÍTICA EXTERIOR

Intento proponer en este epígrafe una consideración general de los rasgos de la política exterior de la Rusia contemporánea. El primero de esos rasgos asume la forma de un rechazo del unilateralismo occidental, acompañado de una defensa paralela de un mundo multipolar. Como puede colegirse, el propósito fundamental de esa defensa no es otro, al menos a título provisional, que dar réplica a la hegemonía norteamericana. En este sentido parece lícito adelantar que la posición rusa no se halla muy lejos, una vez más, del marco conceptual perfilado por Samuel Huntington de la mano de su tesis del "choque de las civilizaciones", que habría dibujado varios "polos civilizatorios" contrapuestos. Pero esa posición reflejaría también el designio de hacer frente a la autoproclamada superioridad de los valores morales occidentales.

Bobo Lo ha remarcado, con todo, que la posición rusa lo es, en cualquier caso, en provecho de la multipolaridad, y no del multilateralismo: "Mientras el multilateralismo es inclusivo, la multipolaridad se define sobre la base de la exclusividad" y remite a una especie de "oligarquía global" —son palabras de Trenin— en virtud de la cual son las grandes potencias las que, de manera colectiva, dirigen los asuntos planetarios, con papeles menores asignados a los restantes países[46]. En este mismo orden de cosas, aunque Rusia defiende el principio de no injerencia, hace abstracción de éste cuando el gobierno de un país reclama una intervención foránea y cuando, en un ámbito más próximo, se hallan en peligro los intereses de la propia Rusia en los estados colindantes. En relación con esta última circunstancia —recuérdese lo ocurrido en Ucrania— se esgrimen al respecto explicaciones varias, entre las que se cuentan la que sugiere que en la Ucrania oriental hay una "guerra civil", y no una intervención de Moscú, la que llama la atención sobre el hecho de que Ucrania no es sino una ficción

estatal o la que invoca intereses vitales rusos vinculados con la seguridad propia. Aparte lo anterior, no está de más subrayar que hasta 2014 Rusia rechazó virulentamente el principio de libre determinación para pasar a defenderlo, repentinamente, en el caso de Crimea, sobre la base, bien es cierto, de la invocación del precedente generado en Kosova por las potencias occidentales.

La política exterior rusa otorga un importante papel, por otro lado, y bien que no sin contradicciones, al sistema de Naciones Unidas. Téngase presente que, mientras Rusia pretende enaltecer la condición de la máxima organización internacional, rechaza de plano considerar proyectos de reforma de aquélla que supongan un cuestionamiento de las prerrogativas al alcance de las cinco potencias que tienen puestos permanentes en el Consejo de Seguridad. Como mucho, pero con escaso entusiasmo, Moscú podría contemplar la incorporación de alguno de los BRICS —así, la India o Brasil— al Consejo en cuestión.

Abordaré una segunda dimensión importante de la política exterior rusa: el firme designio de controlar países cercanos que otrora formaron parte de la URSS, a menudo ejercido de la mano del enunciado propósito de defender los derechos de los rusos que viven fuera de Rusia. Estonia, Letonia, Ucrania y Kazajstán son escenarios principales de esa política. Aunque en términos estrictos el designio controlador que me ocupa no conduce al despliegue de una genuina lógica imperial, salta a la vista que Rusia reclama para sí un derecho de supervisión y de autorización cuando se abren camino cambios importantes. Es inevitable recordar, en este terreno, que George Kennan afirmó que “Rusia no tiene en sus fronteras sino vasallos o enemigos”[47]. Acaso cabe dibujar tres círculos —seguiré la consideración de Stent— en el abanico de preocupaciones de Moscú. El primero es el del antiguo espacio soviético, en el que Rusia —lo reiteraré—

pretende seguir haciendo valer una esfera de influencia, de tal suerte que las instancias propias del mundo occidental, y en singular la OTAN, no puedan hacerse presentes en este ámbito. El segundo lo aportan China y, de manera más general, el mundo de los BRICS, con la voluntad, en la trastienda, de cuestionar la hegemonía norteamericana en el terreno comercial y en el político. El tercero, más vaporoso, lo configurarían espacios que antes de 1991 registraban cierta presencia de la URSS, en el Oriente Próximo, en África, en América Latina y en el sudeste de Asia. Esos espacios permitirían fortalecer la presencia planetaria de Rusia[48].

Daré un paso más, el tercero, que me invita a sugerir que Rusia ha ido abandonando aquellos proyectos que parecían apuntar al fortalecimiento de instancias en las cuales Moscú entendía que había cierto equilibrio entre su influencia y la de unas u otras potencias occidentales. Tal es el caso de la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa, la OSCE, una entidad que Rusia entendió, en la década de 1990, que no marcaba líneas divisorias, que tenía un carácter inclusivo y que podía convertirse en una genuina alternativa frente a la OTAN. Cierto es que las circunstancias que rodean a la OSCE en estas horas se han traducido en un curioso papel asignado a la organización por Moscú: aunque Rusia sigue mostrándose muy recelosa de las tareas de supervisión que la OSCE despliega en el terreno electoral, reivindica para ésta un protagonismo fundamental en un proceso tan relevante como podría ser la federalización de Ucrania. Bobo Lo ha subrayado, de cualquier modo, la reticencia de Rusia a asumir estrategias de genuina integración —en las diversas instancias europeas, en la comunidad euroatlántica o en la propia región de Asia-Pacífico—, en provecho de fórmulas de mera cooperación o asociación. A los ojos de los gobernantes en Moscú se estima, al parecer, que la integración acarrea una indeseable pérdida de independencia y de soberanía, y que está llamada a cancelar el

vigor de elementos importantes de la especificidad propia[49].

En un cuarto escalón, resulta inevitable recordar que la política exterior rusa aparece lastrada por lo que se antoja cierta indefinición de proyectos. Entre los horizontes concurrentes se cuentan como poco tres: si el primero se vincula con la construcción de un estado de vocación monoétnica que acoja a todos los rusos —una respuesta directa, a los ojos de los responsables del Kremlin, a un problema central—, el segundo es el del paneslavismo —disfruta hoy de un impulso limitado, con una Bielorrusia débil, una Ucrania perdida y una Serbia en la órbita de la UE— y el tercero el del euroasianismo, que en parte nace de la certeza de que no pueden reconstruirse, al menos en los mismos términos, las lógicas imperiales del zarismo y de la etapa soviética. Si, en relación con esto último, Polonia y Finlandia están irremisiblemente perdidas, otro tanto cabría decir —aunque en este caso con algunas cautelas— de varias de las viejas repúblicas federadas integrantes de la URSS, por mucho que Rusia quiera reservarse al respecto capacidades de control e influencia, ahora lejos, bien es cierto, de cualquier atavismo ideológico. Ante opciones tan diferentes como las tres mencionadas, y acaso ante alguna más, a duras penas sorprenderá que, pese a las apariencias, en Moscú se hagan valer amplias dosis de improvisación y de pragmatismo.

Formularé una quinta idea para subrayar que en Rusia se ha asentado la percepción, quizás en exceso optimista, de que el país ha salido definitivamente de la crisis de finales del siglo XX, de tal manera que es hoy una potencia en ascenso, cada vez más musculosa. En paralelo se ha ido apuntalando la convicción, muy extendida, de que Rusia desarrolla una función saludable en el planeta. En este contexto se sobreentiende que Moscú no debe asumir el papel de socio menor de nadie. Si en el pasado ese papel fue rechazado en relación con el mundo occidental, el designio es que

se verifique el mismo rechazo en lo que respecta al futuro que a menudo se atribuye a China. En cualquier caso, subrayaré una vez más que en Rusia no se contempla una integración en el mundo occidental, posición fortalecida por el hecho, innegable, de que EEUU y la UE, o bien no tomaron en serio en el pasado ese horizonte, o bien colocaron a Rusia en una posición siempre marginal y secundaria. Ya he anotado que las concesiones, visibles, que esas potencias recibieron de Moscú en los años de presidencia de Yeltsin y en los primeros de la de Putin no recibieron ninguna recompensa. Añadiré ahora que la posición que me ocupa engarza con percepciones populares muy asentadas en Rusia. Baste con recordar que en 2012 un 73 por ciento de los rusos declaraba pensar que su país merecía más respeto en el escenario internacional.

En un sexto estadio, Rusia no tiene dudas en lo que hace a la hondura de la crisis que afecta al mundo occidental, con pérdida de protagonismo económico de éste en provecho, ante todo, del oriente asiático, y con problemas visibles en el terreno militar, como los que se han aireado en Afganistán e Iraq. La propia democracia liberal arrastra, desde la perspectiva que abrazan los gobernantes rusos, problemas graves en los lugares en los que vio la luz, y su expansión planetaria se antoja hoy mucho más problemática que hace unas décadas. Como es fácil intuir, lo anterior se ve acompañado de una crítica frontal de lo que Occidente significa. Esa crítica tiene como blanco mayor la política norteamericana, que en la percepción del Kremlin responde al designio de un aberrante unilateralismo, prescinde, cuando conviene, del derecho internacional, despliega agresivas intervenciones de la mano de la OTAN y no duda en pujar por la desestabilización interna de Rusia. Con frecuencia se recuerda en Moscú que Estados Unidos ha violentado repetidas veces una regla básica, cual es la que señala que, si se desean unas relaciones fluidas y equilibradas, no

pueden asumirse medidas que reducen la seguridad de la otra parte. Las sucesivas ampliaciones de la OTAN ilustrarían fehacientemente, sin embargo, el vigor y la actualidad de ese tipo de medidas. Y otro tanto cabría decir de los pasos dados por las potencias occidentales en Georgia y en Ucrania. ¿No habría sido más inteligente propiciar una "finlandización" de estos dos países, que garantizase, por un lado, un amplio respeto por la libre decisión de sus habitantes y, por el otro, el designio de mantener los estados correspondientes lejos de la OTAN y de sus bases militares? ¿Es razonable, por otra parte, que en Washington no se haya acometido ninguna reflexión autocrítica en lo que respecta a la política desplegada en relación con Rusia en las tres últimas décadas?

Desde la percepción dominante en Moscú, EEUU no se contentaría con cambiar en uno u otro aspecto la política rusa: lo que desearía es acabar con el sistema existente en el país. Sobre esta base es muy frecuente que, en sus declaraciones, los portavoces del Kremlin identifiquen en la OTAN una instancia agresiva que atiende al propósito fundamental de arrinconar a Rusia y recuerden que sería preferible que la Alianza Atlántica se disolviese. En tal sentido, la política de Moscú ha procurado estimular las disensiones internas entre los rivales —en el marco, por ejemplo, de la UE o en el de la propia OTAN— y ha recordado a menudo que son varios los países europeos —por no hablar de EEUU— que están inmersos en conflictos bélicos más numerosos, y de mayor entidad, que los que tiene que encarar Rusia. Dados estos antecedentes, lo común es que se deduzca, de la mano de un argumento respetable, que, pese a las apariencias, la política exterior rusa es, como lo era la de la URSS durante la guerra fría, fundamentalmente defensiva y responde al propósito mayor de romper un cerco externo urdido por el mundo occidental. Parece servida, en fin, otra conclusión: lo que se hace valer en Moscú responde a una idea clara de lo

que Rusia no desea ser, y no, en cambio, a un proyecto cristalino de lo que el país debe hacer.

CAPÍTULO 5

Rusofobia y rusofilia

Muchas de las percepciones sobre lo que ocurre en Rusia están indeleblemente marcadas por anteojos ideológico-emocionales que con alguna generosidad pueden resumirse en los conceptos de “rusofobia” y “rusofilia”. Si el primero, como el término lo indica, no aprecia otra cosa que elementos negativos en la vida y en la conducta rusa —o al menos los aprecia en determinados momentos de la historia—, el segundo observa en el país un modelo que —al menos, de nuevo, en algunos momentos— merece admiración e imitación. No está de más que agregue que en realidad las dos visiones que ahora me ocupan no son privativas de quienes observan a Rusia desde fuera: una y otra están presentes también, por el contrario, en la propia Rusia, en la que, como es sabido, menudean las reflexiones sobre la identidad autóctona.

Aunque, como puede intuirse, los elementos comunes a esos dos percepciones no son muchos, tiene su sentido identificar, someramente, algunos de ellos. El primero subraya que tanto rusófobos como rusófilos gustan de escoger los datos que interesan a sus tesis, y prescinden palmariamente de los que no, al amparo de ese discurso maniqueo al que me he referido en el prólogo de esta obra. De resultas, usan y abusan de estereotipos que se niegan terminantemente a contrastar con la realidad. Con semejantes mimbres no puede sorprender que muestren escasas cautelas a la hora de analizar sucesos controvertidos como los relativos a atentados terroristas presunta o realmente protagonizados por la resistencia chechena, a lo sucedido con el avión de la Malaysian Airlines derribado en la Ucrania oriental en 2014, a la naturaleza de las protestas del Maidán de

Kíev o a la condición y entorno del referendo de autodeterminación en Crimea. En lo que respecta a estos hechos, y a otros muchos, se imponen siempre relatos unilaterales en los que no hay lugar para la duda.

En las tomas de posición de tirios y de troyanos se barrunta, por otra parte, la común y mutua acusación de que rusófobos y rusófilos no hacen otra cosa que trabajar para los aparatos de propaganda correspondientes. Aldous Huxley nos explicó al respecto, por cierto, que "la filosofía nos enseña a dudar de lo que nos parece evidente. La propaganda, por el contrario, nos enseña a aceptar aquello de lo que sería razonable dudar". Unos y otros manejan un arsenal conspiratorio más que notable, al tiempo que aceptan, claro que desde perspectivas diferentes, que Rusia es un país excepcional, ontológicamente entregado, según opiniones, a la agresividad más extrema o a la muy respetable voluntad de defenderse frente a un mundo exterior hostil. No está de más que añada que la rusofobia y la rusofilia no son en modo alguno privativas de las expresiones burdas y panfletarias de los discursos políticos: alcanzan con frecuencia, antes bien, y de manera ostentosa, a discursos académicos que sobre el papel, y conforme a una visión un tanto agostada, deberían estar libres de estas tentaciones. Se prestan, en fin, a lecturas enfrentadas: nada me cuesta admitir que, a los ojos de algunos, las tesis defendidas en esta obra hacen de ella un texto rusófobo, en tanto a los ojos de otros la convierten, antes bien, en un trabajo de inspiración fundamentalmente rusófila.

LA RUSOFOBIA

Conviene dejar claro desde el principio que el fenómeno de la rusofobia no es reciente: remite, antes bien, a formas de contemplar la sociedad rusa y su conducta que hunden sus raíces en épocas lejanas, a menudo anteriores, por cierto, a la etapa soviética. Aunque con frecuencia se haya sugerido lo

contrario, tampoco se trata, por otra parte, de una realidad cuya condición se revele en exclusiva en el caso de Rusia. Baste con rescatar al respecto lo que han significado, con secuelas que llegan a nuestros días, la sinofobia, la anglofobia, la germanofobia o la francofobia, por no hablar, en un ámbito que trasciende las realidades propias de los estados y de sus mitologías nacionales, de la islamofobia o de la judeofobia. Cerraré el círculo con el recordatorio de que la propia rusofobia exhibe modulaciones diferentes según el lugar en el que cobra cuerpo. Hay, por así decirlo, una rusofobia francesa, otra inglesa y una tercera alemana[50], de la misma manera que en nuestros días se manifiesta con singular fuerza una rusofobia norteamericana. Y dentro de cada una de ellas despuntan, como no podía ser menos, modulaciones diferentes del fenómeno: está la rusofobia de Obama, y también la de los detractores de Obama. Para que nada falte, en suma, y como ya he adelantado, existe una rusofobia que nace en la propia Rusia.

Si se trata de escarbar en las que se antojan las bases conceptuales de la rusofobia, y aun con las cautelas que se derivan, por fuerza, de una casuística tan compleja como la que me ocupa, una primera bien puede aportarla la conclusión de que Rusia es una instancia intrínsecamente perversa, y ello por mucho que al respecto puedan hacerse valer —volveré sobre el argumento— versiones menos esencialistas y más coyunturales. Tras dejar de lado lo que no encaja, o no encaja fácilmente, en el esquema correspondiente, lo común es que la historia rusa se presente como una mezcla de terror, de sangre y de figuras autoritarias, como un amasijo de defectos que se revelaría a través de una lamentable combinación de tiranía y agresividad hacia el exterior. Ezequiel Adamovsky ha identificado algunas de las etiquetas comúnmente aplicadas a Rusia: barbarie, subdesarrollo, despotismo, totalitarismo, represión, comunismo, partido único, irracionalidad, ineficacia, opacidad, violaciones de los derechos humanos,

corrupción, expansionismo…[51]. Ninguno de esos rasgos remitiría, por otra parte, al pasado, de tal manera que su influencia sería perceptible en todo momento y lugar, al amparo de una insorteable conclusión: el observador nunca prescinde, entonces, de sus anteojos. Parece obligado certificar que la percepción —o las percepciones— que me atrae se asienta las más de las veces en un desconocimiento palmario de la historia rusa, de las condiciones del país y de sus intereses más elementales. Hablo de un desconocimiento que ha sido denunciado, por cierto, por persona ideológicamente tan connotada como el propio Henry Kissinger, quien se ha servido agregar que, en relación con Rusia, hay que buscar la reconciliación, y no la dominación[52]. En un terreno próximo, también es habitual que no se distinga entre los rusos y sus gobernantes, o que esa distinción, de hacerse valer, tenga un carácter fundamentalmente retórico. En otra de las versiones, de corte ciertamente distinto, el buen pueblo ruso —a diferencia, al parecer, de lo que ocurre con nosotros— estaría permanentemente engañado por sus gobernantes.

Claro es que entre las bases conceptuales de la rusofobia se cuenta otra de relieve singular: la certeza en lo que se refiere a la superioridad ontológica de Occidente y la paralela certificación de que la conducta de los países occidentales es siempre pulida, respetable y generosa, de tal manera que a éstos no se les puede atribuir responsabilidad alguna en lo que respecta a hechos reprobables. Al amparo de esta doble presunción salta a la vista que es Rusia la que pone en peligro la seguridad de los demás —es siempre Rusia la que provoca y desafía— y no hay hueco alguno para la idea de que Moscú pueda sentirse también en peligro, pese a que muchos datos así lo aconsejen concluir[53]. La desaparición de la URSS debería haber abierto el camino, por otra parte, a la “normalización” de Rusia, entendiendo por tal la asunción por ésta de las reglas propias de un

endiosado mundo occidental y, al tiempo, su sumisión a este último, conductas ambas que habrían sido recompensadas, de producirse, con una formidable ayuda económica. Rusia no tiene, por lo demás, el derecho a ser una gran potencia, y ello en virtud, naturalmente, de un criterio perfilado de manera unilateral por quienes lo formulan[54].

Todas las conductas occidentales están movidas, entre tanto, por el deseo, altruista, de garantizar el progreso y los derechos humanos. Si la OTAN se amplía, ello es así, exclusivamente, de resultas de una demanda de los países candidatos, cuyas poblaciones ejercen, impolutamente, sus derechos democráticos, sin que de por medio se revele ningún interés subterráneo. La superioridad moral, incontestable, del modelo occidental —sea lo que sea lo que signifique éste— otorga derechos de intervención e imposición, de tal suerte que por delante hay siempre un claro "nosotros" enfrentado a una sociedad arcaica y primitiva como la rusa, alejada de las virtudes del *business* y de nuestra vida acelerada. La presunción de que Occidente tiene un derecho ilimitado a intervenir, en provecho de sus posiciones, en cualquier escenario y de cualquier forma, se ve acompañada de la inferencia de que a los demás no les asiste, en cambio, semejante derecho. Acaso no hay mejor ilustración de la prepotencia occidental que el hecho frecuente de que, incluso en el marco de aquellos discursos que no son rusofóbos, como es el caso de los expresados por Stephen F. Cohen y Vladímir Pozner en un libro titulado *Should the West Engage Putin's Russia? The Munk Debates*, esos discursos critican, ciertamente, muchas políticas occidentales precisas, pero no asumen una contestación de lo que Occidente supone como un todo[55].

Con estos mimbres no es difícil que gane terreno un sinfín de fórmulas de doble moral. A su amparo siempre se sopesa qué es lo que Rusia debe hacer para satisfacernos, y no lo que debemos hacer "nosotros". Hay que di-

suadir a Rusia de que haga esto o lo otro, pero en modo alguno se entiende que Rusia pueda actuar de la misma manera. A diferencia de Occidente, cuyas políticas en modo alguno son agresivas e interesadas, y por otra parte, Rusia nunca hace nada generosamente. A Moscú se le afean conductas —así, las represalias comerciales sobre Ucrania— que se entienden respetables, en cambio, en el caso de las potencias occidentales. Rusia "chantajea" a sus vecinos mientras los países occidentales despliegan generosos acuerdos detrás de los cuales no hay interés espurio alguno. Lo que en lo que a Rusia atañe son agresivas invasiones, en el de las potencias occidentales se presentan como tranquilas y humanitarias operaciones de paz, condición que ha llegado a invocarse para describir la agresión militar estadounidense en Iraq… Los "errores" occidentales son el producto de desviaciones menores con respecto a un modelo que seguiría siendo razonablemente saludable y vigente, en tanto los desafueros rusos serían la consecuencia de la inevitable y despreciable ignominia de un patrón injustificable e irreformable. Aunque Rusia es, con toda evidencia, un país más "democrático" que China, a la primera se le reprocha un sinfín de conductas que pasan inadvertidas en la segunda.

Una pregunta decisiva, insorteable, es la relativa a cuáles son los intereses a los que suele responder la rusofobia. Creo que en este caso la respuesta es sencilla: la confrontación con Rusia interesa por cuanto permite mantener en pie negocios y dispositivos, y justifica, en particular, políticas de franco rearme. George Kennan afirmó, poco antes de morir, que era inevitable que la guerra fría se mantuviese en pie, toda vez que su prosecución estaba claramente en las expectativas del complejo industrial-militar norteamericano[56]. Esto al margen, la confrontación que me ocupa se beneficia de una inercia que viene del pasado, y que hunde sus raíces, como poco, en la guerra fría recién mencionada. En la trastienda está el deseo,

firme, de que lo que por muchos conceptos se antoja un enemigo ficticio e imaginario se convierta en un enemigo real y permita fortalecer la unidad propia. Al cabo se perfilan argumentos interesados, que se asientan en la idea de que a Rusia le beneficiaría asumir una conducta menos agresiva y más colaboradora, o, lo que es lo mismo, que las más de las veces le convendría plegarse sin dobleces a las imposiciones occidentales.

Mettan entiende que el discurso rusófobo se articula en dos fases. Si la primera se despliega en el mundo de los medios y de las universidades, la segunda se vincula con la fabricación de un metarrelato en virtud del cual, y hoy, el presidente Putin se nos presenta como el “feroz oso ruso”[57]. Hay, por lo demás, una rusofobia de estado y otra mal que bien independiente de este último. Una y otra identifican del lado de Rusia, de cualquier modo, un formidable aparato de comunicación encaminado a manipular manifiestamente hechos y políticas. Tiene gracia que desde nuestros medios de comunicación, o desde muchos de ellos, se critiquen las manipulaciones a las que se entregaría *Russia Today* mientras nadie recuerda lo que supusieron en el pasado, como aparatos de propaganda, *Radio Liberty* o *The Voice of America*, y lo que transmiten hoy en día tantos medios occidentales. Echaré mano al respecto de un ejemplo próximo: las personas, periodistas o no, que escriben en el diario madrileño *El País* muestran por lo general un tono rusófobo que se acompaña, claro, de la renuncia a cualquier cuestionamiento franco de las políticas occidentales. Es infrecuente, por otra parte, que un canal de televisión emita entre nosotros un reportaje sobre Rusia que no sea un encadenamiento de imposturas y desgracias. Al tiempo, y como parece inevitable, se ha registrado una visible marginación de las voces disidentes, a menudo sobre la base de la certeza de que quien no acepta las reglas que impone el código rusófobo al uso, o bien trabaja para Moscú, o bien simpatiza lamentablemente con realidades

impresentables, o bien permite que sus palabras sean interesadamente utilizadas por el aparato de propaganda del Kremlin[58]. Quien disiente, en otras palabras, lo hace porque tiene pocas luces o porque está a sueldo del enemigo. En semejante teatro es frecuente que ganen terreno las manipulaciones más groseras. ¿Cuántas veces no se habrá manifestado una opinión que señala, sin rebozo, que, como quiera que el Frente Nacional en Francia critica a la UE y a la OTAN, estas dos organizaciones tienen que ser por fuerza más saludables que nunca?

Obligado es que vuelva, con todo, sobre algo que me ha atraído de forma superficial: el carácter interesado de buena parte de los discursos rusófobos exige que éstos se moderen, incluso que desaparezcan, en determinados momentos en los cuales lo que ocurre en Rusia se antoja beneficioso para el mundo occidental. En la década de 1990 el primer presidente de la Rusia independiente, Yeltsin, fue presentado como un héroe nacional que hizo frente a los viejos aparatos, abrió el camino a la democracia liberal y a la economía de mercado, disolvió la URSS y asumió una política de cooperación con Occidente. Si cometió errores —se nos dice—, fue porque no disfrutó de la adecuada mayoría parlamentaria, y no porque se hiciese rodear de un puñado de inmorales oligarcas. Y es que en los años de presidencia de Yeltsin se impuso una cortés rusofilia, sobre la base —cabe suponer— de la intuición de que el presidente era bueno porque era sumiso. A Yeltsin se le toleraron inopinadamente la demanda de poderes especiales para su persona, el establecimiento de un estado de emergencia, la derogación de una Constitución y la disolución *manu militari* de un parlamento. Se hizo la vista gorda, también, ante el visible apoyo que la candidatura presidencial de Yeltsin mereció en 1996 de los oligarcas recién mencionados, a cambio, claro, de la privatización de los segmentos más golosos de la economía pública. Se pasó por alto, en fin, el efecto que la

alcoholemia del presidente tuvo en materia de congelación de un sinfín de decisiones y políticas. Si la corrupción —se señala hoy— lastra llamativamente a la Rusia de Putin, parece que no hubiese desempeñado papel alguno, por el contrario, en la de Yeltsin. Muchas de las concesiones realizadas a éste no eran, bien es cierto, sino una continuación de las que antes habían beneficiado a Gorbachov, de nuevo sumiso y conciliador.

EN BUSCA DE LA RUSOFOBIA DE HOY

Conviene prestar atención a algunas de las manifestaciones del discurso rusófobo que se refieren a lo ocurrido, en los tres últimos lustros, en la era de Putin y Medvédev. Una de ellas, decisiva, someramente mencionada ya, asume un ejercicio de franca demonización de la figura del primero de ellos, presentado siempre como un político agresivo y mentiroso, en el que en modo alguno se puede confiar. Es difícil encontrar algún rastro de lecturas similares en lo que respecta a la condición de los diferentes dirigentes occidentales. Una y otra vez se recuerda, por otra parte, que Putin trabajó como "espía" al servicio del KGB. Giulietto Chiesa ha subrayado, con criterio, que no es frecuente, en cambio, que se mencione que Bush padre, el otrora presidente norteamericano, había sido máximo responsable de la CIA[59]. Si Putin, un estímulo mayor para la rusofobia, es descrito, sin más, como un represor en el plano interno y como un agresor en el externo[60], su figura reclama que en su caso se critiquen agriamente políticas que en el de Yeltsin se ensalzaban o, al menos, se toleraban.

Claro es que, más allá de las miserias que se aprecian en la figura de Putin, lo que despunta es el designio de identificar, del lado de Rusia, inquietantes ínfulas imperiales que quedarían resumidas en el designio de alentar una nueva guerra fría creada, en solitario, por Moscú y siempre alejada de intereses comprensibles y respetables. Detrás de la política de

Putin no hay, de resultas, sino aberraciones: un nacionalismo extremo, un franco desprecio de los demás y un deseo inmoderado de reconstruir un imperio[61]. Un elemento decisivo en la estrategia rusa sería, por añadidura, la búsqueda de la colaboración, o al menos del silencio, de políticos occidentales[62]. Lo que se viene a defender, en suma, es que hay un plan maestro de Moscú para acabar con los valores del mundo occidental, un plan que acarrea, por necesidad, un sinfín de provocaciones. De tal plan forman parte elementos varios como el control de las economías locales, la compra —acabo de señalarlo— de responsables políticos, la apuesta por el desmembramiento de los estados y el despliegue de activas operaciones de propaganda, elementos todos ellos que, al parecer, nada tienen que ver con el proyecto abrazado por EEUU y las potencias occidentales. Conforme a esta percepción, Putin es un genuino, y malévolo, estratega, y en modo alguno un político pragmático. Por muy difícil que lo tenga, con un PIB que es —lo repetiré— una cuarta parte del chino y una octava del norteamericano, Rusia desearía, por otra parte, acceder a una posición hegemónica en la economía mundial.

Los argumentos unilaterales, dramáticamente distorsionadores de la realidad, se han abierto camino ante todo para retratar las llamadas “revoluciones de colores” y para describir la crisis ucraniana de 2013-2014. En relación con las primeras, Estados Unidos y sus aliados no habrían desempeñado papel alguno: georgianos y ucranianos querían, simplemente, un modelo como el occidental. Aún quedan por ahí descripciones del presidente georgiano, Saakashvili, que dibujan un político honrado, un tecnócrata eficiente e imaginativo, y un escrupuloso defensor de la ley. En Ucrania, entre tanto, el objetivo occidental no habría sido otro que propiciar un gobierno democrático y transparente. De por medio, el lenguaje desarrolla su bien conocida función manipuladora: los “rebeldes

separatistas" de Lugansk y Donetsk, y los "terroristas armados por Rusia", se enfrentan a los "soldados del ejército regular ucraniano"[63]. Como es bien sabido, los "terroristas" son siempre los otros. No falta quien recuerde, más aún, que hubiera sido preferible que Ucrania no hubiese renunciado a las armas nucleares presentes en su territorio a principios de la década de 1990… Se sobreentiende, en fin, y retomaré el argumento, que Rusia nunca está respondiendo a lo que hacen las potencias occidentales: su conducta obedece a un autónomo proyecto de recuperación agresiva de una gran potencia, bien ilustrado por el hecho de que la anexión de Crimea, según esta visión, habría sido planificada desde mucho tiempo atrás. Agregaré que si las tesis conspiratorias menudean del lado ruso, tampoco están ausentes en la propaganda occidental. Recordaré al efecto la sugerencia de que los submarinos rusos podrían dañar los cables que permiten, bajo el océano, muchas comunicaciones y dejarnos en una especie de oscuridad informática, y la de que las capacidades de los *hackers* rusos podrían dañar seriamente el buen derrotero de un sinfín de actividades económicas y comerciales. O rescataré la tesis, muchas veces esgrimida, que, rizando el rizo, asevera que la presencia de fuerzas de extrema derecha en el Maidán ucraniano habría sido instigada y financiada por la propia Rusia.

Acaso el objetivo mayor del discurso rusófobo no es debilitar a Putin —un designio que podría entenderse—, sino debilitar a Rusia como un todo, rechazando el horizonte de una relación equilibrada y respetuosa. De ese proyecto participarían elementos varios como operaciones de aislamiento, sanciones o la defensa interesada, según conviene, del derecho de autodeterminación. Más allá de lo anterior, y sin embargo, el discurso que me ocupa procura subrayar lo que entiende que es la impresentable debilidad de unas respuestas, las estadounidenses, que, muy condescendientes, en particular en los años de presidencia de Obama,

habrían dado alas a las posiciones duras en Rusia. Desde esta perspectiva, el "rearme ruso" dejaría en situación muy delicada, en particular en el terreno de las armas nucleares estratégicas, a EEUU y a sus aliados, en un escenario en el que las conversaciones de control de armamentos, con excepción de las etapas de Reagan y Bush padre, habrían sido astutamente empleadas, en provecho propio, por Moscú.

Martin Malia ha señalado, con buen criterio, que la rusofobia es antes una respuesta a las carencias del propio mundo occidental que un fenómeno que tenga que ver con lo que, en términos objetivos, ocurre en Rusia. "El choque entre la imagen idealizada de sí mismo y la cruda realidad reflejada por Rusia explicaría el proceso occidental de demonización de ésta. A la inversa, cuando Occidente se halla en una fase de duda, tiende a idealizar a Rusia. Para Occidente, Rusia, con su población blanca de ojos azules, con su religión y su cultura, representa una faceta del propio yo", aclara Guy Mettan[64]. Así las cosas, tras la rusofobia parece haber a menudo una conciencia, paradójica, de lo cerca que los rusos están, en todos los ámbitos, del mundo occidental. En este sentido, y a los ojos de Alain Besançon, Rusia habría desempeñado con frecuencia el papel de pantalla en la que se han proyectado nuestros fantasmas, desde la monarquía religiosa hasta la revolución proletaria[65].

¿QUÉ ES LA RUSOFILIA?

Admitiré que en una primera lectura la rusofilia es un sentimiento respetable. Qué habría de malo en sentir atracción y simpatía por un país, por su cultura y por sus gentes. Salta a la vista, sin embargo, que no es esa actitud la que me va a atraer aquí, sino otra bien diferente que, de manera manifiestamente acrítica, no aprecia en la realidad rusa, o al menos en la realidad rusa contemporánea, sino un dechado de perfecciones que no

merece discusión. Esta percepción pervive con claridad en un momento como el actual, y ello pese a que Rusia arrastra una mala imagen general en el mundo occidental, acaso peor que la que correspondió en el pasado, y en muchos momentos, a la extinta Unión Soviética.

Aclararé que la rusofilia que me va a atraer en este epígrafe es un fenómeno comúnmente reciente, o al menos lo es en el caso de lo que llamaré, con más de una licencia que cabe esperar disculpe el lector, "rusofilia de derechas". Como se apreciará inmediatamente, aunque en una primera instancia procuraré identificar algunos rasgos comunes a las diferentes rusofilias, al final me veré en la obligación de distinguir entre aquellas que surgen de la derecha y aquellas que beben de una vena formalmente izquierdista. Porque lo cierto es que la propuesta rusa contemporánea es lo suficientemente ágil como para colmar razonablemente las aspiraciones de gentes ubicadas en posiciones ideológicas muy distintas. Tal y como lo recuerda Hénin, en este caso con buen tino, a los conservadores les ofrece "valores" que permiten hacer frente a la "decadencia", a los empresarios les otorga posibilidades en mercados prometedores, a los militares les regala la lucha contra el terrorismo islamista y, en suma, a las gentes de izquierda les proporciona una perspectiva de aparente resistencia frente a oligarquías y globalizaciones[66].

Si, tal y como acabo de prometer, me lanzo a la tarea de identificar un puñado de rasgos comunes a las diferentes formas de rusofilia, el primero bien puede ser lo que se antoja una notoria debilidad argumental que en buena medida bebe de un procedimiento muy conocido: arrinconar todo aquello que no encaje con las percepciones defendidas o que obligue a revisarlas y matizarlas en uno u otro grado. En este terreno, la rusofilia muestra la misma vocación acrítica que la rusofobia y al cabo dibuja un

horizonte caracterizado por una tesis fuerte: Rusia siempre actúa de manera comedida y racional, procurando acrecentar el bien de todos. Es llamativo que las diferentes versiones de la rusofilia no alberguen, por ejemplo, ninguna duda en lo que hace al significado de la "democracia soberana", como si ésta no encubriese un sinfín de dobleces. Bien está que se invite a dudar de la condición de la democracia liberal, pero deducir de ello que el modelo ruso es impoluto parece que es ir demasiado lejos. Sobre la base de la certeza de que lo de la democracia soberana obedece al propósito mayor de subrayar que el patrón ruso es tan legítimo como el occidental, la única esencia palpable que acompaña al concepto es el deseo de evitar injerencias foráneas[67]. De lo que se trata, en paralelo, es de discutir lo que se entiende que es la percepción occidental sobre los derechos humanos y las libertades, de la mano de lo que en algunos casos —cierto que pocos— es una aparente defensa de formas de democracia directa que eventualmente guardarían relación con el mundo de la vieja comuna rural y que, en realidad, ocultarían el vigor de una "vertical del poder" manifiestamente autoritaria y represiva.

Desde la perspectiva rusófila, y por otro lado, todos los males que se revelan en Rusia y en su entorno son el producto de la insania de las potencias occidentales. Cuando los manifestantes se reúnen en calles y plazas en Kíev, en Belgrado, en Tbilissi o en Moscú no se adivina que pueda existir alguna razón para ello: sólo se aprecian las secuelas de una lamentable manipulación teleguiada por personas muy inteligentes y capaces. Una manipulación que, por lógica, obliga a las fuerzas policiales a actuar con la preceptiva contundencia. En Rusia no hay, de resultas, problemas que justifiquen la presencia de oposiciones y resistencias. En realidad, y según una versión muy extendida de los hechos, esas manifestaciones responderían a un propósito aún más grave: el de dañar

irreparablemente la relación de Moscú con Occidente.

Otro elemento común a la rusofilia de izquierdas y de derechas es la admiración ante lo que Rusia parece ofrecer, en la forma de un sistema político, un orden social y un cuerpo ideológico que permitiría hacer frente convincentemente a las miserias de las sociedades occidentales. Al calor de una visión claramente idealizada, la Rusia de Putin sería, entonces, la última esperanza de salvación. El argumento comúnmente se adereza con otro que sugiere que para los rusos la libertad es la independencia y la soberanía, de tal suerte que, al amparo de estos dos fetiches, ninguna atención corresponde prestar a las tensiones sociales internas y, claro, a algo que huela a lucha de clases. Es tristemente habitual, en este orden de cosas, que los rusófilos concentren toda su atención en las elites dirigentes y en su razón de estado, de resultas de un juego de poderes en el que las gentes de a pie no desempeñan papel alguno.

Cierto es que en ocasiones la posible idealización de la Rusia de estas horas obedece a otro mecanismo mental: el de dar réplica rápida a las simplificaciones y distorsiones propias del discurso rusófobo. No está de más que, para apuntalar esta idea, recuerde nombres como los de Hélène Carrère d'Encausse o Martin Malia, otrora críticos impenitentes, a menudo desbocados, de lo que fue la URSS. Sin desdeñar una posible sintonía entre estos dos estudiosos y la rusofilia de derechas, más bien parece que en su caso la invitación a asumir discursos más abiertos y concesivos es una reacción ante la ignorancia y el sectarismo de la rusofobia al uso. Hay, con todo, otros ejemplos llamativos, como el del propio, y ya mentado, Brzezinski, quien en sus últimos años, y pese a lo que he recordado en el capítulo anterior, defendió un acercamiento entre Rusia, China y Occidente para de esta forma hacer frente a un caos que nos acosa por doquier…

LA RUSOFILIA DE DERECHAS

Desde la perspectiva de la rusofilia de derechas, Putin se presenta como un dirigente providencial que, fuerte y decidido, reproduce en los hechos muchos de los tópicos de los caudillos fascistas. Defensor de las raíces cristianas de Europa, contrapeso sugerente ante la decadencia de Occidente y preocupado por la pérdida de valores y de identidades que comúnmente se vinculan con el cristianismo, el presidente ruso sería la ejemplificación perfecta de los líderes políticos que, conforme a esta percepción, faltan en el mundo occidental. La visión que me ocupa queda acaso bien reflejada en las palabras de Vladímir Medinski, el polémico ministro de Cultura ruso:

> Rusia será, quizás, uno de los últimos guardianes de la cultura europea, de los valores cristianos y de la verdadera civilización europea. […] Ello será así aun cuando sea de Europa de donde nos han llegado corrientes ideológicas como el racismo, el fascismo, el ateísmo vulgar, el comunismo que teoriza el "odio de clases", todas ellas teorías occidentalistas por origen y por espíritu. Y ello por no hablar de los préstamos occidentales más recientes, como el culto a la ganancia, el antipatriotismo, el rechazo de la familia y de la moralidad tradicionales. […] Quizás veremos a Rusia en el papel de guardiana de la cultura europea, de los valores cristianos y de la civilización auténticamente europea[68].

La gestación de una rusofilia de derechas guarda relación, ciertamente, con la aparición de una derecha que, en Europa, critica agriamente a EEUU y a la OTAN, por entender que el gigante norteamericano y la alianza militar que encabeza se caracterizan por una lamentable laxitud y por su apego a degradados valores morales. Ante semejante panorama, la firmeza rusa en Siria contrastaría poderosamente con la pusilánime dejadez occidental. Recordaré al respecto que, en singular, el Frente Nacional en Francia ha asumido posiciones que tradicionalmente lo eran de izquierda, como es el caso de la demanda de salida de la OTAN y de la UE, o de la postulación de una alianza, antiestadounidense, con Rusia. Por razones obvias, a Moscú le interesa respaldar posiciones como ésas, que revelan una curiosa división dentro de la derecha: si para unos —los rusófilos— la

Rusia de Putin nada tiene que ver con la URSS de antaño, para otros —los rusófobos— es la URSS renacida. Ya he señalado, por lo demás, que no deja de ser llamativo que analistas conservadores que son expertos en Rusia, y que de siempre se mostraron como críticos impenitentes de lo que significó la URSS, declaren comprender en estas horas muchos de los términos de la política de Putin.

Hay que subrayar, también, la proximidad de Putin con dirigentes como Marine Le Pen —su padre, Jean-Marie, no ha ahorrado elogios cálidos al presidente ruso[69]—, el primer ministro húngaro Viktor Orbán —se ha opuesto a las sanciones contra Moscú y ha colaborado activamente con Gazprom— o los responsables de la Liga Norte italiana. En este magma a duras penas sorprenderá que se acumulen las noticias que dan cuenta de la financiación desde Rusia, a través de unos u otros canales, de fuerzas políticas como el mentado Frente Nacional francés o Amanecer Dorado en Grecia. A buen seguro que no es preciso agregar, claro, que hay muchas fuerzas de extrema derecha que siguen siendo hostiles a lo que Putin significa y hace.

LA RUSOFILIA DE IZQUIERDAS

Aunque la rusofilia de izquierdas presenta algunos rasgos comunes —ya los he glosado— con la de derechas, exhibe también, como cabe suponer, diferencias importantes. Conforme a una visión de los hechos, esta modalidad de rusofilia sería bastante más frecuente cuanto más hacia el sur nos movemos en el planeta y más nos alejamos de las zonas abrasivamente controladas por el mundo occidental. O, lo que es lo mismo, sería tanto más común en aquellas áreas en las cuales se aprecia con claridad el deseo de que exista un contrapeso a las políticas occidentales. Reconoceré, aun así, que semejante intuición es polémica. Un estudio realizado en 2014

concluyó que sólo un 24 por ciento de los brasileños tenía una imagen positiva de Rusia, frente a un 59 por ciento que alimentaba una imagen negativa; los porcentajes correspondientes eran, entre tanto, de un 25 y un 51 por ciento en Sudáfrica. La excepción importante la aportaba China, en la que un 66 por ciento de los encuestados tenía, llamativamente, una imagen saludable de Rusia, frente a un 23 por ciento que arrastraba una percepción negativa.

Las cosas como fueren, es indiscutible que la rusofobia de izquierdas atiende a un propósito principal: el de dar réplica al formidable ocultamiento de intereses y políticas, y a las numerosas manipulaciones, que ve la luz en el mundo occidental. Cierto es que esa réplica no suele caracterizarse por el despliegue de las esperables cautelas a la hora de analizar los hechos: como quiera que los medios occidentales manipulan, pareciera como si bastase con decir lo contrario de lo que afirman aquéllos, al amparo de un permanente ejercicio de reordenación de los datos que permite que la Rusia de Putin tenga siempre la razón en todos los ámbitos.

En la rusofilia que ahora me ocupa se aprecia las más de las veces, por otra parte, una valoración cariñosa de lo que fue y significó la Unión Soviética. La disolución de la URSS fue, desde esta perspectiva, el producto de una conspiración exterior en la que se dieron cita la presión militar occidental, los bajos precios del petróleo y los efectos de una propaganda malsana, sin que, de resultas, se invoque en momento alguno el papel de la burocracia dirigente y sus miserias, y sin que, en paralelo, se identifiquen problemas internos de enjundia. La conciencia, muy putiniana, de la tragedia que acompañó a la desaparición de la URSS y a la agresiva política occidental subsiguiente no ha acarreado, sin embargo, una voluntad paralela de discutir críticamente la condición del modelo soviético. Tampoco se ha manifestado, en suma, ningún propósito de considerar en qué medida Putin

ha tirado por la borda buena parte del acervo de la URSS de antaño, de la mano, por ejemplo, del asentamiento de uno de los países más desiguales del mundo contemporáneo. Lo común en la rusofilia de izquierdas es que se guarde silencio ante lo que significan los oligarcas y la corrupción, o ante esa mezcla de nacionalismo de estado, valores tradicionales y capitalismo a menudo salvaje que despunta en la Rusia de estas horas. El lógico disfrute que provoca en los rusófilos de izquierda la decisión de Moscú de publicar informes sobre los derechos humanos en los países occidentales, y de crear, al tiempo, "institutos de democracia y desarrollo" en estos últimos, no se completa, claro, con el designio de formular preguntas delicadas en lo que hace al derrotero de esos mismos derechos en la propia Rusia. Más allá de lo anterior, los círculos que ahora me atraen no parecen interesados en responder a una cuestión central: ¿qué hay de izquierdas en el modelo abrazado por Putin?

Por lo que se refiere a la visión del panorama internacional que postula la rusofilia de izquierdas, lo primero que hay que señalar es que con mucha frecuencia bebe de una crítica consecuente, y respetable, de la política occidental. Es habitual, en particular, que esta modalidad de rusofilia acierte a la hora de desvelar los intereses que rodean a esa política, bien manifiestos, por rescatar un ejemplo entre muchos, a través del recordatorio de la importancia que en un conflicto como el sirio corresponde a la trama de gasoductos y oleoductos. Aparte lo anterior, y en un terreno menos respetable, la rusofilia que me atrae muestra un visible hechizo por proyectos autoritarios y represivos. No tiene al respecto ningún problema en respaldar a la Serbia de Slobodan Milosevic, al Iraq de Saddam Hussein, a la Libia de Muammar Al Gaddafi o a la Siria de Bachar Al Assad. En todos estos casos se acepta sin rechistar la presunta condición socializante y tolerante de los sistemas correspondientes, y se esquiva cualquier

consideración en lo que se refiere al papel que dirigentes políticos como los mencionados han desempeñado, o desempeñan, en materia de despliegue de la lucha de clases, desde arriba, en los países respectivos. Al final lo que parece imponerse es, sin más, la idea de que quienes pueden pasar por dictadores son respetables si se enfrentan, o aparentan enfrentarse, a EEUU. En este mismo orden de cosas, a duras penas sorprenderá que la rusofilia de izquierdas no tenga mayor problema en dar por buena esa singularísima combinación de autoritarismo burocrático y capitalismo salvaje que es la China de hoy.

Como acaso es, de nuevo, inevitable, la rusofilia de izquierdas recurre con frecuencia a fórmulas de doble moral. Ahí está, para testimoniarlo, el uso interesado del derecho de autodeterminación, defendido cuando conviene —Crimea, Abjasia, Osetia del Sur, Lugansk, Donetsk— pero rechazado cuando no —Kosova, las repúblicas antaño yugoslavas—. Todo vale, por lo demás, aunque la conducta de los agentes mute abruptamente: si antaño el primer ministro turco, Erdogan, era vivamente demonizado como lacayo al servicio de EEUU, el cambio registrado con posterioridad invita a elogiar la amplitud de miras del dirigente turco, mientras una y otra vez se olvida, en la trastienda, la cordial relación de Putin con Israel, acaso justificada como pragmática política de estado. Que los mecanismos de defensa de un rigor elemental no siempre funcionan lo ilustra, en fin, la queja que Giulietto Chiesa enuncia ante la petición del hoy presidente ucraniano, Poroshenko, encaminada a que a Rusia se le prive de su derecho de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU[70]. Cabe preguntarse en dónde han quedado, a los ojos de Chiesa, las demandas, de largo aliento, que reclamaban la definitiva desaparición de ese derecho, en el caso de Rusia y en el de los otros miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

Tres son los hitos fundamentales a los que suele prestar atención cumplida la rusofilia de izquierdas. El primero lo configuran las "revoluciones de colores", producto, sin más, y desde esta percepción, de la presión y de la manipulación occidentales, toda vez que en los países en los que se desarrollaron no había, al parecer, ningún problema: ni corrupción, ni injusticias, ni violaciones de derechos… El segundo lo aporta, cómo no, la crisis ucraniana de 2014, en la que se habrían dado cita manipulaciones sin cuento: sobre la base de la intuición de que antes de finales de 2013 en Ucrania no despuntaba, de nuevo, ningún problema de relieve, la rusofilia de izquierdas ha invocado una y otra vez el peso que la extrema derecha, omnipresente, habría desempeñado en el gobierno de Kíev, la conspiración norteamericana, la bondad congénita de Yanukóvich y, en suma, el orgullo del proyecto antifascista que se revelaría en Lugansk y Donetsk. Aunque no hay ningún motivo para negar la presencia de "antifascistas" en esas dos regiones, malo será que se olvide que la Constitución de la república de Donetsk es —ya lo he mencionado en el capítulo anterior— una mezcla, pulidamente putiniana, de nacionalismo ruso, valores tradicionales, Iglesia ortodoxa y… economía de mercado. El tercer, y último, hito lo proporciona el magma del islamismo radical, que a los ojos de los rusófilos de izquierda habría sido creado y financiado por los países occidentales, y en singular por EEUU, o por sus aliados regionales en el Oriente Próximo. Si no hay mayor problema para aceptar ese vínculo, sí que lo hay, por el contrario, a la hora de emplearlo como una explicación que daría cuenta de todas las tensiones en todos los lugares. La rusofilia de izquierdas no tiene ningún interés, así, en escarbar en el significado del genocidio checheno. Le basta con describir a los chechenos como terroristas sin acometer ninguna consideración del conflicto de fondo y sin desplegar ninguna contestación de la política rusa. Uno de los rusófilos de izquierda cuya obra me ha

atraído en varias ocasiones en este texto, Mettan, se equivoca palmariamente cuando afirma que quienes han denunciado las acciones del ejército ruso en Chechenia no han hecho lo propio, en cambio, con las de las fuerzas armadas occidentales en Afganistán e Iraq[71].

CAPÍTULO 6

Un balance general recordatorio

1

Cuando se habla de Rusia es importante, siempre, referirse a la dureza de un escenario histórico y geográfico que ha marcado poderosamente la condición del país. Lo primero que conviene subrayar al respecto es que la cordillera de los Urales, que es el imaginario límite que separa Europa y Asia, nunca ha servido para impedir la llegada a Rusia de un sinfín de pueblos que, comúnmente con intenciones poco amistosas, procedían ante todo de las llanuras del Asia central. En paralelo, las propias llanuras centroeuropeas no fueron impedimento para la arribada de los ejércitos de Napoleón, en 1812, y de Hitler, en 1941. De resultas, no queda más remedio que dar la razón a George Kennan cuando en su momento afirmó que Rusia es un país inmerso en un "sentimiento congénito de inseguridad", que, claro, mucho le debía a la geografía.

Esa inseguridad se vio fortalecida por un fenómeno importante: el hecho de que Rusia, a diferencia de Estados Unidos —separado por dos gigantescos océanos de las zonas de conflicto más calientes del planeta—, ha acogido en su territorio, en el último siglo y medio, un sinfín de conflictos bélicos extremadamente onerosos en términos de pérdidas humanas y de destrucción. Para ilustrarlo bastará con recordar lo ocurrido a lo largo de las dos guerras mundiales libradas en el siglo XX. Durante la segunda de ellas fallecieron 64 ciudadanos soviéticos por cada norteamericano, un dato, como tantos otros, visiblemente ninguneado en el mundo occidental. Según Matthieu Buge, si en 1945 un 57 por ciento de los

franceses pensaba que el mayor mérito de la derrota de la Alemania hitleriana correspondía a la URSS, en 2015 un 52 por ciento atribuía esa condición a EEUU, luego —cabe suponer— de un formidable ejercicio de propaganda muy vinculado con el contenido de un sinfín de películas norteamericanas[72]. El propio Buge recuerda que la segunda guerra mundial se ha convertido en el mito fundador de la imagen de Estados Unidos como garante de la paz planetaria, en franco olvido de los negocios de empresarios norteamericanos con la Alemania nazi, de las razones que guiaron a Washington a entrar en el conflicto o del olvido de lo que se sabía que ocurría en Auschwitz[73].

Un relieve no menor corresponde al clima. Volveré al efecto a una comparación entre Rusia y EEUU, y lo haré para recordar que la mayor parte del territorio norteamericano ocupa latitudes más meridionales que el grueso del territorio ruso. En Estados Unidos se registra una diversificación climática que permite albergar desde los rigores glaciales de Alaska hasta las cálidas temperaturas del Caribe, con consecuencias interesantes en términos de otra diversificación, ahora económica y comercial. Por el contrario, el hecho de que la mayor parte del territorio ruso se halle emplazada más al norte ha dificultado sensiblemente una diversificación como la descrita. El propio régimen de los ríos ha ayudado poco a Rusia. Mientras los ríos norteamericanos más importantes discurren de norte a sur, o de oeste a este, desembocan en mares cálidos y han podido ser empleados provechosamente en el terreno comercial, la mayoría de los ríos rusos relevantes —y en singular los siberianos— discurren, en cambio, de sur a norte, de tal forma que mueren en el océano Glacial Ártico y tienen una utilidad comercial muy limitada. Los problemas que la climatología y los ríos han supuesto para Rusia se han agudizado en el último cuarto de siglo, toda vez que, en sustancia, la desaparición de la Unión Soviética hizo que

Moscú perdiese manifiestamente capacidades de control en países situados fundamentalmente al sur del suyo propio.

Pero Rusia tiene que enfrentar, también, un llamativo problema de ausencia de salida permanente a mares cálidos. Si el Ártico —con excepción del puerto de Murmansk— y el grueso de la costa del Pacífico —al respecto lo que ocurra con las islas Kuriles es vital— exhiben ese rasgo, el Báltico y el Negro son mares semicerrados en los cuales las potencias occidentales disfrutan, por añadidura, de una manifiesta hegemonía; para abandonarlos, en cualquier caso, es preciso cruzar estrechos hoy por hoy en manos de países más bien hostiles. Ello es así, significativamente, pese a que Rusia cuenta con 47.000 kilómetros de costa y 20.000 kilómetros de fronteras terrestres. El problema que ahora me atrae justifica en alguna medida que en Rusia se otorgue un singular relieve geoestratégico y geopolítico a lugares que conforme a una lectura más convencional no parecen tenerlo.

Añadiré, en fin, que aunque es lícito concluir que Rusia acoge en su territorio las mayores reservas planetarias de las materias primas más dispares, incluidas las energéticas, arrastra al tiempo el problema de la inaccesibilidad de muchos de los yacimientos, de su lejanía y de un entorno natural difícil, circunstancias que acaso explican por qué en el pasado la institución estado adquirió un relieve tan inusitado: la explotación de esos yacimientos a duras penas podía ser acometida por la iniciativa privada.

Sobre la base de datos como los recién manejados, parece servida una conclusión: a la hora de juzgar los diferentes sistemas políticos que se han sucedido en Rusia en los últimos siglos —el zarismo, la Unión Soviética, la realidad propia de la Rusia de estas horas— es importante tomar en consideración factores como los mencionados. Y es tanto más relevante hacerlo si lo que se desea es asumir una comparación con la naturaleza de

Estados Unidos, un país visiblemente beneficiado por condicionamientos históricos y geográficos mucho más benignos.

2

Una de las tesis principales que he defendido en este libro es la que afirma que en Rusia despunta un poder mucho más débil de lo que las apariencias externas sugieren. Los medios de comunicación occidentales son comúnmente críticos con las políticas que abraza el actual presidente, Putin. No diré que las críticas en cuestión carecen de fundamento. Para justificar este reconocimiento basta con echar una ojeada al registro de Putin en lo que se refiere a derechos humanos, a lo sucedido en Chechenia o a un panorama social lastrado por desigualdades muy notables. Pero esos mismos medios dan por descontado, sin mayor discusión, que Putin es un dirigente fuerte que ha demostrado su capacidad a la hora de llevar a la práctica los proyectos que acaricia. Sobran los motivos, sin embargo, para recelar de esa conclusión. Putin no ha conseguido reenderezar convincentemente un maltrecho estado federal, no ha puesto firmes, pese a lo que reza la leyenda, a los inmorales oligarcas que en los hechos lo siguen dirigiendo casi todo, ha mantenido un panorama social —acabo de mencionarlo— caracterizado por desigualdades inquietantes, no ha cerrado convincentemente un conflicto ya atávico como es el de Chechenia y, de nuevo pese a las apariencias, no parece haber recuperado para su país un peso notorio en el concierto internacional. En este orden de cosas no está de más recordar que no faltan en Rusia quienes estiman que los problemas sólo empezarán a resolverse cuando desaparezca Putin del escenario, una idea muy similar a la que se hizo valer, por cierto, en los últimos años de presidencia de Yeltsin. Sería un error, por lo demás, concluir que el presidente ruso tiene un proyecto claro y cerrado, cuando todas las

evidencias sugieren que improvisa con frecuencia, algo que contribuye a difuminar el rigor de cualquier pronóstico sobre el futuro.

En un terreno próximo, y para retomar una idea que ya he manejado, sobran las razones para dar por bueno que Putin no es en modo alguno un dirigente político que disfrute de plena autonomía a la hora de adoptar decisiones. Es evidente que está obligado a aceptar presiones tan dispares como las que llegan de oligarcas viejos y nuevos, responsables de repúblicas y regiones, militares, formaciones nacionalistas de uno u otro cuño, la Iglesia ortodoxa y, también, las empresas occidentales radicadas en Rusia. Encabeza, por otra parte, un sistema en el que los apoyos políticos están muy marcados por intereses económicos nada presentables y muy lastrados por los estragos provocados por la corrupción.

Tampoco hay muchos motivos para concluir que la diplomacia desplegada por Rusia se caracteriza por su habilidad y eficacia. Bobo Lo ha señalado que hay que alimentar muchas dudas en lo que hace a la inteligencia, en el medio y en el largo plazo, de políticas que a primera vista se antojan sagaces y productivas: el grueso del territorio ucraniano parece perdido para la causa, Bielorrusia y Kazajstán muestran un celo cada vez mayor en lo que atañe a su soberanía, la OTAN ha descubierto, bien que interesada y retorcidamente, un sentido para su pervivencia que antes visiblemente le faltaba o, en fin, la dependencia de Moscú con respecto a China anuncia tensiones en el futuro. Rusia es, además, un país rodeado de estados conflictivos, más bien recelosos y, en muchos casos, enemigos, por mucho que Moscú, en un grado u otro, los controle, bien que no precisamente a través de un “poder blando”. Por añadidura, Rusia disfruta de pocos aliados evidentes. La nómina correspondiente, que incluye los nombres de Bielorrusia, Nicaragua, Siria, Sudán, Venezuela y Zimbabue, no permite augurar un horizonte halagüeño para la diplomacia del Kremlin,

que bien puede estar ganando algunas batallas a costa de perder, acaso, la guerra. El designio de recuperar un papel internacional de primer orden para el país reclama recursos que pueden empeorar, por otra parte, la situación interna y debilitar, paradójicamente, a Rusia. En singular, el creciente poderío militar anuncia una situación económica y social muy delicada que hace difícil imaginar que se asiente un proyecto genuinamente autónomo y de larga duración: la inserción en todos los ámbitos de la vida planetaria aconseja concluir que las posibilidades de ese proyecto son muy reducidas y que no resulta sencillo que, dadas estas condiciones, Rusia pase a encabezar un bloque ideológico vinculado con lo que a los ojos de Angela Stent sería una nueva "internacional conservadora"[74].

Nada de lo anterior significa, con todo, que Rusia carezca de activos relevantes. El país dispone, así, de importantísimas reservas de oro y divisas, disfruta de un amplio excedente en la balanza de pagos y debe hacer frente a una deuda externa en modo alguno onerosa. Atesora al tiempo, según una estimación polémica, un 45 por ciento de las reservas internacionales de gas, un 25 por ciento de las de carbón y un 13 por ciento de las de petróleo. Pese a lo anotado unas líneas más arriba, tanto Rusia como China son estados que mantienen cierta independencia en el escenario internacional. En el caso de Rusia, en singular, se hace valer un general rechazo de la perspectiva de que una única potencia dirija omnímodamente el mundo. El sentimiento correspondiente conduce al desarrollo de políticas antihegemónicas que, al menos en términos retóricos, son más recias que las chinas. Conviene repetir, aun así, que la independencia de Rusia se ve sensiblemente mermada por la significativa inserción del país en la economía global.

3

De resultas de lo anterior, parece servida la conclusión de que no hay motivos para identificar en Rusia un patrón de moralidad y eficiencia en política, en economía y en lo que atañe a la organización social. La impresión general, antes bien, obliga a apreciar un modelo autoritario, poco atractivo, que arrastra alarmantes injusticias, escasamente eficiente y con una deriva hacia posiciones manifiestamente conservadoras.

Me limitaré en este caso a glosar una dimensión principal de la discusión correspondiente y recordaré que sorprende que un analista respetado como Chiesa vea en Rusia el fermento de un nuevo modelo económico y social, lúcidamente consciente de los límites del planeta y alejado de la lógica especulativa característica del capitalismo occidental[75]. Ningún indicador permite apuntalar semejante conclusión en un lugar en el que se barrunta con facilidad una nada estimulante combinación de oligarcas, agresiones medioambientales, extractivismo y militarismo. El propio Chiesa atribuye a Rusia la condición de país llamado a evitar que la locura de los otros conduzca a una tercera guerra mundial[76] —de nuevo hay que aseverar que no hay ninguna señal sólida al respecto— y convierte a Moscú en adalid de la lucha internacional contra el terrorismo[77], sin hacerse preguntas, como por lo demás ocurre con los neoconservadores norteamericanos, en lo que hace a las causas de éste y a la idoneidad del término que lo describe. Algunas de las opiniones que gloso olvidan palmariamente, en paralelo, que entre los gobernantes rusos se hacen valer reticencias visibles en lo que se refiere a la realidad del cambio climático, mal que bien identificado, a menudo, como una exageración occidental y, desde otra perspectiva, ya señalada, presunta fuente de bienestar a través de un incremento de la superficie agrícola o de la manifestación de oportunidades en lo que respecta a la explotación de recursos y al transporte en el Ártico.

No parece fuera de lugar, por otra parte, que llame la atención sobre el

hechizo innegable que el “modelo chino” provoca en los gobernantes rusos. Se trataría, entonces, de restringir las libertades para afianzar el crecimiento económico, sin concesiones mayores a intereses foráneos. La apuesta por una modernización económica autoritaria se ve frenada, bien es cierto, por una clara conciencia de las dificultades de su aplicación en Rusia. Y por una no menos clara certeza de que hay graves problemas para determinar cuál habría de ser el arsenal ideológico —el euroasianismo no es una ideología — que Rusia se dispondría a defender. En el buen entendido, ciertamente, de que tampoco resulta evidente cuál es, pese a la retórica oficial, el que blande China.

Admitiré, aun así, que muchas de las carencias que acabo de identificar se ven mal que bien limitadas en sus efectos por el papel creciente que desempeñan los medios de comunicación rusos en el exterior. Algunos de esos medios colman, en un grado u otro, las demandas de muchos habitantes de los países occidentales que se sienten defraudados ante la miseria de sus sistemas políticos y ante las manipulaciones de los medios acompañantes. Es frecuente que los medios rusos, que acogen una mezcla de información seria y crítica, por un lado, y de noticias sensacionalistas, argumentos conspiratorios y, en dosis convenientes, propaganda putiniana, por el otro, ofrezcan algunas de las pocas posibilidades de información contestataria de las políticas de las potencias occidentales. Más allá de lo anterior, el aparato de comunicación ruso puede presumir de estar desarrollando de manera inteligente, y avanzada por cuanto prefigura tendencias del futuro, las posibilidades que ofrecen las redes sociales. En los últimos años se ha registrado una activa presencia rusa en el ciberespacio. Si en 2000 sólo un 2 por ciento de los rusos tenía acceso a Internet, en 2016 el porcentaje se elevaba a un 71 por ciento. El modelo correspondiente escapa, por lo demás, al control de empresas como

Amazon, Apple, Facebook y Google, al amparo de emporios como los que han configurado Ozon, Vkontakte o Yandeks, muy presentes, por añadidura, en varias de las repúblicas exsoviéticas. El país parece haberse pertrechado, por otra parte, con herramientas significativas en materia de "guerrilla cibernética", aun cuando la autoría de los ataques en cuestión esté sometida a controversias. Las crisis de Georgia en 2008 y de Ucrania en 2014 habrían sido, aun así, momentos relevantes en lo que respecta al despliegue de la "guerrilla" que me ocupa, que habría tenido acaso otra de sus manifestaciones en eventuales injerencias en la campaña presidencial norteamericana de 2016. Si hay, en suma, muchas razones para denunciar las manipulaciones a las que se entregan los medios rusos, sorprende que quienes han asumido con carácter monotemático semejante tarea no aprecien ningún problema en lo que hacen, con instrumentos de eficacia demostrada, el grueso de los medios occidentales.

4

Aunque nada está más lejos de la intención del autor que dar consejos a las potencias occidentales, y aunque personalmente las dos opciones que ahora formula le parezcan poco afortunadas, bien que por motivos distintos, parece obligado perfilar una pregunta principal: ¿qué interesa más a Occidente: una Rusia débil, sumisa, aislada y desmembrada o una Rusia razonablemente fuerte con la que se pueda negociar y que acarree menos problemas, amparada por una progresiva integración en procesos comunes? Creo que sobran los motivos para afirmar que el hostigamiento que Rusia padece en muchos ámbitos tiene consecuencias delicadas: propicia un enquistamiento de las posiciones en Moscú, siega la hierba por debajo de quienes en Rusia rechazan la confrontación, facilita un mayor acercamiento del Kremlin a China, genera un escenario cada vez menos predictible y, en

términos generales, anuncia una etapa prolongada de tensiones que bien podrían ir a más. Si, por otra parte, ese hostigamiento produce los resultados apetecidos, es muy improbable que un progresivo hundimiento de Rusia mejore sus relaciones con el mundo occidental; más razonable se antoja afirmar lo contrario. Cierto es, en paralelo, que la propia expresión "mundo occidental" arrastra más de un equívoco. Baste con recordar al respecto que Rusia es para la Unión Europea una materia mucho más sensible e importante que lo que lo es para EEUU. Esto al margen, hay que reconocer, también, que determinado tipo de aproximación entre las partes —Occidente y Rusia— puede tener dimensiones muy delicadas, como las vinculadas, sin más, con un acercamiento verificado sobre la base de la lucha contra el terrorismo o sobre la de una prosaica defensa, frente a terceras partes, de intereses comunes.

Rescataré, con todo, tres dimensiones relevantes presentes en estas disputas. La primera remite al estímulo que las políticas occidentales encaminadas a debilitar a Rusia pueden tener, con efectos paradójicos, sobre los flujos autoritarios en esta última. Esas políticas han generado un escenario inabordable para quienes, en Rusia, simpatizan con el mundo occidental, colocados ante actitudes y medidas a duras penas defendibles delante de la opinión pública local. Y eso que, como bien lo recuerda Edward Lucas, "el antinorteamericanismo ruso es suave comparado con la profundidad de ese sentimiento en supuestos aliados de Estados Unidos como Turquía, Pakistán, Francia, Alemania o el Reino Unido"[78]. No sólo se trata, claro, de lo mencionado: las políticas que me ocupan han propiciado que segmentos importantes de la sociedad rusa cierren filas en torno a Putin y su aparato de poder.

Conviene llamar la atención, en un segundo estadio, sobre la manifiesta inviabilidad del proyecto de aislamiento: "En este mundo globalizado es

imposible aislar a Rusia. Rusia es demasiado grande, es demasiado rica y está demasiado interconectada", ha recordado Stephen F. Cohen[79]. Y es que hablamos de un país que, tal y como lo sugiere Lo[80], a duras penas puede vivir aislado, habida cuenta de su ubicación geográfica, de la asunción por sus elites dirigentes de que se trata de una gran potencia y de su dependencia con respecto a las exportaciones de materias primas energéticas. Todo lo anterior coexiste, bien es cierto, de manera conflictiva con una tradición de sospecha hacia lo que llega del exterior. Ya he tenido la oportunidad de subrayar que, aunque hay una parte de verdad en la afirmación de que Rusia y China son los dos únicos países capaces de mantener cierto grado de independencia con respecto al mundo occidental, esa independencia tiene, pese a todo, y a tono con el argumento que ahora empleo, un carácter limitado.

En un tercer escalón parece obligado mencionar que el riesgo de una confrontación franca y abierta entre Rusia y el mundo occidental se antoja reducido. Ello es así por mucho que menudeen las paradojas. Hay quien sostiene, por ejemplo, que la debilidad general de Rusia invita a despreciar un tanto su capacidad de provocar problemas para el mundo occidental, que quedaría entonces inmerso en una contradictoria combinación de desprecio ante el rival y de liviandad de respuesta ante sus acciones, como lo habrían ilustrado las graves dificultades para hacer frente a pasos como los dados por el Kremlin en Abjasia, Osetia del Sur, Crimea, Lugansk y Donetsk. La propia política norteamericana es cualquier cosa menos clara: si parece cierto que, por un lado, Rusia es percibida como un competidor menor, por el otro Moscú se presenta a menudo como una amenaza que reedita muchos de los códigos de la guerra fría. En este orden de hechos, hay quien ha señalado que aunque Rusia no está en condiciones de liderar una coalición antinorteamericana, no por ello le faltan oportunidades de colocar en

situaciones delicadas a Estados Unidos.

Pero, y vuelvo al argumento principal, en el mundo occidental son pocos, en realidad, los que piensan que hay una genuina “amenaza rusa”. En el peor de los casos, lo que se adivina es un esfuerzo de Moscú encaminado a controlar territorios limítrofes con el propio, un esfuerzo que a duras penas puede entenderse como una amenaza global que ponga en peligro la seguridad de la UE o de EEUU. Esto al margen, no hay ningún dato sólido que invite a concluir que el Kremlin se apresta a repetir una operación como la de Crimea en 2014. Llamativo es, en este mismo terreno, que el impresionante arsenal nuclear ruso no resulte una fuente mayor de preocupación para Occidente —se sobreentiende que Moscú es, al menos en ese ámbito, un agente de conducta racional—, en tanto sí lo son, en cambio, los arsenales, reales o potenciales, de países menores como Irán o Corea del Norte.

Mucho tendrían que cambiar las cosas para que se registre un conflicto bélico abierto entre Rusia y las potencias occidentales. El fortalecimiento militar de la primera tiene poco que ver con la perspectiva de un conflicto de esa naturaleza, y mucho con el designio de controlar el “extranjero próximo” y, al tiempo, alejar la frontera con eventuales rivales. No se olvide al respecto que las fuerzas armadas rusas desplegadas en el exterior se encuentran en territorios limítrofes, o paralimítrofes, con el de la propia Rusia, como lo atestiguan los casos de Transnistria, en Moldavia, Bielorrusia, el Cáucaso —Abjasia y Osetia del Sur, Armenia— y el Asia central —Kazajstán, Kirguizistán y Tayikistán—. Ello no es óbice para que Moscú haya ampliado un tanto, merced a despliegues navales y aéreos, su presencia en espacios algo más alejados, como lo ilustraría el ejemplo de Siria. No parece, aun así, que sean suficientes elementos para despertar una inquietud merecedora de tal nombre, tanto más cuanto que las dos partes

implicadas conocen los riesgos que correrían y, con las armas nucleares de por medio, saben cuáles son las líneas rojas que no es razonable sobrepasar.

5

Abriré un breve espacio para glosar, con todas las cautelas imaginables, lo que puede significar, en lo que a la inserción de Rusia en el planeta se refiere, el acceso de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos. Una primera apreciación invita a certificar que, pese a lo que han señalado tantos analistas, las trayectorias vitales de Trump y de Putin son extremadamente diferentes: ¿qué similitud podrían mantener un empresario de éxito y un oscuro funcionario del KGB, el estilo chabacano que caracteriza tantas veces a Trump y la aparente sobriedad de Putin? Si conviene recelar, también, de la aseveración, relativamente común, que sugiere que los dos presidentes se han enfrentado con rotundidad al sistema que heredaron, salta a la vista, por otro lado, que uno y otro estiman que su contraparte es un verdadero líder, decidido y consecuente, que dice lo que piensa y no se arredra. La relación aparentemente cordial que han desplegado las dos figuras tampoco es, en fin, singularmente sorprendente. No está de más subrayar que el presidente ruso ha mantenido vínculos sólidos con responsables políticos como Merkel, Sarkozy y… Berlusconi. Para que nada falte, en suma, parece obligado recordar que Trump y Putin —francamente testosterónicos ambos y jacobinos a carta cabal— comparten muchas ideas sobre la familia y la religión, sobre la amenaza terrorista y, aunque esto no sea tan evidente, también sobre la inmigración y sus efectos.

Varios son los factores, todos razonablemente importantes, que vendrían a explicar por qué, y al menos hasta el momento presente, hay cierta sintonía entre Trump y Putin. Uno de ellos es, a buen seguro, la identificación de un enemigo común en la forma del islamismo violento o,

si se trata de concretar más el objetivo, del Estado Islámico. Otro lo aporta el hecho de que a Trump le preocupa mucho más China que Rusia, lo que coloca a ésta en un papel discreto, de beneficioso segundo plano, en lo que se refiere a las dimensiones más agresivas de la política norteamericana. No se olvide al respecto que Rusia protagoniza sólo un 1 por ciento del comercio exterior estadounidense, frente al 13,5 por ciento que corresponde a China. Agregaré que, en un terreno próximo, la trayectoria personal de Trump es la de un empresario pragmático, circunstancia ventajosa para Rusia, tanto más si partimos de la certificación de cuál es la condición de una relación bilateral marcada, en los últimos años, por sanciones y desencuentros. Concluiré con el recordatorio de que, al menos sobre el papel, el nuevo presidente norteamericano sólo está dispuesto a intervenir en aquellos lugares en los que los intereses estadounidenses están en juego, apuesta que, según una interpretación de los hechos que hay que admitir que es controvertida, y desde determinada perspectiva, podría dejar desguarnecidas a Ucrania y a las repúblicas bálticas.

Es verdad, con todo, que la aparente sintonía de Trump y Putin en lo que hace a la defensa de una soberanía sin injerencias, y a la postulación paralela de los intereses nacionales respectivos, incorpora con certeza dosis ingentes de retórica que ocultan que, por ambas partes, pero singularmente del lado de EEUU, bien puede haber una lectura nada restrictiva de lo que son esos intereses nacionales recién mencionados. Si este diagnóstico es certero, y a su sentido de fondo se suman los efectos de la presión que el *establishment* político y económico estadounidense desarrolla sobre Trump, parece servida la conclusión de que es fácil que la aparente luna de miel que EEUU y Rusia mantienen en estas horas se diluya en provecho de mecanismos de relación más conocidos y menos amistosos. Así lo invitan a augurar, por cierto, la apuesta del presidente norteamericano por un

sustancial incremento del gasto militar en el mundo occidental y el designio de reflotar, en paralelo, la Organización del Tratado del Atlántico Norte.

6

Buena parte de la argumentación incluida en esta obra se asienta en una lectura de los hechos que es diferente de la que comúnmente se hace valer entre nosotros. Si esta última bebe de la idea de que sean cuales sean los defectos de los sistemas occidentales éstos son claramente preferibles al imperante en Rusia, la que aquí se defiende sugiere que la comparación anterior obedece casi siempre, e infelizmente, al designio de lavar la cara a esos sistemas, que muestran con claridad cada vez mayor sus dobleces, revelan el ascendiente notabilísimo de poderosas corporaciones económico-financieras y no dudan en hacer uso de la fuerza, una y otra vez, para imponer sus intereses en los cinco continentes.

Permítaseme que dedique unas líneas, pocas, a clarificar cuál es mi visión en lo que respecta a la condición de los sistemas occidentales. Diré, de manera somera, que éstos se asientan en una franca primacía de los intereses, y de la violencia, sobre los principios, al amparo de un poder político sometido a la férula de las grandes empresas, con el concurso anestesiante de la farsa de la democracia representativa y de la mano de una manipulación constante, y eficiente, de la “opinión pública”, rasgos todos ellos que obligan a preguntar en dónde habrán quedado la libertad y la justicia que se nos prometían.

Una de las tramas en las que encuentra reflejo fidedigno todo lo anterior es la vinculada con eso que ha dado en llamarse “globalización”. Al calor de la globalización capitalista han ganado terreno realidades inquietantes como las relativas a una primacía radical de la especulación, a la formidable aceleración experimentada por los procesos de fusión de capitales, a cotas

inimaginables de explotación de los trabajadores, a la deslocalización de empresas enteras, a una general desregulación y, en suma, al crecimiento espectacular experimentado por las redes del crimen organizado. La globalización que se ha revelado a caballo entre los siglos XX y XXI no ha sido, por lo demás, un proceso uniforme e igualitario. Se ha manifestado, antes bien, con arreglo a normas e intensidades distintas en las diferentes regiones y —diga lo que diga la propaganda al uso— no ha mitigado en modo alguno el peso de lacerantes desigualdades que se manifiestan hoy en el hecho de que la mitad de la población planetaria se vea condenada a malvivir con menos de dos dólares cada día, mientras las grandes fortunas y las empresas acompañantes han mejorado sensiblemente su posición. No está de más agregar que de adquirir carta de naturaleza los proyectos de carácter proteccionista, y entre ellos el que se atribuye a Trump en Estados Unidos, no anuncian ninguna perspectiva creíble de encaramiento de los problemas vinculados con la desigualdad y la pobreza. Tras ellos no se aprecia otra cosa que la búsqueda de fórmulas nuevas de despliegue de los intereses de las empresas mencionadas.

La textura de fondo del capitalismo liberal, o neoliberal, reclama del a menudo paradójico concurso de poderosas estructuras militares de las que el mayor ejemplo es, sin duda, la Organización del Tratado del Atlántico Norte. En la etapa posterior a la quiebra de la confrontación entre bloques, la OTAN se ha entregado a un intervencionismo desbocado que unas veces ha respondido al propósito de garantizar el control de materias primas muy golosas y otras ha obedecido al objetivo de castigar a quienes se atrevían a exhibir algún tipo de disidencia. Hace tiempo, por cierto, que la OTAN decidió prescindir por completo de la ya de por sí magra legalidad internacional, en el buen entendido de que es verdad que comúnmente las potencias occidentales no mueven fronteras ni anexionan países: se limitan

a asolarlos. Parece, por lo demás, que la condición democrática de esas potencias exime de explicar sus atropellos, comúnmente bien ocultados por una formidable maquinaria de desinformación. No hay mejor ilustración, en fin, del poderío militar occidental que el que aporta un dato preciso: Estados Unidos cuenta hoy con casi 700 bases en el exterior, ubicadas en 130 países.

Parece obligado agregar que el concepto del que hemos echado mano varias veces —las "potencias occidentales"— tiene una vocación precisa: la de recordarnos que no hay motivos sólidos para distinguir, en esta trama, a Estados Unidos y a la Unión Europea. Si en el pasado ésta mostró un modelo económico y social en algún grado diferente del imperante en Estados Unidos, las señales de ese modelo independiente se han ido diluyendo, de tal suerte que hoy Bruselas y Washington muestran coincidencias abrumadoras en todos los terrenos importantes. A duras penas podía ser de otra manera cuando la UE sigue arrastrando, en materia de política exterior, una franca sumisión a los intereses de EEUU. En semejante escenario bueno será subrayar que Latsa recuerda, por una vez con buen criterio, que son muchos los rusos que se sienten europeos, pero que en modo alguno identifican "Europa" con "Occidente"[81]. Acaso habrá que apostillar que el servilismo de la UE para con EEUU bien puede provocar un alejamiento de la opinión pública rusa con respecto a la propia "Europa", cada vez más subsumida en los códigos ideológicos, y en las presunciones, que rodean al concepto de "Occidente". En este marco es obligado señalar, por añadidura, que cada vez son mayores las dificultades que se revelan a la hora de explicar el significado del concepto, muy difuso, de "Este". Malashenko afirma que parece remitir, sin más, a "lo que no es Occidente"[82].

Si el diagnóstico que desarrollo en los últimos párrafos se ajusta, siquiera moderadamente, a la realidad, no deja de sorprender el asentamiento, entre

nosotros, de una actitud plasmada en la negación palmaria de que existan problemas, y no precisamente menores. Pareciera, sin embargo, como si a los ojos de la mayoría de los expertos al uso no hubiese ningún retroceso mayor en materia de derechos y libertades, no se manifestasen tesituras inquietantes de resultas del control de los medios de comunicación por los poderes tradicionales, no despuntase motivo alguno para preocuparse por la férula ejercida por las grandes empresas, no mereciese mayor atención la lacra, creciente, de la corrupción y no tuviesen ninguna importancia las guerras de rapiña ocultas bajo la trampa del intervencionismo humanitario. Pareciera como si el discurso liberal se encontrase, pues, en el mejor momento, de tal suerte que sólo hubiese de hacer frente, en el peor de los casos, a pecadillos menores.

Un sinfín de datos obliga a recelar, sin embargo, de semejante conclusión. En ausencia de un enemigo palpable al que pueda atribuirse la culpa, salta a la vista que la crisis del capitalismo contemporáneo es producto de sus propias disfunciones y miserias, muy a menudo vinculadas con la locura de un modelo especulativo y cortoplacista. De resultas, lo que se antojaba el fin de la historia ha acabado por asumir derroteros bien diferentes, como los que hablan de la desaparición de esa formidable ficción que han sido los estados del bienestar, del asentamiento de nuevos y activos competidores (China), de la aparente resurrección de viejas lógicas (Rusia) o, en un terreno más inquietante, de las secuelas de la crisis ecológica —en la que se dan cita las supersticiones que acompañan al crecimiento económico, los efectos del cambio climático y las secuelas esperables del agotamiento de todas las materias primas energéticas que hoy empleamos— y de un colapso general fácilmente imaginable. Este último, en particular, obliga a preguntarse por lo que está llamado a ocurrir con los integrantes de las generaciones venideras y con muchos de los habitantes de los países del

Sur, por la perspectiva de un renacimiento de la sociedad patriarcal y por los derechos de las demás especies con las que, sobre el papel, compartimos el planeta. Más allá de lo anterior, la discusión sobre el colapso pende, como una ecuación sin resolver, sobre muchos de los pronósticos que se interesan por nuestro futuro. Si algunos de los estamentos más lúcidos y prospectivos del capitalismo realmente existente empiezan a coquetear con un horizonte de ecofascismo, no hay ningún motivo para concluir, infelizmente, que Rusia dispone de un proyecto alternativo. Parece que tenían toda la razón quienes, en los años iniciales de la vida de la Rusia independiente, a principios de la década de 1990, cayeron en la cuenta de que todo lo que la propaganda soviética afirmaba sobre la URSS era mentira, pero, desgraciadamente, todo lo que esa misma propaganda aducía sobre las miserias del capitalismo occidental era verdad.

Abreviaturas utilizadas

ABM: *Anti-ballistic Missiles* (defensa frente a misiles antibalísticos)
BRICS: Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica
CAEM: Consejo de Ayuda Económica Mutua
CEI: Comunidad de Estados Independientes
EEUU: Estados Unidos
G-7: Grupo de los Siete
G-8: Grupo de los Ocho
GUAM: Georgia, Ucrania, Azerbaiyán, Moldavia
OCS: Organización de Cooperación de Shanghái
OMC: Organización Mundial del Comercio
OSCE: Organización de Seguridad y Cooperación en Europa
OTAN: Organización del Tratado del Atlántico Norte
OTSC: Organización del Tratado de Seguridad Colectiva
PCFR: Partido Comunista de la Federación Rusa
PIB: producto interior bruto
PLD: Partido Liberal Democrático
START: *Strategic Arms Reduction Talks* (conversaciones de reducción de armas estratégicas)
UE: Unión Europea
UEE: Unión Económica Euroasiática
URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

Bibliografía

Adamovski, Ezequiel (2006): *Euro-Orientalism. Liberal Ideology and the Image of Russia in France (c. 1740-1880)*, Peter Lang, Oxford-Berna.

Afanásiev, Mijaíl (1997): *Klientelizm i rossiískaya gosudárstvennost*, MONF, Moscú.

Aganbegyan, Abel G. (2009): *Krizis: bedá i shans dlia Rossií*, Astrel, Moscú.

Aldis, Ann C. y Mcdermott, N. (dirs.) (2003): *Russian Military Reform, 1992-2002*, Frank Cass, Portland.

Allison, Roy; Light, Margot y White, Stephen (2006): *Putin's Russia and the Enlarged Europe*, Blackwell and Chatham House, Oxford.

Anieri, Paul d' (2010): *Orange Revolution and Aftermath: Mobilization, Apathy, and the State in Ukraine*, Johns Hopkins, Baltimore.

Arutunyan, Anna (2014): *The Putin Mystique. Inside Russia's Power Cult*, Skyscraper, Warks.

Aslund, Anders; Guriev, Serguei y Kuchins, Andrew C. (dirs.) (2010): *Russia after the Global Economic Crisis*, Peterson Institute for International Economics Center for Strategic and International Studies New Economic School, Washington.

Auzon, Olivier d' (2017): *La revanche de Poutine*, Érick Bonnier, París.

Aybak, Tunk (dir.) (2001): *Politics of the Black Sea*, I. B. Tauris, Nueva York.

Bacon, Edwin y Wyman, Matthew (2006): *Contemporary Russia*, Palgrave MacMillan, Houndmills.

Baker, Peter y Glasser, Susan (2005): *Kremlin Raising. Vladimir Putin's Russia and the End of Revolution*, Scribner, Nueva York.

Bárcenas Medina, Luis Andrés y López Jiménez, José Ángel (2012). *Los conflictos congelados en el antiguo espacio soviético*, Ministerio de Defensa, Madrid.

Bassin, M. y otros (2003): *Identichnost i gueografiya v postsovietskoi Rossií*, Gelikon Plius, San Petersburgo.

Basulto, Dominic (2015): *Russophobia. How Western Media Turns Russia into the Enemy*, The Druzhba Project, s. l.

Beacháin, Donnacha Ó y Polese, Abel (dirs.) (2010): *The Colours Revolutions in the Former Soviet Republics: Successes and Failures*, Routledge, Londres.

Benoist, Alain y Dugin, Aleksandr (2014): *Eurasia. Vladimir Putin e la grande politica*, Controcorrente, Nápoles.

Bermejo, Romualdo (2015): *La vuelta de Crimea a la Madre-Patria*, Tirant lo Blanch, Valencia.

Black, J. L. (2003): *Vladimir Putin and the New World Order*, Rowman and Littlefield, Lanham.

Blanch, Antoni (2004): *La herencia soviética. La Comunidad de Estados Independientes y los problemas sucesorios*, Tecnos, Madrid.

Blank, Stephen (1995): *Energy, Economics, and Security in Central Asia: Russia and its Rivals*, Strategic Studies Institute, Carlisle Barracks.

Bogatúrov, Aleksei D. (dir.) (2014): *Mezhduranódnoye Otnoshéniya v Tsentralnoi Azií,* Aspekt, Moscú.

Breault, Yann; Jolicoeur, Pierre y Lévesque, Jacques (2003): *La Russie et son ex-empire*, Presses de Sciences Po, París.

Brill-Olcott, M. y Semenova, I. (dirs.) (2001): *Yazik i etnicheskii konflikt*, Gendalf, Moscú.

Bugajski, Janusz y Assenova, Margarita (2016): *Eurasian Disunion, Russia's Vulnerable Flanks*, The Jamestown Foundation, Washington.

Buge, Mattieu (2016): *Le cauchemar russe*, L'Inventaire/Courrier de Russie, París/Moscú.

Cadot, Michel (1967): *L'image de la Russie dans la vie intellectuelle française, 1839-1856*, Fayard, París.

Carrère D'encausse, Hélène (2010): *La Russie entre deux mondes*, Arthème Fayard, París.

Casertano, Stefano (2010): *Oro blu. La contesa del gas tra Cina, Russia ed Europa*, Fuoco, Rende.

Chadáyev, A. (2006): *Putin. Egó ideologuiya*, Evropa, Moscú.

Chiesa, Giulietto (2016): *Putinfobia*, Piemme, Milán.

Clowes, Edith W. (*2011): Russia on the Edge. Imagined Geographies and Post-Soviet Identity*, Cornell University, Ithaca.

Cohen, Stephen F. (2011): *Soviet Fates and Lost Alternatives. From Stalinism to the New Cold War*, Columbia University, Nueva York.

Cojocaru, Doru (2007): *Géopolitique de la mer Noire*, L'Harmattan, París.

CONRADI, Peter (2017): *Who Lost Russia? How the World Entered a New Cold War*, Onewolrd, Londres.

COLLEY, Alexander (2012): *Great Games, Local Rules. The New Great Power Contest in Central Asia*, Oxford University, Oxford.

DAVANZO, Julie; OLIKER, Olga y GRAMMICH, Clifford (2003): *Too Few Good Men: the Security Implications of Russian Demographics*, RAND, Santa Mónica.

DELANOË, Igor (2016): *Russie. Les enjeux du retour au Moyen-Orient*, L'Inventaire/ L'Observatoire, París -Moscú.

DONALDSON, Robert H. y NOGEE, Joseph L. (2005): *The Foreign Policy of Russia. Changing Systems, Enduring Interests*, M. E. Sharpe, Armonk.

DONALDSON, Robert H.; NOGEE, Joseph L. y NADKARNI, Vidya (2014): *The Foreign Policy of Russia: Changing Systems, Enduring Interests*, M. E. Sharpe, Nueva York.

DUGIN, Aleksandr (1997): *Osnovi gueopolitiki. Gueopolitichéskoye budúsheye Rossií*, Arktogeya, Moscú.

— (2005): *Belikaya voiná kontinentov*, Arktogeya, Moscú.

— (2012): *Eurasianismo. Ensaios selecionados*, Sal da Terra, João Pessoa.

ELTCHANINOFF, Michel (2015): *Dans la tête de Vladimir Poutine*, Solin/Actes Sud, Arles.

FACON, Isabelle (2010): *Russie. Les chemins de la puissance*, Artège, Perpiñán.

FAWN, Rick (dir.) (2003): *Realignments in Russian Foreign Policy*, Frank Cass, Londres.

FÉDOROVSKI, Vladimir (2017): *Poutine de A à Z*, Stock, París.

FERRARI, Aldo (dir.) (2016): *Putin's Russia: Really Back?,* LediPublishing, Milán.

FIÓDOROV, Valeri y TSULADZE, Avtandil (2003): *Epoja Pútina: taini i zagadki 'Kremlinskogo dvorá'*, Eksmo, Moscú.

FLEITZ, Fred (dir.) (2016): *Putin's Reset. The Bear is Back and How America Must Respond*, Center for Security Policy, Washington.

FLICHY, Thomas (dir.) (2013): *Chine, Iran, Russie: un nouvel empire mongol?,* Lavauzelle, s. l.

FOGLESONG, David (2007): *The American Mission and the Evil Empire*, Cambridge University, Cambridge.

GALLET, Gilles (2016): *Pour une Russie européenne. Géopolitique de la Russie d'hier et d'aujourd'hui*, L'Harmattan, París.

GLADKIN, Y.; DOBROSOK, V. y SEMENIÓNOV, S. (2000): *Sotsialno-ekonomícheskaya gueografiya Rossií*, Gardariki, Moscú.

GLAZER, O. y otros (2005): *Rossiya i ee regioni v XX veke: territóriya, naseléniye, migratsii*, OGI, Moscú.

GLEASON, J. H. (1950): *The Genesis of Russophobia in Great Britain*, Harvard University, Cambridge.

GOLDMAN, Marshall I. (2003): *The Piratization of Russia: Russian Reform Goes Awry*, Routledge, Londres.

— (2008): *Petrostate: Putin, Power, and the New Russia*, Oxford University, Oxford.

GOLTS, Aleksandr (2004): *Ármiya Rossií: odinnatsat poteriannij let*, Zájarov, Moscú.

GRIFFITHS, Rudyard (dir.) (2015): *Should the West Engage Putin's Russia? The Munk Debates*, Anansi, Toronto.

GUSTAFSON, Thane (1999): *Capitalism Russian Style*, Cambridge University, Cambridge.

GVOSDEV, Nicolas K. y MARSH, Christopher (2014): *Russian Foreign Policy: Interests, Vectors and Sectors*, Sage, Los Ángeles.

HAAS, Marcel de (2010): *Russia's Foreign Security Policy in the 21st Century: Putin, Medvedev and After*, Routledge, Nueva York.

HEDLUNG, Stefan (1999): *Russia's 'Market' Economy: a Bad Case of Predatory Capitalism*, UCI, Londres.

HÉNIN, Nicolas (2016): *La France russe*, Fayard, París.

HERPEN, Marcel van (2015): *Propaganda Machine: Soft Power and Russian Foreign Policy*, Rowman and Littlefield, Nueva York.

HØNNELAND, Geir (2016): *Russia and the Arctic*, I. B. Tauris, Londres-Nueva York.

HOWARD, Roger (2009): *The Arctic Golden Rush*, Continuum, Londres-Nueva York.

IVÁNOV, Iván (2002): *Nóvaya rossiískaya diplomatsia*, Olma-Press, Moscú.

IVÁNOV, Vitali (2006): *Antirevoliutsioner: pochemú Rossií ne nuzhna 'oranzhévaya revoliútsiya'*, Yevropa, Moscú.

JOUANNY, Jean-Robert (2016): *Que veut Poutine?*, Seuil, París.

KARAGÁNOV, Serguéi (2007): *Mir vokrug Rossií: 2017 konturi nedalekogo budúshevo*, Kultúrnaya Revoliútsiya, Moscú.

KARAGÁNOV, Serguéi y YURGENS, Ígor (dirs.) (2010): *Rossiya vs Yevropa: protivostoyániye ili soyuz?,* Astrel, Moscú.

KINCAID, Cliff (2016): "The Strange 'Death' of Communism", en Fred Fleitz (dir.), *Putin's Reset. The Bear is Back and How America Must Respond*, Center for Security Policy, Washington, pp. 117-128.

KING, M. S. (s. d.): *The War Against Putin. What the Government-Media Complex isn't Telling you About Russia*, Amazon Fulfillment, s. l.

KLEIN, Margarete (2016): *Russia's Military on the Rise?,* Transatlantic Academy Paper Series, marzo.

KOLÉSNIKOV, Andréi (2005): *Vladímir Putin. Mezhdu Evropoi i Aziei*, Kommersant, Moscú.

KOLOSOV, Vladímir A. (dir.) (2001): *La collocazione geopolitica della Russia*, Fondazione Giovanni Agnelli, Turín.

— (2003): *Mir glazami rossiyan. Mifi i vnéshnaya politika*, Obshestvénnoye Mnéniye, Moscú.
Kolosov, Vladímir A. y otros (2002): *Gueopolitika i politichéskaya gueografiya*, Aspekt Press, Moscú.
Kolstoe, Paul (1995): *Russians in the Former Soviet Republics*, Indiana University, Bloomington.
Kostírev, Andréi (2013): *Ukraína: bufer ili forum?: mezhtsivilizatsiónnaya kommunikátsiya kak gueopolitichéskaya fúnktsiya Ukraíni*, Lap Lambert, Saarbrücken.
Kupin, Víktor (2012): *Globálnaya gueopolitika i globálnaya bezopásnost*, Lap Lambert, Saarbrücken.
Kúrtov, A. A. (2005): *Shanjáiskaya Organitsátsiya Sotrudníchestva*, Rossiíski Institut Strateguicheski Isledovani, Moscú.
Kuzio, Taras (2013): *Democratic Revolution in Ukraine*, Routledge, Londres.
Kuzio, Taras y Anieri, Paul d' (2002): *Dilemmas of State-Led Nation Building in Ukraine*, Praeger, Westport.
Laruelle, Marlène (2012): *Russian Eurasianism. An Ideology of Empire*, Woodrow Wilson Center/The Johns Hopkins University, Washington-Baltimore.
Latsa, Alexandre (2016): *Un printemps russe*, Des Syrtes, Ginebra.
Lattanzio, Alessandro (2009): *Potere globale. Il ritorno di Russia sulla scena internazionale*, Fuoco, Rende.
Leclercq, Arnaud (2012): *La Russie, puissance d'Eurasie. Histoire géopolitique des origines à Poutine*, Ellipses, París.
Ledonne, John P. (1997): *The Russian Empire and the World, 1700-1917*, Oxford University, Oxford.
Legault, Albert; Laliberté, André y Bastien, Fréderic (2004): *Le triangle Russie/États-Unis/Chine.Un seul lit pour trois?,* Les Presses de l'Université Laval, Sainte-Foy.
Legvold, Robert (2016): *Return to Cold War*, Polity, Cambridge.
Lo, Bobo (2003): *Vladimir Putin and the Evolution of Russian Foreign Policy*, Blackwell, Londres.
— (2008): *Axis of Convenience. Moscow, Beijing, and the New Geopolitics*, Chatham House/Brookings Institution, Londres-Washington.
— (2015): *Russia and the New World Order*, Royal Institute of International Affairs, Londres.
Lucas, Edward (2013): *Deception: Spies, Lies, and How Russia Dupes the West*, Bloomsbury, Londres.
— (2014): *The New Cold War. Putin's Threat to Russia and the West*, Bloomsbury, Londres.
Lukiánov, Fiódor A. (2015): *Rossiya v globalnoi politike: nóviye pravila, igri bez pravil*, Eksmo, Moscú.
Lutsianin, Serguéi G. (2007): *Vostóchnaya politika Vladímira Pútina*, ACT, Vostok Zapad.
Lynch, Dov (1999): *Russian Peace-keeping Strategies in the CIS: the Cases of Moldova, Georgia and Tajikistan*, Macmillan, Basingstoke.
Malashenko, Alexey (2013): *The Fight for Influence. Russia in Central Asia*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington.
Malia, Martin (2000): *Russia under Western Eyes. From the Bronze Horseman to the Lenin Mausoleum*, The Belknap Press of Harvard University, Cambridge.
Mandelbaum, Michael (dir.) (1995): *The Strategic Quadrangle. Russia, China, Japan, and the United States in East Asia*, Council of Foreign Relations, Nueva York.
Mankoff, Jeffrey (2012): *Russian Foreign Policy: The Return of Great Power Politics*, Rowman and Littlefield, Lanham.
Marchand, Pascal (2012): *Atlas géopolitique de la Russie*, Autrement, París.
— (2014): *Géopolitique de la Russie. Une nouvelle puissance en Eurasie*, PUF, París.
Marie, Jean-Jacques (2016): *La Russie sous Poutine*, Payot, París.
Martín de la Guardia, Ricardo; González Martín, Rodrigo y García Andrés, César (2017): *Conflictos postsoviéticos. De la secesión de Transnistria a la desmembración de Ucrania*, Dykinson, Madrid.
Mcfaul, Michael; Petrov, Nikolai y Riábov, Andrei (dirs.) (2004): *Between Dictatorship and Democracy. Russian Post-communist Political Reform*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington.
Mendelson, Sarah E. y Glenn, John K. (dirs.) (2002): *The Power and Limits of the NGOs: a Critical Look at Building Democracy in Eastern Europe and Eurasia*, Columbia University, Nueva York.
Mettan, Guy (2015): *Russie-Occident. Une guerre de mille ans. La russophobie de Charlemagne à la crise ukrainienne*, Des Syrtes, Ginebra.
Mongrenier, Jean-Sylvestre y Thom, Françoise (2016): *Géopolitique de la Russie*, PUF, París.
Narochnítskaya, Natalia (2008): *Oranzhevie seti: ot Belgrada do Bishkeka*, Aleteya, San Petersburgo.
Nazet, Michel (2007): *La Russie et ses marges: nouvel empire?,* Ellipses, París.
— (dir.) (2011): *Europe et Russie. Un passé pour quel future?,* Ellipses, París.
Neumann, Iver B. (1996): *Russia and the Idea of Europe*, Routledge, Londres.

NIKÓNOV, Viácheslav (dir.) (2003): *Sovreménnaya rossiískaya politika*, OLMA-PRESS, Moscú.

ORLANDO, Cristiano (2009): *La partita eurasiatica. Geopolitica della sicurezza tra Occidente e Russia*, Ediesse, Roma.

PADDOCK TROY, R. E. (2010): *Creating the Russian Peril. Education, the Public Sphere, and National Identity in Imperial Germany, 1890-1914,* Camden House, Rochester.

PARKER, W. H. (1968): *An Historical Geography of Russia*, University of London, Londres.

PASCAL, Elizabeth (2003): *Defining Russian Federalism*, Praeger, Westport.

PINDER, John y SHISHKOV, Yuri (2002): *The EU and Russia*, Kogan Page, Londres.

POCHENTSOV, Gueorgui (2005): *Grazhdánskoye sambo: kak protivostoyat 'tsvetnim revoliutsiyam'*, Yevropa, Moscú.

PRIMAKOV, Yevgueni (2009): *Mir bez Rossií*, Rossiískaya Gazeta, Moscú.

PUCHKOV, Alekséi K. (2011): *Vnéshnaya politika Rossii i ee natsionálniye interesi v XXI veke*, Mgimo, Moscú.

RADVANY, Jean y BEROUTCHACHVILI, Nicolas (2009): *Atlas géopolitique du Caucase*, Autremet, París.

RADVANYI, Jean y LARUELLE, Marlène (2016): *La Russie. Entre peurs et défis*, Armand Colin, París.

RAVIOT, Jean-Robert (dir.) (2016): *Russie: vers une nouvelle guerre froide?*, La Documentation Française, París.

REDDAWAY, Peter y ORTTUNG, Robert W. (dirs.) (2003): *Where does Power Lie? Putin's Federal Reforms*, Rowman and Littlefeld, Boulder.

REMINGTON, Thomas (2004): *Politics in Russia*, Pearson Longman, Londres.

ROMER, Jean-Christophe (1999): *Géopolitique de la Russie*, Economica, París.

ROSS, Cameron (dir.) (2004): *Russian Politics under Putin*, Manchester University, Manchester.

RUIZ-RAMAS, Rubén (dir.) (2016): *Ucrania. De la revolución del Maidán a la guerra del Donbass*, Comunicación Social, Sevilla.

SCHMITT, Olivier (2017): *Pourquoi Poutine est notre allié. Anatomie d'une passion française*, Hikari, Lille.

SAKWA, Richard (2002): *Russian Politics and Society*, Routledge, Londres.

SÁNCHEZ, Antonio (2006): *Gas y política en Rusia: impacto interno y proyección exterior*, Universitat de València, Valencia.

SCHNEIDER-DETERS, Winfried (2012): *Die Ukraine: Machtvakuum zwischen Russland und der Europäischen Union*, Bwv, Berlín.

SCHOLL-LATOUR, Peter (2006): *Russland in Zangenfgriff: Putins Imperium zwischen Nato, China und Islam*, Propyläen, Múnich.

SEREBRIAN, Oleg (2016): *La Russie à la croisée des chemins*, L'Harmattan, París.

SERRA, Francesc (2005): *Rusia. La otra potencia europea*, Fundació CIDOB, Barcelona.

SHAKLEINA, Tatiana A. (dir.) (2002): *Vnéshniaya politika i bezopasnost Rossií, 1991-2002* (cuatro volúmenes), Rosspen, Moscú.

— (2012): *Rossiya i SSHA v mirovoi politike*, Aspekt, Moscú.

SHEVTSOVA, Lilia (2003): *Putin's Russia*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington.

SHEYÁNOV, Viácheslav (2009): *Mir naiznanku: chem zakonchitsia ekonomicheskii krizis dlia Rossii?,* Kommersant, Moscú.

SIDERI, Sandro (2009): *La Russia e gli altri. Nuovi equilibri della geopolitica*, Università Bocconi, Milán.

SKOPIN, Y. (2003): *Ekonomichéskaya gueografiya Rossií*, Prospekt, Moscú.

SMULSKI, Serguéi V.; ABRAMOVA, Olga D. y BUYÁNOV, Valeri S. (dirs.) (2013): *Vnéshnaya politika Rossií: teoriya i praktika*, Kniga i Biznes, Moscú.

SODUPE, Kepa y MOURE, Leire (dirs.) (2011): *Rusia en la era postsoviética*, Universidad del País Vasco, Leioa.

SOLBATOV, Andrei y BOROGAN, Irina (2015): *The Red Web. The Struggle Between Russia's Digital Dictators and the New Online Revolutionnaries*, Public Affairs, Nueva York.

SOLCHANYK, Roman (2000): *Ukraine and Russia: The Post-soviet Transition*, Rowman & Littlefield, Lanham.

SOROKIN, K. E. (1996): *Gueopolitika sovreménnosti i gueostrateguiya Rossií*, Rosspen, Moscú.

STENT, Angela E. (2014): *The Limits of Partnership. U.S.-Russian Relations in the Twenty-First Century*, Princeton University, Princeton.

STRELTSOV, Dmitri V. (dir.) (2014): *Rossiya v strani vostoka v post-bipoliarni period,* Aspekt, Moscú.

SYNELNYK, Lyudmyla (2013): *Energieressourcen und politische Erpressung: Der Gasstreit zwischen Russland und der Ukraine*, Diplomica, Hamburgo.

TABACHNIK, Dmitri y otros (2009): *Zayavka na samoubiistvo. Zachem Ukraíne NATO?,* Kyiv-Dovira-Folio, Járkov-Kíev-Járkov.

TARAS, Raymond (2013): *Russia's Identity in International Relations. Images, Perceptions, Misperceptions,* Routledge, Londres.

TARÍN, Adrián (2017): *La Yihad en Rusia*, Icaria, Barcelona.

TELEN, Liudmila (2004): *Pokoléniye Pútina*, Vagrius, Moscú.

TEURTRIE, David (2010): *Géopolitique de la Russie. Intégration régionale, enjeux énergétiques, influence culturelle*, L'Harmattan, París.

THOMAS, Roman (2013): *Russie et Caucase. Jeu d'influence et nouveaux défis*, Ellipses, París.

THORUN, Christian (2009): *Explaining Change in Russian Foreign Policy*, Palgrave Macmillan, Nueva York.

THUAL, François (2004): *Géopolitique des Caucases*, Ellipses, París.

TKACHENKO, S. y PETERMANN, S. (2002): *Sotrudníchestvo stran SNG v voyennoi sfere i faktor NATO*, Izdatelstvo St.-Peterbúrskogo Universiteta.

TRENIN, Dmitri (2002): *The End of Eurasia. Russia on the Border Between Geopolitics and Globalization*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington-Moscú.

— (2006): *Integrátsiya i identichnost: Rossiya kak novii zapad*, Evropa, Moscú.

— (2016): *Should We Fear Russia?,* Polity, Cambridge.

TSYGANKOV, Andrei P. (2009): *Russophobia. Anti-Russian Lobby and American Foreign Policy*, Palgrave Macmillan, Nueva York.

— (2010): *Russia's Foreign Policy. Change and Continuity in National Identity*, Rowman & Littlefield, Lanham.

VACHNADZE, Gueorgui (1993): *Goriáchiye tochki Rossií*, Ltd, Moscú.

VAISSIÉ, Cécile (2016): *Les réseaux du Kremlin en France*, Les Petits Matins, París.

VV AA (2004): "Rusia. Democracia y autocracia", monográfico de *Vanguardia Dossier* (nº 9, enero-marzo).

VV AA (2008): "Stratégies américaines aux marches de la Russie", monográfico de *Hérodote* (nº 129, segundo trimestre).

VV AA (2010): "Géopolitique de la Russie", monográfico de *Hérodote* (nº 138, tercer trimestre).

WHITE, Stephen (2011): *Russian Politics*, Cambridge University, Cambridge.

WILSON ROWE, Elana (dir.) (2009): *Russia and the North*, University of Ottawa, Ottawa.

WOLFF, Larry (1994): *Inventing Eastern Europe. The Map of Civilization on the Mind of Enlightment*, Stanford University, Stanford.

YEMELIÁNOVA, N. N. (2009): *Rossiya i Yevrosoyuz*, Mezhdunaródnoye Otnoshéniya, Moscú.

ZASURSKI, Ivan (2003): *Media and Power in Post-soviet Russia*, M. E. Sharpe, Londres.

ZHURZHENKO, Tatiana (2010): *Borderlands into Bordered Lands. Geopolitics of Identity in Post-Soviet Ukraine*, Ibidem, Stuttgart.

ZVIAGÉLSKAYA, Irina (2014): *Blizhnevostochni klintch, konflikti na blizhnem vostoke i politika Rossií*, Aspekt, Moscú.

ZYGAR, Mikhail (2016): *All the Kremlin's Men*, PublicAffairs, Nueva York.

Notas

1. Es verdad, sí, que en este año 2017 han visto la luz una edición actualizada de la historia de la Unión Soviética que publicó Alianza Editorial en 2010 y un ensayo sobre el anarquismo ruso en los años inmediatamente posteriores a la revolución bolchevique. Como bien puede intuir el lector, no se trata, sin embargo, de trabajos sobre la Rusia contemporánea.
2. Cit. en Mettan, 2015: 25.
3. Cit. en Buge, 2016: 10.
4. Cit. en Benoist y Duguin, 2014: 136.
5. Thomas, 2013: 31.
6. Cit. en Marchand, 2012: 19.
7. Cit. en Marie, 2016: 162.
8. Cit. en Eltchaninoff, 2015: 64.
9. Véase Klein, 2016.
10. Jouanny, 2016: 59.
11. Eltchaninoff, 2015: 44.
12. Cit. en Kincaid, 2016: 119.
13. Cit. en Eltchaninoff, 2015: 24.
14. Cit. en Legvold, 2016: 62.
15. Trenin, 2016: 8.
16. Cohen, 2011: 168-170.
17. Cit. en Raviot, 2016: 7.
18. Cit. en Hénin, 2016: 40.
19. Legvold, 2016: 98-99.
20. Tsygankov, 2010: 172.
21. Tsygankov, 2010: 133.
22. Cit. en Jouanny, 2016; 116.
23. Basulto, 2015: 178.
24. La expresión “extranjero cercano” designa en sustancia a las repúblicas que formaron parte de la URSS, y no a otros estados que, en términos estrictos, mantienen fronteras con Rusia, como es el caso de Finlandia, de Mongolia o de la propia China.
25. Trenin, 2002: 169.
26. Malashhenko, 2013: 2-3.
27. Malashenko, 2013: 31.
28. Cit. en Leclercq, 2012: 331.
29. Basulto, 2015: 99.
30. Cit. por Christian Daudel en Serebrian, 2016: 13.
31. Lo, 2008: 3.
32. Lo, 2008: 184 y ss.
33. Leclercq, 2012: 167.
34. Cit. en Mongrenier y Thom, 2016: 23.
35. Mettan, 2015: 348.
36. Cit. en Leclercq, 2012: 174

37. Cit. en Marchand, 2012: 61.
38. Lo, 2008: 105.
39. Laruelle, 2012: 1.
40. Benoist y Duguin, 2014: 133.
41. Serebrian, 2016: 164.
42. Gallet, 2016: 10.
43. Lo, 2015: 101.
44. Carrère d'Encausse, 2010: 122-123.
45. Malia, 2000: 412.
46. Lo, 2015: 76.
47. Jouanny, 2016: 90.
48. Stent, 2014: 301-302.
49. Lo, 2015: 49.
50. Véanse, si no, los capítulos dedicados a las rusofobias francesa, inglesa y alemana en Mettan, 2015.
51. Mettan, 2015: 409.
52. Cit. en Mettan, 2015: 125.
53. Bien estará que el lector eche una ojeada al libro de Bugajski y Assenova que se cita en la bibliografía: podría escribirse un trabajo que anotase las mismas simplificaciones en relación con EEUU. Todo lo que es lamentable del lado de Moscú es saludable, en cambio, y por ciencia infusa, del lado de Washington. Véase Bugajski y Assenova, 2016.
54. Igual no está de más rescatar al respecto de esta percepción una frase comúnmente atribuida a Stalin: "Siempre he pensado que la democracia era el poder del pueblo, pero he aquí que el camarada Roosevelt me ha explicado, con gran lucidez, que la democracia es el poder del pueblo norteamericano".
55. Véase Griffiths, 2015.
56. Cit. en Raviot, 2016: 179.
57. Mettan, 2015: 17.
58. Véase, por ejemplo, la descripción incluida en Bugajski y Assenova, 2016: 25.
59. Chiesa, 2016: 14.
60. Lucas, 2014: IX.
61. El libro coordinado por Fleitz sigue hablando, sin rebozo, del "Ejército Rojo" para referirse al ejército ruso de estas horas y da por descontada una y otra vez, sin necesidad de demostrarla, la maldad congénita de los dirigentes rusos. Véase, por ejemplo, Fleitz, 2016: 5.
62. El trabajo de Hénin —Hénin, 2016— dibuja una Francia infiltrada, hasta el último rincón, por los tentáculos rusos, y en modo alguno considera, de nuevo, que las posiciones de Rusia en uno u otro ámbito puedan estar justificadas.
63. Mettan, 2015: 379-380.
64. Véase Mettan, 2015: 128-129.
65. Schmitt, 2017: 12.
66. Hénin, 2016: 20-21.
67. Rusia asume una defensa, oscilante, del principio de no injerencia, acompañada de la postulación de políticas de intervención cuando es el gobierno de un país el que las demanda. Con independencia de la condición de ese gobierno. Es cierto, aun así, que Putin ha rechazado las políticas de injerencia que la URSS pudo desarrollar en el pasado y ha procurado homologarlas a las norteamericanas.
68. Cit. en Latsa, 2016: 270-271. La percepción glosada encuentra fiel ilustración en dos libros de publicación reciente que testimonian, por añadidura, cómo la rusofilia puede hacer uso de las

mismas manipulaciones a las que se entrega la rusofobia, y entre ellas las vinculadas con el propósito de no abrir hueco alguno al matiz o a la duda. El primero de esos libros es el de Alexandre Latsa —Latsa, 2016— y se titula *Un printemps russe*. Unilateral y conspiratorio, a ratos patético e infantil, conservador y derechista, es de esos textos que invitan a simpatizar con la posición que critican. El autor del segundo trabajo, titulado *The War Against Putin. What the Government-Media Complex isn't Telling you About Russia* —King, s. d.—, lleva la firma de M. S. King. Muy trumpiano, mezcla de conservadurismo —véanse los comentarios sobre el grupo Pussy Riot o sobre el tratamiento de la homosexualidad en Rusia— y de aparentes espasmos de revolucionarismo izquierdista, se trata de un texto muy simple, que presume de no recoger sino hechos, no opiniones, y que, de nuevo, despliega una defensa cerrada de la Rusia de Putin.

69. Véase Hénin, 2016: 142-143.
70. Chiesa, 2016: 95.
71. Mettan, 2015: 363.
72. Buge, 2016: 140-141.
73. Buge, 2016: 143-144.
74. Stent, 2014: 304.
75. Chiesa, 2016: 162.
76. Chiesa, 2016: 162.
77. Chiesa, 2016: 178.
78. Lucas, 2014: 261.
79. Stephen F. Cohen, cit. por Steve Paikin en Griffiths, 2015: 96.
80. Lo, 2015: 38.
81. Latsa, 2016: 161.
82. Malashenko, 2013: 1.